

La imprenta
como agente
de cambio

Elizabeth L.
Eisenstein

LIBROS
SOBRE
LIBROS



Primera edición en inglés, 1979
Primera edición en español, 2010

Eisenstein, Elizabeth L.

La imprenta como agente de cambio. Comunicación y transformaciones culturales en la Europa moderna temprana / Elizabeth L. Eisenstein ; trad. de Kenya Bello. – México : rca, Librería, 2010

725 p. : 23 x 17 cm – (Colec. Libros sobre Libros)

Título original: *The Printing Press as an Agent of Change: Communications and Cultural Transformations in Early-Modern Europe*

ISBN 978-607-16-0437-8

1. Imprenta – Evolución 2. Imprenta – Influencia 3. Edición 4. Libros I. Bello, Kenya, tr. II. Ser. III. C.

LC 1124

Dewey 686.209 15421

Distribución mundial

Título original: *The Printing Press as an Agent of Change: Communications and Cultural Transformations in Early-Modern Europe*
© Cambridge University Press 1979

Diseño: Marina Garone

Fotografía de portada: © iStockphoto.com/AlanGoulet

© Kenya Bello, por la traducción

D. R. Librería, SA de CV
Pitágoras 1143-B, Del Valle, 03100 México, DF
Teléfonos: (52 55) 5335 1213 y 14
Correo electrónico: info@librossobrelibros.com
Sitio electrónico: www.librossobrelibros.com

D. R. © 2010, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco 227, 14738 México, DF
www.fondodeculturaeconomica.com
Empresa certificada ISO 9001:2008

Comentarios y sugerencias:
editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel. (52 55) 5227 4672; fax (52 55) 5227 4694

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra
—incluido el diseño tipográfico y de portada—,
sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico,
sin el consentimiento por escrito del editor.

ISBN 978-607-16-0437-8

Impreso en México • Printed in Mexico

Índice

Nota del editor

Prefacio

Primera parte. Introducción a una transformación elusiva

1. La revolución inadvertida
2. Hacia la definición del cambio inicial. Algunas características de la cultura impresa

Segunda parte. Las tradiciones clásica y cristiana reorientadas; renacimiento y reforma reconsiderados

3. Un resurgimiento clásico reinterpretado: las dos fases del renacimiento
4. La tradición bíblica reformulada: un nuevo marco interpretativo para la reforma

Tercera parte. La transformación del libro de la naturaleza

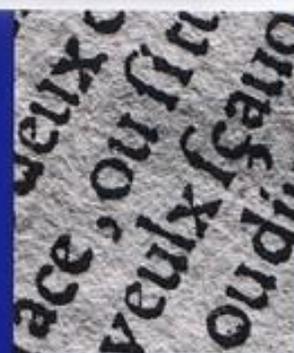
5. Problemas de periodización
6. La literatura técnica llega a la imprenta: tendencias innovadoras en la escritura y la investigación científicas
7. Restablecimiento del escenario de la revolución copernicana
8. Patrocinio y censura de las publicaciones científicas

Conclusión: las escrituras y la naturaleza transformadas

Bibliografía

Desde su publicación en 1979, *La imprenta como agente de cambio* ha sido una obra de referencia entre los estudiosos de la cultura impresa, en parte por sus originales ideas sobre el impacto que la invención de Johannes Gutenberg tuvo en la generación y difusión del saber, y en parte por las insospechadas ramificaciones que han tenido sus postulados. Historiadores de diversas especialidades, tanto los del libro como los de la ciencia, tanto los de las religiones como los de la literatura, han encontrado en estas páginas un fértil cúmulo de hipótesis sobre las cuales trabajar para entender mejor la revolución en las comunicaciones que tuvo lugar al inicio de la edad moderna; a veces polémicas, a menudo audaces y siempre sólidamente fundamentadas, las afirmaciones de Eisenstein respecto de la importancia de la imprenta han inspirado el trabajo de muchos otros investigadores.

En diálogo permanente —y por momentos contestatario— con pensadores como Jacob Burckhardt, Walter Ong y Marshall McLuhan, esta obra explora los cambios que la impresión con tipos móviles tuvo en los círculos académicos de la Europa de los siglos xv a xvii, especialmente entre los escritores religiosos y científicos. Eisenstein aborda sucesos centrales de ese periodo, como la difusión del pensamiento de la reforma o la publicación de obras como las de Vesalio, Copérnico, Kepler y Galileo, que encontraron en los talleres tipográficos el impulso para transformar de raíz la medicina y la astronomía, y lleva la atención del lector hacia tres fenómenos que la imprenta produjo o contribuyó a afianzar: la fijación de los textos, la estandarización y la diseminación masiva. Y aunque no llega a afirmar que la nueva tecnología para producir libros dio origen a la edad moderna, Eisenstein no duda en considerar que cualquier revisión de esa época ha de tenerla como uno de los principales agentes del radical cambio que Europa experimentó entonces.



La imprenta como agente de cambio

LIBROS
SOBRE
LIBROS

FONDO DE CULTURA ECONOMICA



1. La revolución inadvertida

A finales del siglo xv la reproducción de materiales escritos empezó a pasar del escritorio del copista al taller del impresor. Este cambio, que revolucionó todas las formas de aprendizaje, fue particularmente importante para la erudición histórica. Desde entonces los historiadores han estado en deuda con el invento de Gutenberg, pues lo impreso se inscribe en su trabajo de principio a fin: desde la consulta de ficheros hasta la corrección de pruebas. Debido a que los historiadores suelen estar ansiosos por investigar cambios trascendentes, y este cambio transformó las condiciones de su propio oficio, podría esperarse que el mismo atrajera la atención integral de la disciplina. Cualquier investigación historiográfica mostrará que sucede exactamente lo contrario. Es simbólico que Clío haya conservado su pergamino manuscrito. Se ha investigado tan poco sobre el paso a los nuevos talleres que, después de quinientos años, la musa de la historia no ha entrado en ellos. "La historia es testigo de que la invención de nuevos medios de comunicación para la transmisión de información entre las personas provoca cataclismos en la sociedad. El desarrollo de la escritura y posteriormente de la imprenta son ejemplos de ello."¹ Por lo tanto, si son los historiadores de carne y hueso, con sus artículos y libros, quienes rinden testimonio de lo que ocurrió en el pasado, parecería que el efecto del desarrollo de la imprenta en la sociedad, lejos de ser un cataclismo, es apenas visible. Muchos estudios sobre los procesos ocurridos en los últimos cinco siglos no dicen nada al respecto.

Aquellos que tocan el tema usualmente coinciden en que el uso de este invento tuvo efectos de gran alcance. Una muestra de ello es que se cita repetida y aprobatoriamente el aforismo de Francis Bacon, donde sugiere que cambió "la apariencia y la condición del mundo entero". A pesar de que muchos académicos están de acuerdo con la opinión de Bacon, muy pocos han tratado de seguir su consejo y "estudiar la fuerza, el efecto y las consecuencias" de la invención de Gutenberg. Lo que sí se ha hecho es prestar mucha atención a los avances que allanaron el camino a su invento. Se han realizado numerosos esfuerzos para definir exactamente lo que Gutenberg "inventó", para describir cómo se usaron al principio los tipos móviles y cómo se difundió el uso de nuevas prensas, pero casi no hay estudios consagrados a analizar los efectos que se produjeron una vez que los impresores empezaron a ejercer su nueva industria por toda Europa; tampoco se han formulado teorías explícitas sobre lo que implicaron estos efectos, ni mucho menos se ha tratado de probarlos o de refutarlos.

Sin duda hay una extensa y siempre creciente bibliografía dedicada a la his-

¹ St. John, reseña en *The American Journal of Sociology*, p. 255. (Para ver la referencia completa de todas las notas al pie de página consúltese la bibliografía al final del libro.)

toria de la imprenta y a los temas relacionados.² Aunque la mayor parte parece escrita por y para especialistas —custodios de libros antiguos y otros bibliotecarios, expertos en tipografía o bibliografía, académicos dedicados a la literatura preocupados por las variantes en las ediciones, y demás— esta bibliografía también contiene materiales de interés más amplio. Los historiadores que trabajan en campos vecinos —como la historia económica, la literatura comparada o los estudios renacentistas— también han contribuido con estudios útiles de aspectos particulares. El campo de la historia social ha producido la cosecha más rica. Ahí se encuentra una asombrosa abundancia de estudios sobre temas como la inversión en las primeras imprentas y el comercio de libros en varias regiones; las condiciones laborales y los conflictos sociales entre los tipógrafos viajeros; las dinastías de impresores académicos y sus políticas de edición; la censura, los privilegios y la regulación del comercio; aspectos particulares de los panfletos, la propaganda y el periodismo; los escritores profesionales, los mecenas, los clientes, los públicos; la sociología de la lectura y la sociología de la literatura. La lista podría extenderse indefinidamente.³

Además recientemente aparecieron varios trabajos que sintetizan y resumen esta extensa bibliografía. Rudolf Hirsch ha investigado los problemas asociados con "la impresión, la venta y la lectura" durante el primer siglo que siguió a Gutenberg, y se dirige tanto "al lector general de historia social e intelectual"

² De acuerdo con *Nouvelles du Livre Ancien*, otoño, 1974, núm. 1 (un boletín trianual publicado por el Institut de Recherche et d'Histoire des Textes), se registran casi un millar de revistas en el nuevo *Annual Bibliography of the History of the Printed Book and Libraries* editado en La Haya desde 1970. En el volumen de 1972 (que excluye todas las publicaciones estadounidenses, así como las de varios países europeos) hay unas 20 800 entradas. *The Selective Check Lists of Bibliographical Scholarship*, publicado cada cinco años por la Bibliographical Society de la Universidad de Virginia, es especialmente útil para mantenerse actualizado sobre las publicaciones recientes. El *Archiv für Geschichte des Buchwesens*, que apareció por primera vez en 1956 en Alemania Occidental, cubre un área más amplia, geográfica y temáticamente, que el viejo *Archiv für Geschichte des Deutschen Buchhandels* y, junto con dos nuevas publicaciones editadas a partir de 1970 en Holanda y Francia, permiten degustar la deslumbrante variedad de actividades de investigación que han sido emprendidas en la segunda mitad de este siglo. Al igual que el *Archiv*, *Quaerendo: A Quarterly Journal from the Low Countries Devoted to Manuscripts and Printed Books* (Ámsterdam) (sucesor de *Het Boek*) y la *Revue Française d'Histoire du Livre* (Burdeos) (patrocinada por la Société Française d'Histoire du Livre) enfatiza las profundas implicaciones culturales de la historia del libro. Una útil selección bibliográfica se encuentra en Berry y Poole, *Annals of Printing*, pp. 287-294, pero nótese la advertencia de Gaskell en *A New Introduction to Bibliography*, p. 392. [Existe traducción al español; *Nueva introducción a la bibliografía integral*, Gijón, Trea, 1999.] Para una introducción básica al tema es imprescindible consultar a Gaskell.

³ La gran cantidad de revistas que contienen materiales importantes resulta sugerente. Además del número de revistas específicamente dedicadas a aspectos particulares (como *The Library* o el *Gutenberg Jahrbuch*) también he encontrado información útil en *Journal des Savants*, *UCLA Law Review*, *Bibliothèque d'Humanisme et Renaissance*, *Archiv für reformationgeschichte*, *Isis*, *Shakespeare Studies* y otras revistas especializadas, aparentemente no relacionadas con el tema.

como al especialista.⁴ Un trabajo más extenso, bien organizado, es el de Febvre y Martin, que cubre acertadamente los tres primeros siglos de la imprenta y apareció en la colección *L'Évolution de L'Humanité*. Steinberg cubre un periodo más extenso, que abarca "cinco siglos", en una investigación del caso inglés extraordinariamente sucinta y amable para el lector no especializado.⁵ Estos tres libros sintetizan la información que se encuentra en muchos estudios dispersos, y aunque en ocasiones mencionan las profundas implicaciones históricas de estos procesos, en realidad nunca las enuncian sistemáticamente. Como ocurre en la sección dedicada a la imprenta en la *New Cambridge Modern History*,⁶ los contenidos de dichas investigaciones raramente emprenden análisis sobre otros aspectos de la evolución de la humanidad.

De acuerdo con Steinberg: "La historia de la imprenta es una parte integral de la historia general de la civilización."⁷ Desafortunadamente, tal como se la expresa, la afirmación no es aplicable a la historia escrita aunque probablemente es muy cierta en lo que se refiere al devenir real de los asuntos humanos. Lejos de estar integrados a otras investigaciones, los estudios sobre la historia de la imprenta están aislados y artificialmente incomunicados del resto de la bibliografía histórica. En teoría dichos estudios se centran en un tema que repercute en muchos otros campos de investigación, pero raramente son consultados por académicos que trabajan otros temas, quizá porque su relevancia para los otros campos aún no es clara. "La naturaleza exacta del impacto que la invención y la difusión de la imprenta tuvieron en la civilización occidental todavía está por definirse."⁸ La afirmación anterior parece subestimar el asunto. Son pocas las interpretaciones, aunque sea de naturaleza

⁴ Hirsch, *Printing, Selling*. En mi opinión el especialista sacará más provecho que el lector general al hurgar entre los hallazgos, ricamente detallados, contenidos en su trabajo. En la segunda edición, de 1974, el autor agregó una introducción bibliográfica, pero dejó el texto intacto. Esto último provocó una reseña tal vez excesivamente severa en el *Times Literary Supplement*, 21 de septiembre de 1967, p. 848.

⁵ Febvre y Martin, *L'apparition*. (Febvre murió antes de terminar el libro por lo que el crédito por la mayor parte de él debe ser para Martin.) [Hay una versión en español que se publicó en esta misma colección: *La aparición del libro*, traducción de Agustín Millares Carlo, México, Librería-Fondo de Cultura Económica, 2005, t.] La última obra destacada de Martin: *Livres, pouvoirs et société à Paris au dix-septième siècle* ha sido descrita como una "secuela espléndida" (véase "Books in France", *Times Literary Supplement*, 20 de noviembre de 1969, p. 1344). En realidad, es un trabajo extraordinario que abarca más de lo que su título sugiere, pero dos volúmenes sobre la Francia del siglo XVII realmente no pueden considerarse como "secuela" de un volumen que cubre tres siglos de historia europea. *L'apparition* todavía no ha sido superada en capacidad de síntesis y, a diferencia de otros estudios, contiene una extensa lista de bibliografía clasificada. La traducción al inglés, publicada recientemente, *The Coming of the Book*, traducción de David Gerard, Londres, 1976, desafortunadamente omite la bibliografía, que para estas fechas necesita actualizarse. El libro de Steinberg, *Five Hundred Years*, cubre un intervalo mayor en menos páginas, pero carece de la riqueza y la profundidad del volumen francés.

⁶ Hay, "Literature: The Printed Book", pp. 359-386. Véase la nota 64, *infra*.

⁷ Steinberg, *Five Hundred Years*, p. 11.

⁸ Hirsch, *Printing, Selling*, p. 2.

inexacta y aproximada, en las cuales pueden basarse los especialistas cuando sus investigaciones se ocupan de otros temas.⁹ De ahí que las afirmaciones acerca de los efectos producidos por la imprenta hayan generado poca controversia, no porque coincidan las visiones sobre el tema, sino porque casi ninguna ha sido expuesta de una forma explícita y sistemática. Incluso aquellos que parecen aceptar que hubo cambios trascendentales evitan decir en qué consistieron.

Las dos citas siguientes pueden bastar para ilustrar el tipo de tácticas evasivas que se emplean. La primera proviene de un estudio de literatura comparada, aclamado con justicia, realizado por un eminente historiador de la literatura: "El cambio inmenso y revolucionario que trajo consigo [la invención de la imprenta] puede resumirse en una frase: todo libro era manuscrito."¹⁰ El autor continúa en un tono un tanto soñador y romántico con una discusión sobre la forma en que los escritores producían libros,¹¹ y no dice nada más sobre lo que pasó después de que los libros dejaron de ser manuscritos; quizás esto explica por qué Curtius puede afirmar: "hemos modernizado nuestros sistemas de transporte, pero no nuestros sistemas para transmitir conocimiento".¹² En mi opinión, la transmisión de tradiciones literarias se "modernizó" varios siglos antes de que apareciera la máquina de vapor; pero esto no puede apreciarse a menos de que el "cambio inmenso y revolucionario" se observe mejor que Curtius. El hecho de que un investigador, que en otros aspectos puede ser muy consciente, contemple la idea de resumir semejante cambio en una sola frase es ciertamente temerario. El segundo autor que cito produjo un acercamiento menos excepcional, aunque ha hecho grandes contribuciones a la bibliografía especializada en la imprenta y su aptitud en ese campo les confiere a sus opiniones un peso adicional. "Haría falta un extenso volumen para exponer, para esbozar incluso, las grandes repercusiones de este invento en cada aspecto de la actividad humana."¹³ Probablemente así sea. Pero ninguna investigación, corta o extensa, podría exponer o presentar resumidamente efectos que todavía no han sido descritos ni se han definido en forma explícita. La alusión de Douglas McMurtrie a un extenso volumen que todavía no se ha escrito resulta poco más satisfactoria que el juicio sumario de Ernst Curtius. En ambos casos

no se dice nada más sobre las consecuencias al parecer trascendentales, salvo que ocurrieron. Tampoco se le ofrece al lector interesado ninguna guía sobre donde podría profundizar en el tema.

En la medida en que hay una preocupación por las "grandes repercusiones" que, de común acuerdo, no excluyen ningún aspecto de la actividad humana, es legítimo preguntarse por qué tales repercusiones no se han formulado explícitamente. Steinberg señala que: "Ningún suceso político, constitucional, eclesiástico o económico, ni ningún movimiento sociológico, filosófico o literario, pueden ser entendidos completamente sin tomar en cuenta la influencia que la imprenta ejerció sobre ellos."¹⁴ Todos estos acontecimientos y movimientos han sido cuidadosamente estudiados por generaciones de investigadores que se han propuesto entenderlos de modo integral. Pero si la imprenta ejerció alguna influencia sobre ellos, ¿por qué la misma influencia no se señala, raramente se alude a ella y no se discute? Esta pregunta sólo tiene sentido si se considera que en ningún caso los efectos producidos por la imprenta son evidentes por sí mismos. Incluso podría pensarse que deberían ser identificados por académicos de distintas áreas, aunque lo que realmente ocurre es que pasan inadvertidos. Identificarlos y enlistarlos —en términos generales o de cualquier otra forma— es mucho más fácil de decir que de hacer.

Cuando McMurtrie o Steinberg se refieren al impacto de la imprenta en cada una de las áreas de la actividad humana —política, económica, filosófica, etcétera—, de ninguna manera queda claro en qué piensan. En cierta forma señalan algunas consecuencias indirectas del proceso que están asociadas con el consumo de productos impresos o con la transformación de los hábitos mentales. Dichas consecuencias tienen, obviamente, un gran significado histórico, y afectan a casi todas las áreas de la actividad humana. Sin embargo, es difícil describirlas con precisión e incluso determinar exactamente qué fueron. Una cosa es describir cómo cambiaron los métodos para producir libros a mediados del siglo xv o estimar cuáles fueron los índices del aumento de la producción, y otra determinar cómo el acceso a un mayor número o variedad de registros escritos afectó las formas de aprender, pensar y percibir entre las elites letradas. De igual manera, una cosa es mostrar que la estandarización fue consecuencia de la imprenta y otra determinar la forma en que las leyes, los lenguajes y los constructos mentales fueron afectados por textos más uniformes. Incluso en la actualidad se sabe muy poco sobre el modo en que el acceso a materiales impresos influye en la conducta humana, a pesar de toda la información que se ha obtenido directamente de sujetos vivos y de todos los esfuerzos que han realizado analistas de la opinión pública, encuestadores o científicos de la conducta.¹⁵ (Un vistazo a las controversias recientes sobre la conveniencia de censurar la pornografía muestra cuán ignorantes somos a este respecto.) Los historiadores, que deben intentar comunicarse con los muertos para reconstruir formas de conciencia pasadas, confrontan una seria desventaja cuando se enfrentan a esas cuestiones. Sus

⁹ El tratamiento informal que la mayoría de los historiadores le ha dado al tema ha sido constantemente subrayado por los bibliotecólogos, sin gran resultado. Véanse, por ejemplo, los comentarios de Uhlendorf, "The Invention and Spread of Printing", p. 179.

¹⁰ Curtius, *European Literature*, p. 238.

¹¹ Compárense las observaciones de Curtius sobre el diligente, cariñoso y activo escritor (p. 328) con las del "desaliñado, torpe, falto de elegancia, apresurado y descuidado manuscrito" de Ivins, según consigna Bühler, *The Fifteenth Century Book*, p. 87. Curtius dice que "cada libro copiado" era "un logro personal", pasando por alto todas las evidencias que muestran que la reproducción por partes era común, al menos desde el siglo ix. Véase Destrez, *La pecia*, pp. 21 y 44. Butler, en *Origin of Printing*, p. 11, subraya que los bellos ejemplares exhibidos en las bibliotecas producen una impresión equivocada sobre los libros manuscritos.

¹² Curtius, *European Literature*, p. 16.

¹³ McMurtrie, *The Book*, p. 136.

¹⁴ Steinberg, *Five Hundred Years*, p. 11.

¹⁵ Berelson y Janowitz, *Reader in Public Opinion*, contiene varios artículos relevantes.

teorías sobre los cambios producidos sin regularidad que afectaron los índices de alfabetismo, los procesos de aprendizaje, las actitudes y las expectativas no se prestan en ningún caso a formulaciones simples y autoevidentes que puedan someterse fácilmente a prueba o integrarse a narrativas históricas convencionales.

Es probable que las dificultades que plantean algunos de los problemas más importantes producidos por el paso de lo escrito a lo impreso —debido a las consecuencias indirectas que deben deducirse y a los imponderables que desafían la medición certera— no se resuelvan nunca, pero dichos problemas podrían enfrentarse mejor si otros obstáculos no se atravesaran en el camino. Entre los efectos de largo alcance que deben destacarse se encuentran varios que siguen repercutiendo en los análisis contemporáneos y que ejercen una presión particularmente importante sobre todos los profesionales. En la medida en que el uso constante de materiales impresos es un requisito para que el historiador pueda practicar su propio oficio, es comprensible la dificultad que supone observar procesos que participan tan íntimamente en las propias observaciones. Para poder valorar los cambios introducidos por la imprenta, por ejemplo, es necesario investigar cuáles eran las condiciones que prevalecían antes de su llegada. No obstante, las características de la cultura manuscrita sólo pueden observarse a través del velo de lo impreso.

Incluso un conocimiento superficial de los hallazgos antropológicos o la observación informal del comportamiento de los niños en edad preescolar pueden ayudarnos a recordar el abismo que hay entre la cultura oral y la letrada. En esa línea, varios estudios han mostrado la diferencia que existe entre mentalidades caracterizadas por su relación con lo oral en contraste con las que dependen de la palabra escrita.¹⁶ El abismo que separa nuestra experiencia de la de las elites letradas, que sólo tenían a su alcance textos copiados a mano, es mucho más difícil de entender, debido a que no hay nada análogo en nuestra experiencia o en la de cualquier ser vivo en todo el Occidente contemporáneo. De esa forma, las circunstancias bajo las que se desarrolló la cultura manuscrita deben reconstruirse artificialmente por medio de libros de historia y de obras de consulta. Pero es probable que la mayor parte de éstos oculten más de lo que revelan sobre el objeto de dicha investigación. Los temas relacionados con los escribientes se proyectan hacia el futuro mientras que

¹⁶ Un uso sugerente e imaginativo de la distinción entre cultura oral y letrada, que muestra distintas fases del pensamiento griego, puede verse en Havelock, *Preface to Plato*. La misma distinción se discute desde el punto de vista de los antropólogos en Goody y Watt, "The Consequences of Literacy", pp. 304-345. Véase también la colección de ensayos, coordinada por Goody, *Literacy in Traditional Societies*, para una discusión y referencias pertinentes. A pesar de que la introducción de Goody hace referencia al trabajo de McLuhan y Ong, la diferencia entre la cultura de los escribientes y la impresa tiende a diluirse en las discusiones que comparan la escritura alfabética con la ideográfica y la transmisión oral con la escrita, pero no lo manuscrito con lo impreso. Un ensayo pionero, un tanto desaprovechado, que compara la transmisión oral con la escrita es el de Gandz, "The Dawn of Literacy". Como señalo en el prefacio, el interés reciente por los estudios africanos ha estimulado una nueva y creciente bibliografía sobre el tema. Véase la bibliografía proporcionada por Vansina.

las tendencias posteriores a la aparición de la imprenta se examinan retrospectivamente de una manera que dificulta imaginar la existencia de una cultura letrada diferente basada en copias manuscritas.¹⁷ Ni siquiera existe un término aceptado que se use regularmente para designar al sistema de comunicaciones escritas que predominó antes de la aparición de la imprenta.¹⁸

Probablemente los niños en edad escolar a los que se les pide que tracen los primeros viajes interoceánicos en mapas con contornos idénticos no se preocupen por el hecho de que no existían mapas uniformes del mundo en la época en que esos viajes se realizaron. Una despreocupación similar, pero a un nivel más sofisticado, es alentada por las técnicas cada vez más refinadas para recopilar manuscritos y hacer ediciones autorizadas. Cada nueva edición agrega algo más de lo que se sabía previamente sobre la forma en que fue creado y copiado un manuscrito determinado. Por lo tanto, cada una de estas ediciones hace más difícil imaginar qué le pareció a un escribiente académico un manuscrito determinado, del que sólo podía consultar una versión manuscrita, y que no tenía ninguna guía confiable sobre el lugar o fecha de elaboración, su título y su autor. Los historiadores están preparados para discriminar entre fuentes manuscritas y textos impresos, pero no para pensar con el mismo cuidado cómo se veían los manuscritos cuando este tipo de distinciones era inconcebible¹⁹ cuando todo se decía en confidencia, por decirlo de alguna manera, excepto aquello que se leía ante un auditorio. Asimismo, cuanto más preparado se está para manejar los acontecimientos y las fechas contenidos en los modernos libros de historia, menos probable es que se aprecien las dificultades a que se enfrentaban los escribientes académicos que contaban con una variedad de documentos escritos, pero carecían de cronologías, mapas y de todas las obras de consulta que ahora son uniformes y de uso común.

¹⁷ Para profundizar en este aspecto, véase mi ensayo "Clio and Chronos".

¹⁸ Me parece que el término "cultura manuscrita" es un término útil para referirme a actividades —tales como la producción y la copia de libros, transmisión de mensajes, comunicación de noticias, almacenado de datos— que se realizaron después de la invención de la escritura y antes de que existieran los tipos móviles. En opinión del padre Ong, "quiográfico" contrasta mejor con "tipográfico", pero parece demasiado rebuscado para mis propósitos. Como apunto en mi prefacio, el término "cultura impresa" lo reservo para designar avances posteriores a Gutenberg en Occidente. Dejo a otros investigar cuál fue el impacto de la imprenta en la Asia previa a Gutenberg.

¹⁹ La necesidad de distinguir entre los manuscritos previos a Gutenberg y los que siguieron a la imprenta ha sido reconocida por los especialistas en la historia del libro. Para una discusión general sobre la "arqueología" del libro manuscrito véase Jossierand, "Les bibliothèques". Un investigador sugirió reservar el término "codicología" para el estudio de los libros manuscritos previos a la imprenta y usar "manuscritología" para el estudio de manuscritos posteriores a Gutenberg. Véase el importante artículo de Grujic, "Codicology or Archeology of the Book?", en el que se comenta un congreso holandés de filología efectuado en 1952, p. 107, nota 4. El desinterés que muestran los usuarios modernos de libros acerca de la naturaleza de los libros manuscritos elaborados por los eruditos antes de la aparición de la imprenta es resaltado por Goldschmidt, *Medieval Texts*, p. 9.

Los esfuerzos por reconstruir las circunstancias que precedieron a la imprenta llevan a un predicamento para los historiadores, pues para efectuar dicha reconstrucción es necesario recurrir a materiales impresos, que obstaculizan la percepción adecuada de las condiciones que imperaban antes de que existieran estos materiales. Aun cuando el problema es parcialmente resuelto por académicos sensibles que logran desarrollar una "percepción" de distintas épocas históricas después de manejar un sinnúmero de documentos,²⁰ desgraciadamente los esfuerzos de reconstrucción están destinados a ser incompletos.

Debido a que las características propias de la cultura manuscrita eran tan fluctuantes, desiguales y multiformes, sólo pueden trazarse unas cuantas tendencias de largo plazo. Las condiciones que predominaron cerca de los establecimientos libreros de la antigua Roma, en la Biblioteca de Alejandría, o en ciertos monasterios y ciudades universitarias medievales, facilitaron a las elites letradas el desarrollo de una cultura "libresca" relativamente compleja,²¹ si bien las colecciones de las bibliotecas sufrieron pérdidas y los textos de los manuscritos podían alterarse después de haber sido copiados una y otra vez a lo largo de los años. Además, fuera de algunos centros transitorios especiales, la estructura de la cultura manuscrita era tan débil que incluso las elites letradas dependían en gran parte de la transmisión oral. En la medida en que el dictado regulaba el proceso de copiado en los *scriptoria* y que los escritos literarios eran "publicados" cuando se leían en voz alta, incluso el conocimiento basado en los "libros" dependía de la palabra hablada, lo que produjo una cultura híbrida, mitad oral, mitad literaria, que no tiene una contraparte identificable en la actualidad. Establecer lo que significó publicar antes de la imprenta o cómo se transmitía la información en la época de los escribientes son cuestiones que no pueden responderse de manera general.²² Los hallazgos están condenados a variar enormemente según la fecha y el lugar. Es muy probable que proliferen opiniones contradictorias concernientes al siglo que antecedió a la imprenta, período en que el papel se hizo más accesible y los hombres de letras tuvieron más posibilidades de convertirse en sus propios escribientes.

Es probable que los especialistas en el campo de los incunables, que tienen an-

²⁰ Una reconstrucción extraordinaria e imaginativa de la mentalidad europea previa a la imprenta fue realizada por Febvre en *Le problème*. Véanse especialmente las secciones dedicadas a la imprenta y a los rumores, pp. 418-487. Otro ejemplo de sensibilidad frente a las circunstancias de la cultura manuscrita se encuentra en Smalley, *English Friars*, pp. 9 y 10. Un esfuerzo pionero para describir la forma en que la literatura medieval fue influida por los procedimientos de los escribientes es el de Chaytor, *From Script to Print*.

²¹ No he mencionado centros musulmanes o bizantinos simplemente porque están fuera del alcance de esta investigación. Es sabido que la cultura manuscrita floreció con mayor vigor en ciertos centros fuera de la cristiandad latina que dentro de ella durante la mayor parte del milenio medieval.

²² Aunque es muy viejo, el artículo de Root, "Publication before Printing", sigue siendo la mejor introducción a este tema. Véase también Bennett, "The Production and Dissemination of Vernacular Manuscripts".

te si indicios muy desiguales, insistan en que los procedimientos de los primeros impresores también carecían de uniformidad. Indudablemente es arriesgado generalizar sobre las primeras imprentas y se debería evitar al máximo proyectar en ese pasado lejano los estándares productivos de la edición moderna.²³ Tampoco hay que encubrir la gran diferencia que existió entre el último siglo de la cultura manuscrita y el siglo posterior a Gutenberg. Los inicios de la cultura impresa son lo suficientemente uniformes como para permitir medir su diversidad: se pueden calcular los volúmenes de producción, obtener promedios y trazar tendencias. Por ejemplo, existen cálculos aproximados de la producción total de impresos durante el período de los incunables. Igualmente, se puede afirmar que el tiraje antiguo "promedio" oscilaba entre los 200 y los 400 ejemplares. No hay estadísticas comparables sobre los últimos cincuenta años de la cultura manuscrita. De hecho, ni siquiera hay estadísticas. ¿Cuál fue el "tiraje promedio" en el período que va entre 1400 y 1450? La pregunta raya en el sinsentido. El término "tiraje" se convierte casi en un anacronismo cuando se aplica a los ejemplares de un libro manuscrito.²⁴

En el siguiente capítulo se ilustran algunas de las dificultades para tratar de calcular la producción de los escribientes. Los ejemplos proporcionados ahí mostrarán que la cuantificación no es apropiada para entender las características de la cultura manuscrita. Las estadísticas sobre producción que se citan con mayor frecuencia, basadas en las memorias de un comerciante florentino de libros manuscritos, no son para nada confiables.²⁵ En cualquier caso, la Florencia del *quattrocento* es muy poco representativa de otros centros italianos (como Bolonia), por no hablar ya de las regiones más allá de los Alpes. Además, *ninguna* región es típica. No hay un librero "típico", un escribiente o siquiera un manuscrito típico.²⁶ Incluso si se dejan de lado los problemas que plantean los libreros legos y su participación en el mercado, por toda su complejidad, y sólo se consideran las necesidades del clero en los albores de la imprenta, hay que enfrentar una extraordinaria diversidad de procedimientos: cada orden monástica tenía procedimientos distintos para el suministro de libros; los frailes mendicantes lo hacían de una forma distinta a los monjes. Papas y cardenales frecuentemente recurrieron a las "variadas actividades" de los *cartolai* italianos; los predicadores hacían sus propias antologías de sermones; las órdenes semilegas trataron de proporcionar cartillas para todos.

Cuando se trata de explicar el período en el que apareció la imprenta, la ausencia

²³ En "Printers of the Mind" McKenzie describe con viveza la forma en que difieren los procedimientos realmente efectuados por los primeros impresores de los imaginados por los bibliógrafos. Una advertencia en contra de la proyección de los estándares modernos a la edición antigua se encuentra en Black, "The Printed Bible". Véase también la discusión en el cap. 2, *infra*.

²⁴ En este, como en otros aspectos, las opiniones varían; para referencias al tiraje de una biblia parisina del siglo XIII véanse Branner, "Manuscript Makers" y "The Soissons Bible Paintshop".

²⁵ Véase la referencia a la investigación de Albina de la Mare sobre Vespasiano da Bisticci en la nota 28, *infra*.

²⁶ Una advertencia muy útil contra la noción de que existe un libro manuscrito "típico" se encuentra en Delaissé, *Le manuscrit autographe*, I, p. 50.

de una producción promedio o de procedimientos típicos representa un obstáculo. Por ejemplo, en una versión anterior de este capítulo afirmaba que la producción de libros se trasladó de los *scriptoria* a los talleres de los impresores a fines del siglo xv. La afirmación fue criticada por un medievalista convencido de que la producción de libros ya había abandonado los monasterios en el transcurso del siglo xii, cuando los libreros empezaron a encargarse de suministrar los libros que les hacían falta a las facultades universitarias y a los órdenes mendicantes. Con la llamada "revolución libresca" del siglo xii, y la supervisión universitaria del proceso de copiado, apareció un sistema de "trabajo subcontratado", bajo el cual los copistas ya no se reunían en una sola habitación, y cada uno trabajaba una parte diferente de un texto determinado y recibía del librero la paga por cada uno de los fragmentos que producía (el sistema llamado *pecia*). De acuerdo con mi crítico, la producción de libros se había salido de los *scriptoria* tres siglos antes de la aparición de la imprenta.

Esta objeción merece una mayor reflexión. Desde luego se debe considerar el surgimiento del librero lego en las ciudades universitarias y otros centros urbanos durante los siglos xii y xiii.²⁷ Es muy importante la diferencia entre la labor no remunerada de los monjes, que trabajaban para ser absueltos de sus pecados, y el trabajo asalariado de los copistas seculares. La investigación reciente ha hecho hincapié en la existencia del trabajo subcontratado, pero también ha cuestionado viejos supuestos sobre la existencia de *scriptoria* legos anexos a las librerías.²⁸ De esa forma, se debe

²⁷ Para una breve descripción de la "revolución libresca" del siglo xii véase Humpreys, *The Book Provisions*, p. 13. El sistema de la *pecia* —dirigido por los libreros universitarios en Oxford, París y Bolonia, consistía en repartir ciertas partes de un manuscrito determinado para su copia, además de que tenían la obligación de cotejar sus manuscritos con un ejemplar producido por los funcionarios de la universidad— es descrito a detalle por Destrez.

²⁸ Compárese la afirmación categórica de Febvre y Martin, *L'apparition*, pp. 18-19, sobre los "verdaderos talleres de copistas", con la crítica penetrante de Delaissé que cuestiona la existencia de esos "talleres" en su reseña sobre el trabajo de Millard Meiss publicada en el *Art Bulletin*. La dispersión de los diversos individuos encargados de producir biblias manuscritas en la Francia del siglo xiii también es descrita por Branner: "Manuscript Makers" y "The Soissons Bible Paintshop". La muy difundida noción de que Vespasiano da Bisticci (el librero florentino más conocido del *quattrocento*) tenía efectivamente un *scriptorium* junto a su comercio no es corroborado por la investigación intensiva de De la Mare, "Vespasiano" y "Messer Piero Strozzi, A Florentine Scribe". Ella afirma que Vespasiano encomendaba manuscritos para que fueran copiados a notarios como Strozzi, que hacía el trabajo en su tiempo libre. No hay documentos que muestren si alguna vez mantuvo a cierto grupo de copistas regularmente empleado en alguna labor. En el cap. 2, notas 6, 13, 14, *infra*, se encuentra un comentario adicional sobre Vespasiano y los hallazgos de De la Mare. Por otro lado, no he visto que nadie cuestione el "scriptorium secular" en el Londres de principios del siglo xiv que se revela en el trabajo de Loomis, "The Auchinleck Manuscript", ni en "Publishing Firm", de John Shirley, como se señala en la introducción de Raymond Irwin, *The English Library Before 1700*, p. 5. La muy citada "factoría de libros" dirigida por Diebold Lauber en Hagenau (Alsacia), y otros *scriptoria* laicos semejantes en Estrasburgo y Stuttgart, se comentan en Lehmann-Haupt, "The Heritage of the Manuscript", y Peter Schoeffer, p. 64 y 65. Véase Harrington, "The Production and Distribution of Books", para una discusión

tener cautela cuando se usa el término *scriptoria* para describir la situación que prevaleció en la edad media tardía... más cautela de la que tuve en mis primeros escritos.

Aunque, por otro lado, también se debe evitar insistir demasiado en las tendencias originadas en el siglo xii, en París, Oxford, Bolonia y otras ciudades universitarias, donde las copias se multiplicaban rápidamente para satisfacer necesidades institucionales específicas. La precaución también es necesaria para no hacer extensivas las regulaciones universitarias que trabajaban con el sistema de la *pecia* a las prácticas efectivas de los libreros universitarios, sin mencionar a los que atendían una clientela que no era universitaria.²⁹ También debe contemplarse que los patrones relativamente claros del siglo xiii se enturbian en el xiv. Es un error suponer que, una vez introducida, la *pecia* se prolongó hasta la aparición de la imprenta. La evidencia disponible sugiere que empezó a declinar un siglo antes de que apareciera la primera imprenta.³⁰ En el intervalo que va de 1350 a 1450 —el siglo crucial para nuestro panorama— la situación era inusualmente anárquica y se habían reavivado algunos hábitos que pueden suponerse obsoletos. Los *scriptoria* monásticos, por ejemplo, estaban empezando a experimentar su "última edad de oro".³¹

La llamada "revolución libresca" del siglo xii no extinguió del todo la tradición del copiado como parte del *opus dei*. En Holanda fue enérgicamente reavivada por las órdenes que fundó Gerhard Groote. "Ninguna comunidad religiosa había concentrado sus energías en la producción de libros como lo hizo el hermano Groote."³² Este renacimiento no se circunscribió a las regiones donde floreció la *devotio*

y referencias que ofrecen una visión convencional (¿actualmente pasada de moda?). El cap. 5 aborda los "scriptoria públicos comerciales" del siglo xii al xv. Willard, "The Manuscripts of Jean Petit's Justification", proporciona evidencias de que las recámaras del colegio de París se usaron como *scriptoria* a finales de la edad media. Parecen tan evidentes las ventajas de reunir a varios copistas para tomar dictado en una habitación a fin de producir simultáneamente varias copias que es difícil imaginar un albañil completo del *scriptorium* en algún periodo durante los siglos en que los libros se produjeron manualmente.

²⁹ Aunque las autoridades sobre el tema suelen asumir que la *pecia* funcionaba en efecto como los estatutos universitarios pretendían que funcionara —que frenaba la corrupción y alentaba la producción de textos uniformes (véanse por ejemplo Febvre y Martin, *L'apparition*, pp. 10 y 11; Hirsch, *Printing, Selling*, p. xi)— una lectura metódica de Destrez, *La pecia*, muestra que con más frecuencia ocurría lo contrario (véase la discusión sobre *pecia corrupta o falsa*, pp. 70 y 71; también los fragmentos en las pp. 35, 40 y 41). Las numerosas categorías de libros manuscritos que no estaban sujetos a este sistema, aunque son detenidamente comentadas por Destrez (pp. 20 y 43), se ignoran muy a menudo en recuentos más generales.

³⁰ Destrez, p. 25, señala que el sistema de la *pecia* declinó en el momento en que el papel se volvió de uso común, por razones que no están claras. Su efímera existencia es subrayada por Hajnal, *L'enseignement*, p. 238. También existió en Oxford, desde 1230 y hasta mediados del siglo xiv, de acuerdo con Pollard, "The University and the Book Trade".

³¹ Klaus Arnold, "Introduction to Johannes Trithemius", en *Praise of Scribes. De Laude Scriptorum*, p. 14.

³² Southern, *Western Society*, p. 350.

moderna. En otros lugares la tradición de Casiodoro también respiró un segundo aire. El tratado de Jean Gerson de principios del siglo xv, *De laude scriptorium*, fue escrito como una réplica a los cuestionamientos de cartujos y celestinos sobre el permiso para copiar libros durante las festividades.³³

Extrañamente, la existencia de *scriptoria* monásticos hasta los primeros días de la imprenta, e incluso más allá de ese periodo, se demuestra en un tratado que debe mucho a Gerson y que a menudo se cita como una curiosidad bibliográfica de los albores de la imprenta: *De laudate scriptorium*, de Johannes Trithemius. Es un tratado donde el abad de Sponheim no sólo exhorta a sus monjes a copiar libros, sino que enriquece un tema recurrente al explicar por qué "los monjes no deberían dejar de copiar por haberse inventado la imprenta".³⁴ Entre otros argumentos (la utilidad de mantener ocupadas las manos ociosas, alentar la diligencia, la devoción, el conocimiento de las escrituras, etcétera), Trithemius compara de forma un tanto ilógica la escritura sobre pergamino, que duraría mil años, con la escritura sobre papel, que tendría un periodo de vida más corto. No menciona la posibilidad de que los copistas usen papel (y pergamino raspado) ni piel para imprimir sobre ellos algo especial. En su calidad de hebraísta, erudito cristiano y lector de Gerson, el abad estaba familiarizado, evidentemente, con las visiones que desde la antigüedad habían enfrentado al durable pergamino contra el frágil papiro.³⁵ Sus argumentos muestran interés por preservar una forma de trabajo manual que parecía especialmente adecuada para los monjes. Si de verdad o no estaba preocupado por el uso creciente de papel —en tanto era un ardiente bibliófilo bajo el influjo de preceptos antiguos— es una pregunta que aún espera respuesta. Pero sus acciones muestran claramente que como autor no favoreció el trabajo manual sobre el impreso, ya que pronto imprimió su *Laude scriptorium*, al igual que sus trabajos más influyentes.³⁶ De hecho, recurrió tan frecuentemente a una imprenta de Maguncia que "casi podría llamársela la imprenta de la abadía de Sponheim".³⁷

³³ Gerson, "De Laude".

³⁴ Trithemius, *Praise of Scribes* (edición de Arnold), cap. 7, p. 63. Distintas versiones de este sermón son citadas por varios expertos: Clapp, "The Story of Permanent Durable Book Paper", II, p. 108; Bühler, *Fifteenth Century Book*, p. 35; Fussner, *The Historical Revolution*, p. 8 (cita un fragmento relevante de Ivy, "Bibliography of the Manuscript Book").

³⁵ La deuda de Trithemius con Gerson en otros aspectos es comentada por Arnold, Introduction, p. 20. Febvre y Martin, *L'apparition*, p. 31, señalan que Gerson aconsejaba usar pergamino duradero más que papel perecedero (debido a la fecha, por supuesto, no se menciona nada sobre lo impreso frente a lo manuscrito). Una de las epístolas de san Jerónimo del siglo iv describe el daño que sufrieron algunos volúmenes de la biblioteca de Pánfilo en Cesarea y cómo fueron reemplazados por unos de piel, más duraderos. También hay mandatos en el Talmud que indican que la escritura debía hacerse en pergamino y no en papel.

³⁶ En relación con los contactos de Trithemius con impresores de Basilea, los círculos de humanistas germanos y su importante papel de bibliógrafo, cronista, criptógrafo y nigromante, véanse las pp. 89-93, *infra*.

³⁷ Arnold, Introduction, p. 15, señala que Trithemius vigiló estrechamente el trabajo de impresión de Peter von Friedberg en Maguncia, y que 13 de las 25 ediciones que produjo este

Incluso antes de que el abad de Sponheim transitara del *scriptorium* al taller de impresión, los monjes cartujos del monasterio de Santa Bárbara, en Colonia, recurrieron a impresores locales para ampliar sus esfuerzos —por ser una orden de clausura que estaba obligada al voto de silencio— para predicar "con sus manos".³⁸ Como lo señalan varias investigaciones, lo mismo ocurrió fuera de Colonia y no sólo entre los cartujos,³⁹ pues varias órdenes benedictinas reformadas también mantuvieron ocupados a los impresores locales y, en algunos casos, monjes y monjas dirigieron imprentas monacales. La posible importancia de esta intrusión de una empresa capitalista en un espacio sagrado corresponde a otras secciones de este libro.⁴⁰ Menciono el copiado y la impresión realizados en los monasterios sólo para mostrar lo que podría olvidarse si se sobreestima la aparición del librero lego en el siglo xii. Descartar la fórmula "del *scriptorium* a la imprenta" es casi tan desaconsejable como aplicarla de forma generalizada.

Estas observaciones sugieren que es más fácil generalizar sobre el nuevo sistema de producción de libros que sobre el antiguo, especialmente en lo que se refiere al periodo 1350-1450. La uniformidad y la sincronización se volvieron tan comunes desde la aparición de la imprenta que debe recordarse insistentemente que no eran comunes en tiempos de los escribientes. De cualquier manera, cuando se tiene la capacidad para observar fenómenos en perspectiva, existe la posibilidad de ser

impresor en la década que va de 1490 a 1500 fueron trabajos de Trithemius (1494-1498); seis más eran de amigos del abad.

³⁸ La colaboración entre el monje cartujo Werner Rolevinck y el impresor de Colonia Arnold Therhoernen en los años setenta del siglo xv es abordada por el primero en su prefacio al *Sermo de presentatione Beate Virginia Marie* (Colonia, 1470) y ahora está siendo investigada por Richard B. Marks. Marks está prosiguiendo su más reciente monografía, *The Medieval Manuscript Library*, con una serie de artículos sobre los últimos manuscritos y las primeras versiones impresas de los cartujos de Colonia, y amablemente me proporcionó avances de sus artículos, en los que me he basado. Para referencias adicionales al tema de "orar con las manos" (que se remonta por lo menos a Casiodoro) véanse las pp. 300 y 301, 354 y 355, *infra*.

³⁹ De acuerdo con Hirsh, *Printing, Selling*, p. 54, por lo menos siete imprentas se establecieron en áreas germanas en la década de 1470. Kristeller, "The Contribution of Religious Orders to Thought and Learning", p. 99, nota 13, ofrece referencias de las primeras imprentas monacales en Italia e Inglaterra (en la p. 99 aborda el convento de San Jacobo de Ripoli por ser una de las principales imprentas tempranas de Florencia). Febvre, *Au cœur religieux*, p. 33, señala que monjes franceses establecieron prensas en Chartres. Febvre y Martin, *L'apparition*, p. 264, mencionan varias abadías francesas en Borgoña. La adopción de la imprenta por los hermanos de la vida común en los Países Bajos y la extensa producción de la imprenta de Deventer, que tenía una relación incierta con la orden de Groote son revisadas por Sheppard, "Printing at Deventer". La influencia intelectual de esta congregación, en general, y su participación en Deventer, en particular, han sido sobreestimadas, en opinión de Post, *The Modern Devotion*, pp. 8-10 y 551-553. La transición del *scriptorium* a la imprenta en Zwolle está bien documentada en la *Narratio de inchoatione domus clericorum in Zavollu*, edición de M. Schoengen, 1908, citado por Southern en *Western Society and the Church*, p. 349.

⁴⁰ Véase la referencia al artículo de Hellinga, cap. 2, nota 55, y la discusión sobre las ideas de Lutero y las tesis de Weber, cap. 4, quinta sección, *infra*.

miope ante aquellos que ocurren, por decirlo así, bajo los propios ojos. Marshall McLuhan ha destacado enfática y minuciosamente que la mayoría de los académicos sufre una especie de ceguera ante los efectos que ejerce en ellos un medio de comunicación que ven todos los días.⁴³ De acuerdo con sus tesis, al ojear repetidamente líneas que aparecen en un formato estándar se generan efectos subliminales; esto explica por qué los lectores habituales de libros están tan subjetivamente condicionados por dichos efectos que son incapaces de reconocerlos. El extraño formato tipográfico de *La Galaxia Gutenberg* probablemente está diseñado para contrarrestar este condicionamiento y para forzar al lector a salir de las rutas mentales habituales. McLuhan atribuye su propia conciencia sobre ello y su habilidad para resistir el poder casi hipnótico de lo impreso al surgimiento de nuevos medios audiovisuales y electrónicos. Sostiene que al afectar nuestros sentidos y condicionar nuestra percepción de otra manera, los nuevos medios han empezado a deshacer el embrujo libresco que se impuso a los miembros letrados de la sociedad occidental durante cinco siglos.

Vale la pena reflexionar por qué el autor, al tiempo que presenta sus tesis en un formato no convencional, tiende a subestimar lo impreso, pero al mismo tiempo depende fuertemente de la bibliografía académica convencional para sustentar sus ideas, e incluso reitera temas clásicos de los estudios decimonónicos. El formato caótico de *La Galaxia Gutenberg* probablemente le debe menos al impacto de los nuevos medios que al anticuado problema de intentar sintetizar material obtenido de diversas lecturas, que McLuhan evade mediante una táctica pasada de moda: usando tijeras y engrudo. Cuando sostiene que la tipografía se ha vuelto obsoleta y que una "época electrónica" ha hecho anticuada la "tecnología alfabetizadora", él mismo (por lo menos en mi opinión) es incapaz de percibir lo que está bajo sus propios ojos y los del lector al que se dirige.

No parece necesario analizar minuciosamente los medios de comunicación para explicar la miopía prevaleciente sobre el impacto de lo impreso. Desde los tiempos de Gutenberg los materiales impresos se han vuelto excesivamente comunes, por lo que dejaron de ser dignos de atención hace más de un siglo y cuanto más circulan menos se los considera. A pesar de que en la actualidad calendarios, mapas, horarios, diccionarios, catálogos, libros de texto y periódicos se consideran como algo dado (e incluso son considerados antigüedades por los que comercian novedades), siguen ejerciendo una gran influencia sobre la vida cotidiana e incluso tienen una influencia mayor a la que tuvieron en épocas precedentes.⁴² De hecho, cuanto más

⁴² McLuhan, *The Gutenberg Galaxy*. Sostiene la misma tesis en *Understanding Media: The Extensions of Man*. [Hay versión en español: *Comprender los medios de comunicación: Las extensiones del ser humano*, traducción de Patrick Ducher, Barcelona, Paidós, 1996, 7.] Para comentarios adicionales sobre McLuhan, véanse pp. 38 y 39, *infra*.

⁴³ El grado en que "la nuestra es una cultura tipográfica", y la tendencia a considerar las funciones de lo impreso como evidentes por sí mismas, son expuestos claramente por Butler, *Origin of Printing*, pp. 2-4.

abundantes se han vuelto y más frecuentemente se utilizan, más se profundiza y se extiende su impacto. Por consiguiente, la tipografía sigue siendo necesaria para la transmisión hasta de los conocimientos tecnológicos más sofisticados; es inherente a la actual explosión del conocimiento y a gran parte del arte moderno. Al menos en mi opinión es tan importante que constituye una característica esencial de la cultura de mediados del siglo xx.⁴³ Pero, repito, cuantos más materiales impresos se acumulan, mayor es la tendencia a ignorarlos y a favorecer los medios más recientes y menos conocidos. De esa forma, los artículos que tratan sobre los efectos de la televisión encontrarán un mercado más amplio que las reflexiones sobre el impacto de la imprenta. No deja de ser paradójico que debido a que la imprenta se ha vuelto cada vez menos visible en la actualidad sus repercusiones tiendan a minimizarse, aunque realmente son mayores.

De cualquier forma, la abundancia de materiales impresos no explica la miopía actual. La época de los incunables ya había terminado cuando nacieron Bacon, Campanella, Galileo y Kepler, pero ninguno de ellos tendió a considerar la tipografía como algo dado. Por el contrario, cada uno señaló su gran importancia. Aunque los estándares contemporáneos pudieran llevar a pensar que los impresos eran bastante escasos a principios del siglo xvii, es posible observar que para los estándares de la época eran extraordinariamente abundantes y empezaban a considerarse como un exceso del mercado: "engendrados sólo para distraer y abusar de los débiles juicios de los estudiosos y para mantener al oficio y al gremio de los tipógrafos", en palabras de sir Thomas Browne.⁴⁴ Como ojear páginas impresas era una rutina familiar en los círculos eruditos del siglo xvii y la imprenta seguía considerándose una innovación conspicua, la tendencia actual a ignorarla requiere una explicación adicional.

Es importante considerar varios aspectos. En el siglo xvii muchos sabios e intelectuales tenían un trato más cercano con las imprentas del que habían tenido desde que la industrialización de la imprenta generó nuevas divisiones del trabajo. Incluso hasta la época de la ilustración editores de la nobleza y los mecánicos impresores no lograban separar sus caminos. Probablemente un virtuoso de inicios del siglo xvii como Kepler, que se pasaba horas en los talleres de imprenta, supervisando de cerca la impresión de sus obras científicas, estaba más informado sobre la tecnología de impresión de lo que lo están los astrónomos contemporáneos, que se

⁴³ Como se señala en Eisenstein, "Clio and Chronos", p. 63, las tendencias nihilistas, estéticas y caóticas actuales les deben más a los poderes de preservación de lo impreso de lo que comúnmente se acepta. Véase también el capítulo final de este libro.

⁴⁴ *Religio Medici* (1643), sección 24 en *The Prose of Sir Thomas Browne*, p. 32. También véase una cita de Lope de Vega en Preserved Smith, *A History of Modern Culture*, II, p. 276. A pesar de que Smith supone que fue en el siglo xvii cuando la multiplicación de libros empezó a percibirse de forma opresiva, Erasmo ya se había quejado por la proliferación de libros nuevos. Véase "Festina Lente", *The 'Adages' of Erasmus*, pp. 182 y 183. Este reproche quizá tenga alguna relación con las antiguas convenciones literarias de los escribientes. Después de todo, tanto Petrarca como Juvenal se habían quejado por el número de "copiadorcillos" que trabajaban en su época.

deshacen de sus hallazgos enviándolos a los editores de las revistas y asumen que la publicación será muy rápida una vez que reciban el fallo favorable de los dictaminadores. Si bien no se ha evaluado cómo este creciente alejamiento de las imprentas ha afectado las actitudes de los científicos,⁴⁵ es posible preguntarse si este fenómeno ayudó a reforzar el desdén por la tecnología y la ciencia aplicadas por parte de los que están comprometidos con la investigación "pura".

No debe olvidarse que junto a la industrialización del comercio impreso y a las nuevas divisiones del trabajo intelectual, están los problemas de censura e ideología. En la modernidad temprana el acceso a los circuitos donde se vendían las publicaciones implicaba sortear la censura e involucrarse en actividades ilícitas. Un hombre de letras que debía contrabandear un manuscrito para que se publicara en una imprenta extranjera, o localizar una imprenta clandestina en su propia tierra, tenía menos posibilidades de conseguir los servicios de un impresor de las que tienen la mayoría de los escritores del presente (al menos en Europa occidental). Esto es particularmente cierto en el caso de Campanella, Galileo y Kepler, así como en el de los últimos *philosophes* que vivieron bajo reinados católicos. En los reinos protestantes los homenajes al poder de lo impreso eran más compatibles con los motivos patrióticos, pues la defensa de que la imprenta era un parteaguas histórico tenía un matiz antipapista y antirromano. Así, el tema fue desarrollado por humanistas germanos antiitalianos, ampliado por los luteranos y otros protestantes, continuado por hugonotes, puritanos, librepensadores y *philosophes* ilustrados, y alcanzó su momento climático en los escritos de historiadores *whig*, como Macaulay, y anticlericales, como Michelet.⁴⁶ No obstante, después de esa época los apóstoles del progreso desviaron su atención de la pólvora y la imprenta a la máquina de vapor, primero, y luego al dinamo. A finales del siglo xvii la propia prensa manual ya tenía un aire de pieza de museo, otra razón que ayuda a entender por qué nos parece menos conspicua que a Francis Bacon o a Condorcet.

De esa forma, el impacto creciente del avance tecnológico en las sociedades contemporáneas también ha contribuido a que se considere ese invento del siglo xv como una antigüedad que interesa más a los comerciantes de libros antiguos que a los estudiosos del mundo contemporáneo. Es sintomático que, junto con los libros manuscritos, los incunables sean considerados objetos raros y muy valiosos que deben colocarse en vitrinas y cuidarse como vestigios de un pasado distante y perdido.⁴⁷

⁴⁵ Véase la discusión sobre la propuesta de Mannheim, p. 147, *infra*.

⁴⁶ Sobre el influyente esquema de Condorcet y el uso que le dio Michelet, véase el cap. 3, nota 420, *infra*; la historiografía protestante se discute en las pp. 288 y 289, *infra*. Las recientemente publicadas *Mémoires de Louis Philippe I*, p. 4, se inician con una descripción de la imprenta como el que quizá sea "el acontecimiento más decisivo en la historia del hombre", y le asignan un papel primordial en la destrucción del feudalismo.

⁴⁷ La veneración actual de la "cultura de museo" de manuscritos e incunables contrasta fuertemente con el manejo despreocupado de épocas anteriores. El hecho de que los hombres del siglo xvi a menudo se deshicieran de manuscritos "como de periódicos viejos" una vez que se publicaba una edición impresa (véase Destrez, *La pecia*, p. 18) o de que los libreros de Oxford del siglo

No sólo el ritmo acelerado de las innovaciones recientes, también la convención renacentista sobre la impresión pareada y otros inventos posclásicos, contribuyeron a reducir la atención que se le prestaba a la imprenta. Cuanto más rápido proliferan los nuevos inventos, menos conspicuos tienden a parecer los anteriores. La expansión de la llamada industria del conocimiento en las sociedades contemporáneas ha producido resultados similares, por lo que los académicos descubren inventos antiguos casi tan rápido como la tecnología moderna vuelve obsoletos a los nuevos.⁴⁸ Al convertirse en un artículo más de un inventario crecientemente abarrotado, la imprenta también se ha vuelto menos distintiva.

En este sentido hemos vuelto casi al punto de partida, al momento en que la imprenta fue colocada por primera vez en una larga lista de novedades posclásicas. Esta lista se publicó antes de Gutenberg, y fue obra de un bibliotecario papal que anotó en ella unos 22 artículos (incluía el estribo, el reloj mecánico, la brújula y la pólvora) para ilustrar cuáles eran las razones para usar palabras no latinas.⁴⁹ A lo largo del siglo xvi lo que en un inicio se consideraba una desviación filológica de la latinidad pura se transformó en una alabanza del avance tecnológico. La palabra escrita se reforzó poderosamente mediante la representación gráfica. "Nova reperta", una serie de grabados en cobre reproducida con mucha frecuencia, que celebra los inventos y los descubrimientos "modernos", diseñada por el discípulo de Vasari, "Stradanus" (Jan Van der Straet), en la década de 1580 (grabada y publicada repetidamente por la casa Galle de Amberes), probablemente contribuyó tanto como cualquier tratado a fijar el tema en la forma en que actualmente se conoce.⁵⁰ Cuando el interés se

xvii remataran la primera edición en folio de Shakespeare por considerarla prescindible cuando apareció la tercera (Bühler, *Fifteenth Century Book*, p. 101, nota 44), a veces se utiliza para mostrar el desprecio oscurantista por los manuscritos que concitó la imprenta. Véase, por ejemplo, Allen, *The Age of Erasmus*, pp. 159 y 160. Pero incluso antes de Gutenberg, algunos humanistas cazadores de libros mostraban un interés singularmente escaso en la preservación del manuscrito del que copiaban un texto determinado. Véase Reynolds y Wilson, *Scribes and Scholars*, p. 116. Por otro lado, De Bussi, un editor que trabajaba para Sweynheim y Pannartz, se quejó de la tacañería de los coleccionistas que se negaban a prestar manuscritos a la casa para la que trabajaba porque "estimaban que el arte de la imprenta depreciaba sus posesiones". Botfield, *Prefaciones*, p. vi y vii. Franklin, "Conjectures on Rarity", sugiere que el *ethos* del "salón de libros raros" apareció por primera vez en el siglo xvii.

⁴⁸ Las publicaciones de la Society of the History of Technology durante la década de 1960 plantean el problema de forzar la inclusión del invento de Gutenberg dentro de inventarios atestados. Las referencias a la imprenta son inusuales en los muchos artículos, reseñas y bibliografías que se publican en *Technology and Culture*.

⁴⁹ En relación con la lista de Giovanni Tortelli, véase Keller, "A Renaissance Humanist". Redactado en 1449, "De orthographia" se imprimió por primera vez en 1471 tanto en Roma como en Venecia. Se hicieron trece ediciones incunables.

⁵⁰ Keller, "Mathematical Technologies", pp. 22 y 23. Un trabajo interesante sobre la casa de grabadores de Amberes que produjo la "Nova reperta" es el de Bataillon, "Philippe Galle et Arias Montano". Aunque por lo regular la serie se le atribuye sólo a Stradanus, es probable que la hayan realizado dos personas, uno como grabador-editor y otro que escribió los pies de los

desplazó del estudio de las palabras a la invención de objetos, los inventos fueron reacomodados y se les asignó un grado de importancia diferente.⁵¹ En varias listas la imprenta, la pólvora y la brújula se distinguen del resto como de mayor importancia.⁵² Por aquella época Francis Bacon escribió sobre la necesidad de tomar nota de "la fuerza, efecto y consecuencias de los inventos o descubrimientos humanos"; anunció que los "más conspicuos" sólo llegaban a tres.⁵³ Ninguna suposición de ese tipo puede hacerse en la actualidad. Los encargados de elaborar los encabezados de los periódicos logran distinguir los acontecimientos sin precedentes variando el tamaño de sus cabezas, pero los historiadores del siglo xx parecen haber perdido el don para hacerlo.⁵⁴ Una vez más, nuestras listas de innovaciones se han atiborrado y se han vuelto confusas. En vista de la rara y variada compañía que el invento de Gutenberg tiene en el presente (la he encontrado ubicada entre pólizas de seguros y avances metalúrgicos en una lista; entre el reloj mecánico y la universidad en otra; la contabilidad de partida doble y los anteojos en una tercera),⁵⁵ de hecho es difícil saber dónde buscarla.

Pero, ¿realmente pertenece a la época donde suele buscársela?, ¿al mundo de la

grabados (Cornelius Kilianus o A. C. Kilianus Dufflaeus); ambos estaban vinculados con el círculo de Plantin en Amberes.

⁵¹ Tanto Sarton, *Six Wings*, pp. 248 y 249, nota 35, como White, *Medieval Technology*, p. 135, nota 1, comentan la forma en que la portada de la serie *Nova reperta* coloca la imprenta, la brújula y la pólvora en compañía del estribo, el reloj mecánico, la seda, el descubrimiento de América, la destilación y una supuesta cura para la sífilis. Aunque parecen muchos inventos, en realidad reduce la lista de Tortelli, que había crecido anteriormente, no sólo por la imprenta sino también por otros utensilios menores, como el pantalón largo y la boina, en *De inventoribus rerum*, de Polidoro Virgilio (Venecia, 1499). La portada de "Nova reperta" también establece diferencias por medio de las escalas y jerarquiza entre la imprenta y el cañón (que es más grande y central), el descubrimiento de América, la brújula magnética (más grande y flanqueando las piezas centrales) y otros objetos menores que son más pequeños y se distribuyen al azar en el piso. (Estoy agradecida con Alice McGinty, que recientemente finalizó su tesis sobre Stradanus en la Universidad de Boston, por haberme permitido ver la serie completa y guiarme hacia la bibliografía del tema.)

⁵² Además de los artículos de Keller, citados anteriormente, Wolper proporciona información muy valiosa sobre la asociación de la pólvora y la brújula con la imprenta, "The Rhetoric of Gunpowder"; Kisinger, "Ideas of Temporal Change".

⁵³ Véase el aforismo 129, *Novam organum*; cito un fragmento en el epígrafe del cap. 2. Entre otras visiones del siglo xvi, las de Budé y Rabelais (1532), Jean Fernel (1542), du Bellay (1549), Cardano (1551), Jean Bodin (1556), Frobisher (1578), Louis Le Roy (1557), Guillaume Postel (1560), acrecentaron la notoriedad de la imprenta en la época de Bacon. Un inglés como Bacon pensaría que los editores protestantes, como John Bale y John Foxe, debían añadirse a cualquier lista de ese tipo.

⁵⁴ La forma en que las perspectivas se han distorsionado por la reciente proliferación de acontecimientos que "hacen época", inventos estratégicos, épocas de crisis y rupturas decisivas con el pasado se discute en mi ensayo "Clio and Chronos", pp. 38 y 39.

⁵⁵ López, "Hard Times and Investment in Culture", p. 33; Mumford, *Technics and Civilization*, pp. 134-137; Durand, *The Vienna-Klosterneuberg Map Corpus*, p. 282.

tecnología de la edad media tardía? En muchos sentidos parece apropiado relacionar la prensa de tipos móviles con otros instrumentos de potencia y precisión, y colocarla en una secuencia que incluye avances en la metalurgia y los textiles, así como en la experimentación con pigmentos y tintas al aceite.⁵⁶ Pero si se observa con los ojos de bibliotecarios y bibliófilos se puede pensar que es igualmente apropiado ubicarla en una secuencia muy diferente: la asociada con la historia del libro. Ahí se vería como una más de las etapas de un largo proceso que se remonta al menos a la mano de obra esclava de la antigüedad y al paso del rollo al códice.⁵⁷ No se tomaría la metalurgia como punto de partida de finales de la edad media sino la revolución libresca del siglo xii, por ser más significativa. Como vimos, esta mirada favorece una percepción gradual, evolutiva. Una vez que la publicación de libros manuscritos se organizó sobre nuevas bases y la producción de papel se desarrolló para sustentar un comercio más amplio, quedó muy poco margen de innovación para el impresor y su nueva maquinaria.

A su vez, el historiador de la economía nos presenta un entorno diferente. Este último es más propenso que el bibliotecario a caracterizar como innovador al sucesor del librero antiguo. De tal suerte que el impresor antiguo es visto como un empresario urbano que sustituyó los productos hechos a mano por los hechos con máquinas; que tuvo que recuperar grandes inversiones y obtener ayuda financiera; que fue pionero en la incipiente producción en serie y extendió las redes de comercio más allá de los límites de los gremios y las ciudades en la edad media tardía; que experimentó conflictos laborales, incluyendo las primeras huelgas, y que se enfrentó a una competencia constante ante la intensa actividad de las firmas rivales. Por lo tanto, para el historiador de la economía los primeros impresores pertenecen al mundo de los primeros capitalistas, más que al de los comerciantes de libros manuscritos de una etapa previa.⁵⁸

⁵⁶ Véase Clapham, "Printing".

⁵⁷ Para estudios en lengua inglesa sobre la producción clásica de libros, bibliotecas y comercio de libros, véanse Kenyon, *Books and Readers*; Reichmann, "The Book Trade at the Time of the Roman Empire"; Pfeiffer, *History of Classical Scholarship*; en comparación con ellos Putman, *Authors and Their Public*, no vale la pena consultarse. La revisión de Putman en *Books and Their Makers* en la edad media es anticuadamente anecdótica y dispersa, pero contiene algunos datos útiles (aunque se encuentran desorganizados). Reynolds y Wilson, *Scribes and Scholars*, pretenden explicar los problemas de la transmisión a los "novatos en el campo de los estudios clásicos", pero también es la más útil y breve introducción a la cultura de los escribientes medievales. Además de McMurtrie, hay dos libros de Diring: *The Hand Produced Book and The Illuminated Book*, que también ofrecen una útil introducción general. El suministro de libros en los monasterios ingleses de la edad media se aborda en Knowles, *The Religious Orders in England*, II, pp. 331-351. Para ejemplos de la tersa transición del comercio de manuscritos al de los primeros libros impresos a finales de la edad media véanse Lehmann-Haupt, "Heritage of the Manuscript" y la tesis de Harrington.

⁵⁸ Para una discusión sobre los mercados remotos y la publicidad pionera de las firmas en expansión durante el primer medio siglo de la imprenta véase Ehrman, "The Fifteenth Century". El uso de los libros de cuentas de los impresores para ilustrar facetas de los inicios del capitalismo

Retratar a los primeros impresores como capitalistas tempranos permite considerarlos innovadores, pero también los coloca incómodamente cerca de los filisteos y provoca otras inferencias erróneas asociadas con el comportamiento del hombre económico. Implica perder de vista muchos otros de los papeles que desempeñaban en conexión con las artes y las ciencias o con la erudición y las letras de la época. "La imprenta era un arte mecánico —escribió Edgar Zilsel— y los editores, aunque se pensaban a sí mismos como eruditos clásicos, no eran creadores de gloria literaria sino hombres de negocios."⁵⁹ Parece más acertado describir a muchos editores de *ambas* formas: como hombres de negocios y como creadores de gloria literaria, pues sirvieron a la gente de letras no sólo proporcionándoles los tradicionales patrocinos, sino que también fungieron como impresores y promotores culturales de un nuevo tipo. "Para dar lustre al nombre del autor y para beneficiar al mundo": así describía sus motivos el editor veneciano de Tartaglia al publicar una traducción póstuma de Euclides realizada por el artesano-ingeniero autodidacta. Sin duda quería ganar dinero y al mismo tiempo ganar algo de fama para Tartaglia. De lo que se trata es de que la motivación del lucro se combinaba con otros motivos personales y al mismo tiempo altruistas, e incluso evangélicos, en algunas ocasiones. El impresor podía sentirse satisfecho de servir a la humanidad en general incluso mientras incrementaba la reputación de sus autores y se enriquecía. Esta característica mezcla de motivos influyó en la rápida expansión de las primeras industrias de la imprenta, y sugiere que se atendió una gran variedad de intereses, y no sólo los que representa el modelo del hombre económico.

En su calidad de pioneros en las nuevas técnicas de manufactura y comercialización, los primeros impresores tenían algo en común con otros empresarios urbanos; pero como pioneros en anunciar y publicitar, en agitación y propaganda, en lexicografía y bibliografía, deben ubicarse en una categoría propia. Sus talleres eran diferentes de los que dirigían los antiguos comerciantes de libros manuscritos y los libreros legos, porque contaban con máquinas nuevas y mecánicos capacitados para operarlas. Al mismo tiempo, los nuevos talleres también diferían de los que dirigían otros manufactureros contemporáneos, porque servían como puntos de reunión para académicos, artistas y miembros de la elite letrada; como santuarios para traductores extranjeros, inmigrantes y refugiados; como instituciones de enseñanza avanzada y como focos para todo tipo de intercambio cultural e intelectual.

Como tal vez lo sugieran estas observaciones, el establecimiento de imprentas en centros urbanos de toda Europa se parece mucho a otro tema que Frances Yates caracterizó como un asunto de todos y de nadie.⁶⁰ Distintos especialistas abordan diversos aspectos de este complejo tema, aunque están interesados en trazar secuen-

se ejemplifica en los artículos de Edler de Roover, "Cost Accounting in the Sixteenth Century", "New Facets on the Financing and Marketing of Early Printed Books", y de F. Geldner, "Das Rechnungsbuch des Speyrer... Grossbuchhändlers Meter Drach".

⁵⁹ Zilsel, "The Origins of Gilbert's Scientific Method", p. 24.

⁶⁰ Yates, *The Art of Memory*, p. 374.

cias diferentes y sólo comparten unas cuantas preocupaciones. Los historiadores sociales y económicos se han encargado predominantemente de los problemas relacionados con la producción y distribución de libros; es más probable que los referidos al consumo sean investigados por especialistas en literatura o analistas de los medios de comunicación. Si bien la historia del libro normalmente se discute en las clases de bibliotecología, el tema de la imprenta por sí mismo corresponde a los historiadores de la tecnología, mientras que el diseño tipográfico, la composición y la caligrafía se conciben como parte de una subespecialidad impartida en escuelas de diseño. En vista de que el tema está segmentado, subdividido y parcelado de esta manera, no es raro que pocas veces se consiga tener idea de su significación global. Ni siquiera los estudios de gran alcance realizados por historiadores sociales han podido proporcionar una visión completa y cabal de la nueva cultura ocupacional representada por los primeros impresores o una valoración íntegra de los múltiples papeles que desempeñaron.⁶¹

De esta manera, la constante división de la labor intelectual (quizás efecto concomitante inevitable de la expansión de la industria del conocimiento) también ha ahuyentado a muchos de los que podrían interesarse por seguir el consejo de Bacon. Si la imprenta recibe a menudo un tratamiento un tanto superficial en extensos volúmenes dedicados a la historia del libro, la tecnología occidental o los inicios del capitalismo, en otros lados se le presta mucha menos atención, como en el caso de las innumerables historias usuales sobre la filosofía occidental, la religión y la ciencia, la teoría política y económica, la historiografía, la literatura o las bellas artes, que excluyen el tema por completo. No sólo la especialización moderna, sino también la persistencia de una venerada tradición filosófica de orgullo mal entendido aplicada a los fenómenos materiales y mecánicos, podrían ayudar a dar cuenta del abandono en que tienen a la imprenta los historiadores intelectuales y culturales. A consecuencia de este abandono la historia de las ideas se debilita y se aíslan de las condiciones históricas que las rodean, y de esa forma es difícil percibir el contexto cambiante en el que debe observárselas. Este señalamiento no sólo es pertinente para la mayoría de las historias de la filosofía y la literatura occidentales; también se refiere al grueso de los enfoques de la historia de la ciencia y de la historiografía.⁶²

El paso de lo escrito a lo impreso afectó los métodos de preservación y de circulación de la información. Nadie puede estudiar todos los aspectos del pasado por

⁶¹ De los múltiples papeles de ellos y de ellas. Lenkey, entre otros, estudia el papel que desempeñaron en la dirección de los negocios familiares las hijas y las viudas de impresores. Véanse las referencias en el cap. 2, nota 136, *infra*.

⁶² Véase *infra* un intento de indicar cómo la aparición de la imprenta, aunque se considera un fenómeno "externo", puede estar relacionada con la historia "interna" de la ciencia. Los aspectos relativos a la historiografía se abordan en varias partes del cap. 3 y en mi ensayo "Clio and Chronos", pero una discusión exhaustiva requeriría otro libro.

si mismo, y mucho menos si cada quien lo hace por su cuenta, pero los historiadores intelectuales harían bien en dejar inventos como el estribo y el molino a otros especialistas, ya que tratar el invento de Gutenberg de esta manera es perder la oportunidad de entender una de las principales fuerzas que han delineado el pensamiento moderno. La dificultad para relacionar la historia intelectual con la historia en su conjunto podría manejarse mejor si se prestara mayor atención al impacto de lo impreso. Los intentos por relacionar las ideas con la acción social, de vincular la "superestructura" marxista con los medios de producción realmente existentes, o de desarrollar una "sociología del conocimiento", están expuestos a producir respuestas restringidas e inadecuadas si no toman en cuenta la revolución comunicativa. La mayor parte de las reflexiones sobre la mente y la sociedad o las mentalidades parecen prematuras y excesivamente abstractas. Me pregunto si antes de teorizar de manera general sobre estas cuestiones no deberíamos considerar más en concreto cómo se relacionan las formas de aprendizaje a través de los libros con ciertas técnicas de producción y distribución de éstos.

Por supuesto, la imprenta no sólo se asocia con un tipo especial de innovación que interesa a bibliógrafos, historiadores de la tecnología u otros especialistas de campos vecinos, también se piensa con criterios cronológicos, por lo que cae dentro de la extensa área cultivada por los historiadores que se especializan en el siglo xv. Como elemento de esa época, usualmente aparece en las cronologías junto a la caída de Constantinopla, y en las investigaciones generales y los libros de texto se la menciona en el apartado correspondiente. La imprenta se sitúa en algún punto entre la peste negra y el descubrimiento de América en la mente de los estudiantes más atentos, pero ocupa una posición poco relevante entre la masa de eventos que se analizan cuando se estudian miles de años. Es probable que la mayoría de los historiadores profesionales, especializados en diversos periodos, presten menos atención a la aparición de la imprenta que los lectores de obras generales. Posiblemente tampoco llama la atención de los historiadores de la antigüedad ni de muchos medievalistas. Tampoco atrae mucha más atención por parte de los académicos especializados en periodos posteriores a su aparición. En general la discusión acerca de su significado histórico y las amplias consecuencias sociales que tuvo el paso de lo escrito a lo impreso se le deja a los especialistas de una época problemática (¿o quizá sea un movimiento cultural?) conocido como "renacimiento".⁶³

No obstante, el área de estudios sobre el renacimiento no está lo suficientemente bien diseñada como para hacerse cargo de las consecuencias de la imprenta: sus límites cronológicos son muy estrechos y la tendencia a concentrarse en Italia es demasiado intensa para hacerle justicia al tema. A principios del siglo xvi los elogios al genio inventivo de Gutenberg provinieron de los alemanes, que trataban

⁶³ La utilidad de restringir el término a un movimiento cultural y de distinguir entre "movimientos" y "periodos" fue expuesta por Gombrich, *In Search of Cultural History*. Pero los que escriben los libros de texto son impermeables a dicha recomendación. Para una discusión de la problemática, véase el cap. 3.

de acallar las antiguas reivindicaciones de supremacía cultural propagadas por la elite letrada italiana. Dichas reivindicaciones fueron retomadas por los sabios del renacimiento de una forma que parece decir más sobre los orígenes del humanismo que sobre el establecimiento posterior de las prensas. Además, la producción de las primeras imprentas se alimentó del trabajo que los escribientes no podían realizar. En su primer siglo la imprenta produjo una cultura libresca que no era muy diferente de la que elaboraron los copistas. Cuanto más detenidamente se observa la época de los incunables, menor es la sorpresa que generan los cambios que trajo la imprenta. Para ver cómo se transformó con este paso un proceso de transmisión cultural es necesario tener una visión más panorámica y de más largo plazo de la que comúnmente tienen los especialistas en el renacimiento. Los académicos dedicados a identificar las etapas de un proceso que se desarrolló en una sola región, entre el siglo xiv y el xvi, no tienen muchos elementos para hacer una gran distinción entre el impresor y el copista. Por el contrario, es probable que se impresionen por la unidad y la continuidad del movimiento cultural que inició Petrarca. En la interpretación que hacen del periodo, el invento de Gutenberg pudo haber ayudado a impulsar las tendencias existentes (al popularizar los manuales de los humanistas, por ejemplo), pero no consideran su aparición como un hito cultural. Apareció muy tarde para eso, mucho después de que los primogénitos de la Europa moderna empezaran a bajar el telón del escenario medieval.

Desde la época de Burckhardt esta visión se ha vuelto tan convencional que los académicos disidentes no han podido modificarla. Los cursos universitarios y los libros de texto la refuerzan cada año. A pesar de que algunos de los primeros filósofos de la historia, como Condorcet, veían la imprenta como un acontecimiento que hizo época y periodizaban la historia en función de esto, la mayoría de los criterios de periodización de la actualidad ubican a la imprenta en una especie de limbo... parece que ocurrió en algún punto intermedio de una época de transición mal definida. Sus repercusiones reciben menos atención que la identificación del hipotético periodo en el que se la ha ubicado. En trabajos menos especializados la discusión sobre el invento de Gutenberg suele posponerse hasta que el renacimiento ha concluido. Así, nunca se analiza el paso de lo escrito a lo impreso; se transmite la impresión de que el periodo de los incunables terminó de forma tan irrelevante como inició y el tema se relega a los aspectos misceláneos de la reforma.⁶⁴

En los casos en que se sitúa a este invento, de forma más precisa, en el siglo xv, habitualmente se lo menciona de manera tardía e informal y se ofrece como un ejemplo incidental de otros procesos que se dieron simultáneamente; si no es para

⁶⁴ Por ejemplo, el capítulo de Denys Hay sobre la imprenta en *The New Cambridge Modern History* aparece en el volumen 11: *The reformation 1520-59*, aunque el fin de la era de los incunables corresponde al intervalo que cubre el volumen 1: *The Renaissance 1493-1520*. En lugar de que se lo coloque junto con las "tendencias intelectuales" de la reforma, considero que el capítulo de Hay debería anteceder y sentar las bases del de R. Weiss, "Learning and Education in Western Europe, 1490-1520".

ilustrar las primeras empresas capitalistas, entonces para mostrar el crecimiento de la comunidad de legos letrados, ejemplificar los avances tecnológicos de la edad media tardía o para discutir tanto las teorías difusionistas como la importación occidental de técnicas provenientes del Lejano Oriente.⁶⁵ Es indicativo que Fernand Braudel, uno de los más distinguidos historiadores vivos⁶⁶ en lo relativo a los orígenes de la Europa moderna, haya relegado la imprenta a una posición subordinada entre la artillería y la navegación interoceánica. Así, ya no encabeza el trío que, según Bacon, cambió al mundo. Por el contrario, Braudel considera que "se usó por igual entre los pensadores retrógrados y progresistas de Europa", "aceleró tendencias creadas por los libros manuscritos" y fue responsable "del lento desarrollo de las matemáticas". Agrega que "Sólo la navegación interoceánica apareció sin crear ninguna convulsión ni asimetría en el mundo",⁶⁶ error crucial de interpretación que ojalá los lectores de este libro puedan captar.

Sin embargo, George Sarton describió los tipos móviles como "el invento más importante del renacimiento", y en un simposio dedicado al periodo intentó, aunque brevemente, enlistar algunas de sus repercusiones.⁶⁷ Myron Gilmore, quien dedica varios párrafos al tema en su volumen que forma parte de la colección *The Rise of Modern Europe*, coincide con él. En realidad, cuando se comparan los enfoques de los especialistas en periodos posteriores sobre la época de los incunables, un estudioso del renacimiento como Gilmore parece tener una visión más amplia:

La invención y el desarrollo de la imprenta de tipos móviles trajeron consigo la que fue quizá la transformación más radical en las condiciones de la vida intelectual en la historia de Occidente. Abrió nuevos horizontes en la educación y en la transmisión de ideas. Sus efectos se sintieron, tarde o temprano, en todas las áreas de la actividad humana.⁶⁸

⁶⁵ La idea de que los chinos fueron pioneros en la invención de la pólvora y la imprenta se basó en los informes de misioneros del siglo xvi y fue popularizada por hombres de letras del renacimiento, como Montaigne. Véase "On Coaches" (1588), traducción de John Florio (1600), citado en *The Portable Renaissance Reader*, Ross y McLaughlin (eds.), p. 157. Las obras de principios del siglo xvii que consideraban que la impresión china con bloques era superior a la de tipos móviles que inventó Gutenberg son descritas por Keller, "Mathematical Technologies", p. 24. Para consultar análisis representativos del tema véanse Carter y Goodrich, *The Invention of Printing in China* y Fuhrman, "The Invention of Printing". Desde el siglo xvii no se ha podido constatar si en la época previa a Gutenberg se usaron en Asia (Corea) tipos metálicos móviles. Actualmente la discusión se centra en las ventajas que un lenguaje escrito alfabéticamente tiene frente a uno ideográfico en el uso pleno de la impresión tipográfica.

⁶⁶ Es importante señalar que en la época en que la autora escribió el libro el historiador francés Fernand Braudel aún estaba vivo, pero su muerte ocurrió en 1985. [r.]

⁶⁶ Braudel, *Capitalism*, cap. 6, pp. 285 y 300.

⁶⁷ Sarton, "The Quest for Truth", p. 67. Para una discusión sobre el cambio de opinión de Sarton respecto a lo que planteó en sus primeros trabajos en torno al impacto de lo impreso, véase p. 480 ss, *infra*.

⁶⁸ Gilmore, *The World of Humanism*, p. 186. Véase también un enfoque informativo en las primeras páginas de la investigación de Rice, *The Foundations of Early Modern Europe*, pp. 1-10.

Aunque en cierta forma Gilmore señala los efectos que produjo la imprenta, los límites cronológicos de su trabajo no le permiten describirlos en detalle. Los otros volúmenes de la colección en los que podría encontrarse una descripción algo más detallada sobre los efectos que eventualmente "se sintieron en todas las áreas de la actividad humana" no contienen ninguna referencia explícita a dichos efectos. Desafortunadamente es común esta tendencia a restringir el análisis de una transformación continua al punto mismo en que estaba empezando a cobrar impulso. De suerte que las investigaciones referidas a los siglos que siguieron al periodo de los incunables relegan las reflexiones sobre la imprenta a una variedad de áreas periféricas y a subespecialidades menores.

Por otra parte, algunas interpretaciones marginales provenientes del campo, un tanto amorfo de la historia social pueden encontrarse en monografías que se ocupan del comercio de libros, los mecenazgos, la clientela y la censura, la literatura, el periodismo y la educación, el análisis de la opinión pública y la propaganda, o de la organización interna de las imprentas en diversas regiones. Excepto por algunas referencias ocasionales al "surgimiento" del "público lector", la emergencia de autores "profesionales" en el siglo xviii, el papel de la "prensa" y la opinión pública en el siglo xix, se podría concluir, a partir de los múltiples libros contemporáneos de historia, que sus efectos se evaporaron con la última hoja volante de la reforma. La difusión que las imprentas hicieron de las ideas protestantes es, probablemente, el único aspecto del impacto de lo impreso con el que están familiarizados la mayoría de los historiadores de la Europa moderna. En los trabajos sobre la reforma, así como en los que analizan otros movimientos, tienden a subestimarse drásticamente y a restringirse exclusivamente a la "difusión" de ideas los efectos que produjo lo impreso. Los problemas que enfrentó el clero cuando la tradición de la escritura "entró a imprenta", y la ruptura que lo impreso provocó en la cristiandad, a la que contribuyó la imprenta antes de la expansión del protestantismo, son escenarios que no se han explorado.⁶⁹ En todo caso, una vez que terminan los capítulos dedicados a la reforma y se ha dado la difusión del protestantismo, la actividad de los impresores y los editores parece menos digna de atención, por lo que la atención de los historiadores se desplaza hacia inventos posteriores que les parecen más significativos.

Entre los historiadores que se ocupan de la época posterior a la reforma es particularmente marcada la invisibilidad del impacto acumulativo del nuevo sistema de comunicación. Las revoluciones política e intelectual de los siglos xvii y xviii no se asocian con el contexto de la época posterior a la imprenta sino con el de la sociedad preindustrializada. Por ejemplo, cuando se intentan construir las bases para explicar el surgimiento de la ciencia moderna, a menudo se discute la situación de las comunicaciones en la Europa del siglo xvii. Se menciona el surgimiento de

Un pasaje inusualmente perceptivo dedicado a las nuevas prensas se encuentra en Hale, *Renaissance Europe*, pp. 188-190.

⁶⁹ Para una discusión más detallada véase el cap. 4, *infra*.

los sistemas postales, la construcción de canales y otras mejoras en los transportes. Pero se deja fuera del recuento el hecho de que los cuadros, los mapas y las cartas de navegación manuscritos habían sido reemplazados previamente por versiones impresas. Con frecuencia se subraya la importancia del creciente intercambio de correspondencia manuscrita entre los virtuosos, mientras que tiende a ignorarse la más novedosa aparición de "cartas abiertas" dirigidas a observadores dispersos. La distribución del talento científico se examina muchas veces, pero casi nunca vez se explora la distribución de los puntos en que se vendían publicaciones científicas.⁷⁰

Lo mismo podría decirse sobre las investigaciones que intentan explicar el pensamiento ilustrado o las revoluciones políticas de inicios de la modernidad.⁷¹ Para explicarlos se discuten detalladamente los cambios asociados con las rutas comerciales y los precios, el uso de la tierra y los cultivos, el estatus de los grupos y las clases, en tanto que raramente —si acaso— se destacan los cambios producidos por la duplicación de mapas, cuadros y cartas de navegación, libros de leyes y obras de referencia, calendarios y tratados, decretos y peticiones. El ascenso de la clase media y el papel de la burguesía siempre se relacionan con el crecimiento de una economía monetaria, pero el de hombres dedicados a las letras y el papel de la *intelligentsia* raramente se relacionan con la expansión de los poderes de lo impreso. Se comentan mucho los efectos que tuvo la revolución comercial, pero nunca los que produjo la revolución comunicativa.⁷²

⁷⁰ Véanse las secciones relativas a "avances en materia de comunicación" en G. N. Clark, *The Seventeenth Century*, pp. 47-60 y 330-333. Véanse también los apartados sobre reglas de cálculo y logaritmos (p. 235); educación (cap. 18) y literatura (cap. 20) del mismo trabajo. El enfoque de Clark se apoya en el influyente trabajo de Robert K. Merton sobre sociología de la ciencia, de ahí que siga siendo valioso a pesar de su antigüedad. Para una discusión adicional véase p. 435 ss, *infra*.

⁷¹ Después que se escribió esto aparecieron varios volúmenes patrocinados por dos secciones diferentes de la École Pratique des Hautes Études (las publicaciones de la iv sección, de Henri-Jean Martin y sus colegas, y las de la vi sección, de Robert Mandrou, François Furet y sus colegas), que sugieren que la historia del libro se ha ampliado para incluir tendencias culturales y políticas. Véanse los ensayos de *Livre et société au XVIII^e siècle* y las reseñas de Dupront, "Livre et culture"; Trénard, "L'histoire des mentalités collectives"; Mandrou, "Le livre: Ce ferment". Aunque en mi opinión incluso estos nuevos estudios minimizan el impacto de lo impreso, como lo sugiere un comentario de Dupront: "Le livre retardé", p. 895. En ese sentido, tienen consecuencias más explosivas los muchos artículos pioneros de Robert Darnton (citados en la bibliografía). Para una revisión bibliográfica actualizada hasta 1976 véase "*Livre et société after ten years*".

⁷² Debo reconocer que ahora hay una grata excepción a esta afirmación, que realicé en 1970. *Printed Propaganda under Louis XIV*, de Klaitz, contiene una sección dedicada a "The Sun King and the Communications Revolution". Esta monografía se dedica en su totalidad a examinar las consecuencias de los procesos que ocurrieron después del surgimiento de la imprenta. Sin embargo, al aplicar el término "revolución comunicativa" a fenómenos específicos del siglo xvii, por ejemplo a la nueva prensa periódica, Klaitz sigue utilizando el término de una forma más limitada de lo que yo lo hago en este libro.

Igual que la creciente bibliografía sobre la historia de la tecnología, una bibliografía cada vez más nutrida sobre la "revolución industrial" ha contribuido a desviar la atención del invento que Bacon alguna vez caracterizó como conspicuo. En las obras generales, por ejemplo, se pone más énfasis en los cambios que afectaron la producción textil y el comercio de ropa que en los que transformaron la producción y el comercio de libros. Sin duda las dos áreas están relacionadas. No sólo la impresión textil precedió a la de libros, sino que también los textiles intervenían en la producción de papel de pasta de trapo y de esa forma ayudaron a allanar el camino para el uso de la imprenta. Sin embargo, la impresión tipográfica tuvo un efecto directo en la circulación de la información que no tuvieron ni los molinos textiles ni los de papel.

La circulación de información, dice un artículo de reseña, es un área importante aunque desatendida, que los historiadores económicos no deberían ignorar, especialmente si están interesados en la expansión comercial y en las teorías del crecimiento económico.⁷³ El artículo no llega a sugerir ninguno de los posibles efectos producidos por la imprenta en el intercambio de información económica. Si hay alguna relación entre los talleres de impresión en expansión y el crecimiento de la empresa capitalista a principios de la modernidad aún está por explorarse. La mayoría de las investigaciones de historia económica se desplazan de la edad media tardía a los albores de la modernidad sin dar siquiera una explicación sobre la forma en que la aparición de la imprenta pudo haber afectado al comercio y a la industria, en general, o a los métodos de publicidad, los planes de seguros, los reportes de la bolsa de valores y los sistemas monetarios, en particular. En cualquier intento por cubrir los dos últimos siglos hay demasiados cambios en la agricultura, la industria y el transporte —en el caso de la imprenta, la aparición de nuevos molinos de papel y el uso de hierro y vapor— como para ameritar más que un simple vistazo. En la actualidad hasta las fases más tempranas se encuentran eclipsadas por la serie de cambios que ocurrieron tres siglos después, de forma que la aparición de la imprenta, en lugar de considerarse como un acontecimiento *sui generis*, valioso por sí mismo, se ve simplemente como un precursor más de las técnicas de producción en serie que se desarrollaron posteriormente. Asociada con la minería y la construcción naval, y no con la brújula y la pólvora, se la relega a la posición de precursora que antecedió a las empresas industriales de larga escala.

El "arte divino", considerado como uno más entre muchos inventos, se ha vuelto menos ilustre. En lugar de ser visto como un proceso revolucionario que sirvió de guía en los albores de la modernidad, el paso de lo escrito a lo impreso es eclipsado por transformaciones posteriores y considerado capítulo cerrado por los esquemas de periodización predominantes. Pero presuntamente los historiadores están bien preparados para abrir capítulos cerrados. Después de todo, es su principal razón de ser. No obstante, los contenidos de este capítulo en particular, curiosamente, son difíciles de descifrar, pues cuando se considera el breve intervalo que se le asigna

⁷³ North y Paul, "An Economic Theory of the Growth of the Western World".

a la imprenta en la mayoría de los escritos e investigaciones, y se trata de dirigir la atención hacia su aparición, se descubre que, cuanto más de cerca se la observa, menos certeza hay de lo que se está observando. La enigmática frase "tipos metálicos móviles" parece ser, como la sonrisa del desvanecido gato de Cheshire en *Alicia en el país de las maravillas*, lo único que quedó del primero de los inventos más conspicuos de la lista de Bacon.

Las listas de inventos no sólo se han hecho más grandes y las brechas entre disciplinas más formidables; los análisis sobre los "inventos y descubrimientos" también se han vuelto cada vez más sofisticados pero de una manera que tiende a sofocar la percepción de su fuerza y efectividad. Estamos más conscientes que Bacon y sus contemporáneos de que los grandes inventos no nacen repentinamente ni en estado adulto, como Minerva de la frente de Júpiter. Actualmente se los considera menos como eventos aislados y más como un complejo proceso social, que a su vez representa el producto final de cambios sociales más vastos.⁷⁴

Para dar cuenta de cómo se utilizaron los tipos móviles ya no basta con ir al taller de Gutenberg en Maguncia —ni siquiera con sostener que primero se debería ir al de Coster en Haarlem o posiblemente examinar también las transacciones comerciales entre Johannes Fust y Peter Schoeffer. Por consiguiente, es necesario investigar la expansión previa de la alfabetización entre los legos y del comercio de libros manuscritos, dar cuenta de cómo se acumularon los capitales necesarios para invertir en los primeros talleres, o tratar de explicar por qué los talleres de impresión se expandieron tan rápidamente en Europa occidental a finales del siglo xv y por qué la invención de los tipos móviles no tuvo consecuencias similares en el Lejano Oriente. Además, las primeras prensas parecen ahora simplemente la consecuencia final de muchas otras innovaciones nacionales y del exterior. Hay que tomar en cuenta los cambios que afectaron a todas las ramas de la industria, desde la elaboración de vino y queso, la fabricación de sellos, la pintura al óleo y los naipes, hasta la metalurgia y la producción textil. Junto con el previo establecimiento de molinos de papel y la producción de libros impresos con bloques, dichas innovaciones han sido examinadas tan pormenorizadamente que han fragmentado la visión de la "imprenta" como invento. "Se requiere un largo tratado para señalar qué fue lo que realmente constituyó el 'invento' de Gutenberg."⁷⁵ En la medida en que, sin embargo, podemos precisar cronológicamente la "prensa de impresión" a mediados del siglo xv, permanece allí como una cómoda abstracción, como afirmación sumaria de datos específicos que, en su mayor parte, se encuentran en otro lado.

Describir la "fuerza y el efecto" de una abstracción de ese tipo conlleva dificultades. Por un lado, parece no haber cambiado nada; por otro, parece haber trans-

formado todo. Casi todos los historiadores coinciden en señalar que no se puede trazar una división clara entre la primera mitad del siglo xv y la segunda. Todos ellos están de acuerdo con la siguiente afirmación: "La producción de libros no se revolucionó con la utilización de los tipos móviles o su aplicación a la edición mecánica. De hecho, al principio los libros impresos difícilmente se distinguían de los manuscritos."⁷⁶ Aunque también pueden reconocer que el invento de Gutenberg "introdujo en Europa, más de tres siglos antes de su adopción generalizada por parte de la industria, la 'teoría de las partes intercambiables', que es la base de todas las técnicas modernas de producción en serie."⁷⁷ Posiblemente podría trazarse una división clara si se amputara la última parte del siglo xv de las épocas precedentes. Para 1480 "la diferencia fundamental entre los bienes producidos por el metalurgista y por el amanuense... fue el triunfo del punzón sobre el cálamo, y con ello el reemplazo de la imitación de la copia manuscrita por el libro auténtico."⁷⁸ Al final, hasta los sofisticados individuos modernos se refugian en la mitología antigua: "Una y otra vez el historiador se sorprende por el hecho de que... varias ramas del arte de Gutenberg nacieron adultas y armadas como Atenea de la frente de Zeus."⁷⁹

Como lo sugieren las citas anteriores, es difícil reflexionar sobre la aparición de la imprenta y no deformar las perspectivas al recurrir simultáneamente a dos modelos incompatibles de cambio histórico: uno gradual y evolutivo, y otro abrupto y revolucionario. Hay razones convincentes para considerar el invento de Gutenberg como parte de un proceso que se extiende continuamente; para presentarlo (cosa que hacen Febvre y Martin) como un elemento más de un gran "conjunto" de transformaciones. Así, la invención y la utilización de los tipos móviles pueden verse como consecuencias de procesos anteriores, la difusión de la alfabetización lega, por ejemplo, y como un factor, que, a su vez, allanó el camino a procesos posteriores, como la moderna alfabetización de masas. Los impresores y los escribientes se copiaron unos a otros durante varias décadas y duplicaron los mismos textos para los mismos mercados durante la época de los incunables. En la mente de los humanistas italianos "no había una línea de demarcación distintiva entre el libro manuscrito y el que se imprimía con tipos móviles."⁸⁰ Por lo menos en los cincuenta años que siguieron a la introducción de la imprenta no hay evidencias significativas de cambio cultural; no fue sino hasta un siglo después de Gutenberg cuando empezaron a verse los contornos de los primeros retratos de un nuevo mundo.

A la luz de estas consideraciones parece plausible inclinarse por un enfoque gradualista y evolutivo. Pero también hay razones de peso para ver el paso de lo

⁷⁴ *Ibid.*, p. 22.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 25.

⁷⁶ *Ibid.*, p. 29.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 133.

⁷⁸ Hugh H. Davis, reseña en *Renaissance Quarterly*, 1973, p. 353. El libro italiano que se reseña muestra que en ambos casos se empleaba la palabra *codex*.

⁷⁴ Véase Clapham, "Printing", p. 377, por sus reflexiones sobre la ingenuidad de las visiones del siglo xvi. El hecho de que los inventos y los descubrimientos se traten ahora como acontecimientos sumamente problemáticos se refiere, con la bibliografía correspondiente, en mi ensayo "Clio and Chronos", p. 39, nota 9.

⁷⁵ Steinberg, *Five Hundred Years*, p. 23.

escrito a lo impreso como un "conjunto" de cambios autónomos, y para contrastar tanto los talentos como las funciones que desempeñaron los copistas y los *cartolai*, por un lado, y los primeros impresores, por otro. Diversos estudios muestran que se requiere imaginación histórica para salvar la brecha entre la época de los escribientes y la del impresor.⁸¹ Pero antes de que eso sea posible debe ser reconocida la distancia que los separa, y este reconocimiento implica, a su vez, aceptar la discontinuidad. También deben darse buenas razones para considerar el periodo de los incunables como un gran parteaguas histórico, y para considerar la aparición de la imprenta como el momento inaugural de un nuevo periodo cultural de la historia del hombre occidental.

En las investigaciones recientes hay más reticencia para adoptar el segundo enfoque que el primero.⁸² Siempre que es posible se resta importancia a las discontinuidades, no se destacan completamente las diferencias entre los dos modos de producción y se ignoran las numerosas consecuencias del paso de uno a otro. Al mismo tiempo, sin embargo, la tesis del gradualismo evolutivo se emplea intermitente e inconsecuentemente. De hecho, hay que leer entre líneas para determinar qué modelo —si es que hay alguno— se está utilizando. Las interpretaciones se transmiten indirecta y sesgadamente, por lo que en las pocas ocasiones en que se plantea una pregunta valiosa, se obtiene una respuesta incierta:

El camino del manuscrito a lo impreso fue continuo y discontinuo, y me atrevo a decir que todos los grandes descubrimientos, todos los que han sido llamados nuevos movimientos, contienen los mismos elementos contrastantes: continuidad y cambio radical. Esta dicotomía acompaña al humanismo, al renacimiento, al nacionalismo, el capitalismo, la reforma y... la fisión nuclear... Jacob calificó atinadamente al siglo xv como "una mezcla extraordinaria de lo viejo y lo nuevo"...

Su descripción también le va bien al libro del siglo xv. Viejos elementos permanecieron inalterados, otros se transformaron, se desarrollaron nuevas técnicas y los usos de los libros cambiaron.⁸³

En muchos sentidos el modelo paradójico de una línea que es continua y discontinua al mismo tiempo parece ajustarse a la extraña naturaleza de los efectos que produjo el nuevo proceso diseñado para duplicar viejos productos. Vale la pena considerar lo difícil que es explicar los primeros cambios que trajo consigo la imprenta usando patrones convencionales de secuencias "lineales". Además, los pro-

⁸¹ Véanse, por ejemplo, los trabajos de H. J. Chaytor, E. P. Goldschmit y Lucien Febvre citados anteriormente.

⁸² Esta reticencia parece más común entre los historiadores profesionales que entre los profesores que enseñan historia en la escuela secundaria. Probablemente estos últimos consideran más significativo el invento de Gutenberg que lo justificado para los primeros. Véase el trabajo reciente de un ex profesor de educación secundaria que empieza subrayando "el impacto de lo impreso", Malean, *Humanism and the Rise of Science in Tudor England*, cap. 1, aunque los otros capítulos de ese trabajo parecen seguir directrices más convencionales. Véase la nota 85, *infra*.

⁸³ Hirsch, *Printing, Selling*, p. 2.

blemas específicos que plantea el paso de lo escrito a lo impreso probablemente se opaquen si se los considera junto a una variedad de procesos como el humanismo, el capitalismo o la fisión nuclear, sin olvidar que es decepcionante oír a alguien decir que todos los movimientos contienen elementos de continuidad y cambio radical y que un siglo determinado es una mezcla de lo nuevo y lo viejo. Las enseñanzas sobre verdades eternas raramente ayudan a encarar problemas históricos concretos. Por último, el fragmento citado no hace más que desviar la atención de las profundas implicaciones que tiene el problema hacia un rango más limitado de cuestiones. El lector común casi no aparece, mientras que el bibliófilo acapara la atención; en los párrafos que siguen a este fragmento se discute el impacto de la imprenta en los libros del siglo xv, más que en la sociedad europea de la época. Pese a que trabaja un tema más limitado y lo analiza competentemente, el enfoque del autor es lo bastante ambiguo como para no responder a la pregunta sobre cuán abruptos o graduales, mayores o menores, fueron los cambios provocados por la imprenta.

Ambigüedad e incertidumbre similares permean la más ambiciosa y extensa síntesis histórica elaborada por Febvre y Martin. El solo título de su trabajo: *La aparición del libro*, pone de relieve su incapacidad para enfrentarse a cuestiones básicas. A pesar de que el libro en realidad está dedicado a "la aparición del libro impreso" (según señala Marcel Thomas en la primera página), la referencia a lo impreso no aparece en el título. El lector no especializado se queda en la penumbra sobre cuándo ocurrió realmente la aparición del libro, mientras que el académico más erudito se pregunta por qué no se presentó como tema de análisis la aparición de la imprenta, más que la del libro. Así, la referencia a una metamorfosis cultural de grandes dimensiones se difumina por el enfoque sesgado de estos dos historiadores. El prefacio de Lucien Febvre hace hincapié en el vasto conjunto de cambios entre los que debe contarse el invento de Gutenberg y también presenta el paso a lo impreso como un simple prólogo hacia cambios posteriores, más significativos. El primer capítulo analiza la aparición previa del papel y traza un patrón evolutivo al respecto. Describe la expansión gradual tanto de la producción de libros manuscritos como de un público lector lego cosmopolita. En los capítulos siguientes se repite el mismo patrón: la separación entre los manuscritos y los incunables no queda clara y se subraya la ausencia de cambios importantes en las técnicas de producción de libros durante los siguientes tres siglos.⁸⁴ También se afirma que las nuevas imprentas, al duplicar los antiguos trabajos de los escribientes de forma más eficiente, "no ayudaron a acelerar la adopción de nuevas teorías del conocimiento", y que, por el contrario, contribuyeron a la inercia cultural.⁸⁵ No obstante, en algunos

⁸⁴ Véase el prefacio (de Lucien Febvre) pp. xxiii-xxix, introducción de Marcel Thomas, pp. 1-24 y cap. 1 en Febvre y Martin, *L'apparition*. A diferencia del enfoque de Steinberg, Martin (p. 108) adopta uno evolutivo, por lo que rechaza la idea de que haya habido cambios revolucionarios en el formato de los libros.

⁸⁵ Febvre y Martin, *L'apparition*, pp. 420-421. Este pasaje es citado por varios intelectuales reconocidos. (Véanse los ejemplos de McLuhan, *Gutenberg Galaxy*, p. 142; Malean, *Humanism*, p. 22.)

fragmentos aislados del libro se sostiene que la industria tipográfica se “moderniza rápidamente”; los talleres “medievales” se transforman en “plantas modernas” en una época tan temprana como los años 1480; la Europa letrada se “conmocionó” por la inmensa y creciente producción de libros durante el periodo de los incunables; la preocupación de los impresores del siglo xvi por atraer la mayor cantidad de compradores hacia sus mercaderías se describe como un paso hacia la “cultura de masas”; y se comenta que en las regiones luteranas de mediados del siglo xvi la “literatura masiva” ya era una realidad “dirigida a todos y accesible a todos”.⁸⁶

Es importante considerar que los pasajes aislados que aluden a una modernización extraordinariamente rápida y a una “conmoción” no concuerdan con el espíritu general de esa obra. En la medida en que tienden a minimizar las discontinuidades y las implicaciones revolucionarias para enfatizar los temas de gradualismo y continuidad, Febvre y Martin dan la impresión de confirmar convenciones históricas profundamente arraigadas. “Como siempre —escribió Carl Stephenson en un fragmento dedicado a la imprenta—, el historiador se da cuenta de que el acontecimiento que considera tan trascendental no fue una innovación repentina, sino que es producto de una transición gradual.”⁸⁷ Por su parte, Denys Hay parece hablar a nombre de todos los historiadores —aunque también reconoce el carácter excepcional de este acontecimiento— cuando aconseja evitar exagerar sobre sus consecuencias:

Algunos inventos... requirieron siglos para que se los adoptara profusamente, e incluso son más los que han tardado generaciones. La imprenta fue una excepción. Se expandió a una velocidad fenomenal desde Maguncia y para la década de 1490 los estados más grandes tenían un centro de impresión importante y algunos tenían varios...

Es imposible exagerar la velocidad de esta transformación. También es demasiado fácil exagerar sus consecuencias.⁸⁸

En vista de la tendencia de los legos no especializados a pasar por alto el desarrollo de la producción de libros manuscritos, a subestimar la extensión de la alfabetización de los legos antes de la imprenta y a sobrestimar la rapidez de su propagación a partir de ese momento, tal vez sea necesario ofrecer una especie de advertencia. Pero aunque algunos de los lectores de Hay pueden necesitar que se les prevenga en ese sentido, la mayoría de sus colegas no lo necesitan. Si algo puede reprochárseles es que son más propensos a minimizar los cambios que produjo la imprenta que a sobrestimarlos.

⁸⁶ Febvre y Martin, *L'apparition*, pp. 193, 377, 394 y 443.

⁸⁷ Stephenson, *A Brief Survey of Medieval Europe*, p. 369.

⁸⁸ Hay, *Introduction, Printing and the Mind of Man*, p. xxii. (El subtítulo de este volumen, que se refiere “al impacto de lo impreso en la evolución de la civilización occidental”, se presta a confusión, porque en realidad es un extenso catálogo descriptivo que contiene más de 400 entradas sobre las primeras ediciones de grandes libros que formaron parte de una exhibición londinense en 1963.) De forma similar, en su introducción a la *New Cambridge Modern History*, 1, p. 4, Hay señala que no debe sobrestimarse el impacto de lo impreso.

De cualquier manera, los peligros que pudiera generar la sobrestimación de los orígenes de esta transformación han sido suficientemente señalados en la bibliografía académica reciente. En realidad, el riesgo sería forzar un modelo evolutivo para explicar una situación revolucionaria. Me remito a un artículo publicado en una revista de bibliotecología, en 1975, para ilustrar este punto.⁸⁹ El autor trata de establecer las bases para reafirmar una tesis evolutiva y refutar algunos de los argumentos que ofrecí en artículos que precedieron a esta investigación. Inicia su trabajo alertando frente a la tentación de proyectar “sobre el siglo xv y el renacimiento el influjo que la imprenta adquirió en el periodo de la reforma”, y continúa con un análisis de la actividad de un escribiente de Brujas que se convirtió en impresor. Dicho impresor, aparentemente, usó su prensa tanto como su pluma para poder producir los libros que deseaban sus nobles patrones borgoñones.

Los libros impresos que produjo Mansion no sobrepasaron de ninguna manera las copias manuscritas de la misma obra... Tal como se dio en Brujas, la imprenta no era ninguna garantía para llegar a un público más extenso. Los tirajes más grandes de Mansion y sus sucesores difícilmente igualaban los niveles habituales de distribución de los libros manuscritos. En general imprimía un promedio de cuatro o cinco ejemplares de cada libro, cifra modesta en comparación con las ediciones manuscritas, que eran de veinte ejemplares o más.⁹⁰

Una vez que el autor demuestra a su entera satisfacción que la producción de Colard Mansion, impresor, no fue significativamente diferente en términos de cantidad o de calidad de la de Colard Mansion, copista, considera que ha probado una tesis evolutiva. Sólo porque un impresor específico, que tenía una clientela de nobles en Brujas, no pudo explotar los poderes de duplicación de las nuevas prensas, no hay motivos suficientes para asumir que no se usaron esos poderes en otras partes de Europa. Me parece que no es válido comparar “tirajes” manuscritos con los impresos, o caracterizar un tiro como “usual”, una distribución como “habitual” ni tomar los datos existentes al pie de la letra. En efecto, cuatro o cinco ejemplares es una cifra “modesta”, no sólo en comparación con las múltiples copias manuscritas que se hacían, sino, cosa mucho más sorprendente, respecto al número de ejemplares que se calcula que salieron de las prensas antes de la reforma.⁹¹ Tal

⁸⁹ Saenger, “Colard Mansion”.

⁹⁰ Saenger, “Colard Mansion”, p. 414. La referencia a los “sucesores” de Mansion es un poco intrigante. De acuerdo con Erich von Rath, “Printing in the Fifteenth Century”, p. 79, no se supo nada más de Mansion después de que huyó de Brujas en 1484. Otros expertos en la materia están de acuerdo con él. No queda claro cuáles fueron las ediciones que publicaron “sus sucesores” ni quiénes eran.

⁹¹ Véanse las cifras proporcionadas tanto por Hirsch, *Printing, Selling*, pp. 66-67, como por Febvre y Martin, *L'apparition*, pp. 327-328; ambos comienzan citando los datos de K. Haebler, *The Study of Incunabula*, por lo que señalan que Sweynheim y Pannartz, los primeros impresores de Italia, mencionaron 275 ejemplares como el tiraje habitual que salía de sus prensas entre 1465

como se dio en Brujas” es probable que la imprenta no hubiese ofrecido “ninguna garantía para llegar a un público más extenso”, pero Brujas no eran un centro de impresión tan importante como otras ciudades europeas en la misma época. De hecho, igual que Colard Mansion, Brujas irrumpió en la historia de la imprenta principalmente porque se la asocia con William Caxton.⁹² La ciudad *había sido* un centro de producción de libros manuscritos de lujo. Vale la pena tomar en cuenta su relativa insignificancia en Europa como centro de producción librera en el continente. El establecimiento de imprentas en diversas regiones alteró los patrones del comercio de libros. Antes de 1500 habían aparecido nuevos centros de producción e intercambio. En vista de tales consideraciones, parece arriesgado concluir que la imprenta previa a la reforma dejó prácticamente intacta la producción europea de libros.

En los primeros años del siglo xvi los tirajes que reproducían y distribuían las imprentas excedían claramente la capacidad de los *scriptoria*. Al incrementar de modo radical el número de libros y reducir sus costos, la imprenta tuvo un gran impacto social, económico e intelectual en la civilización europea de la época de la reforma. Sin embargo, ninguno de los factores que hicieron importante a la imprenta en el siglo xvi existía en la época de Colard Mansion, cuando la imprenta era un complemento de los *scriptoria* y no su rival.⁹³

De acuerdo con investigaciones recientes, Mansion quebró por los gastos que generó su edición profusamente ilustrada de Ovidio, por lo que tuvo que huir de Brujas

y 1471. En la década de 1480 lo usual eran entre 400 y 500 ejemplares. También fue en ese decenio cuando bajaron los precios de los libros impresos. (La afirmación de Saenger “En general, los primeros libros impresos no eran más baratos que los manuscritos” [p. 411, nota 14] no es muy útil en este aspecto.) En la década siguiente el número de ejemplares siguió incrementándose. Más de 900 ejemplares de una Biblia en latín, mil de una glosa de derecho canónico, 1 025 de una edición de Platón, 1 500 copias de una edición de la *Política* de Aristóteles, son algunas de las cifras que cita Lenhart, *Pre-reformation Printed Book: A Study in Statistical and Applied Bibliography*, p. 9. El estudio de Lenhart, que sólo se ocupa de la producción de libros en el lapso anterior a la reforma, contiene precisamente el tipo de datos que Saenger hubiera creído apropiados para el periodo posterior a la reforma. Para evidencia más detallada de la rápida multiplicación en las prensas venecianas de tres manuscritos en versión vernácula que distribuyó Gerolamo Strozzi, un comerciante florentino, véase Edler de Roover, “Per la storia dell’arte della stampa in Italia: Come furono stampati a Venezia tre dei primi libri in volgare”. Entre 1475 y 1476 se produjeron más de 1 500 volúmenes para que los agentes italianos de Strozzi en Roma, Siena, Pisa y Nápoles los distribuyeran o para enviarlos por galeón a Brujas y Londres. Las prensas venecianas suministraban libros al mercado de Brujas incluso cuando estaba activo Colard Mansion.

⁹² Sobre la relación de Mansion con Caxton, el más útil de los trabajos recientes es el de Painter, *William Caxton*, cap. 9. El estudio más ricamente documentado sigue siendo el de Blades, *Life of William Caxton*, 1, p. 39 ss. Véanse también la reseña de Bühler publicada en *The Library*, 1953, y Blake, *Caxton and His World*, p. 62.

⁹³ Saenger, “Colard Mansion”, p. 416. Si el uso del término *scriptorium* es justificado o no en este caso, es una cuestión que los seguidores de Delaissé deben decidir. Véase nota 28, *supra*.

y de sus acreedores en 1484 y “no se supo más de él”.⁹⁴ Esto sugiere que no logró adaptar su negocio a las nuevas demandas que generó la imprenta y que su predilección por las reducidas ediciones de lujo no era fácil de conciliar con el manejo exitoso de una imprenta temprana. La idea de que la imprenta era un complemento y no un rival de la copia manuscrita de libros no se confirma sólo por un caso atípico. La carrera de Mansion, por atípica que sea, puede seguir siendo un recordatorio de que el invento de Gutenberg, por sí mismo, no basta para dar cuenta de la revolución del siglo xv en materia de comunicaciones. Sus tirajes excepcionalmente cortos sugieren que es necesario considerar la multiplicidad de factores que alentaron o desalentaron la difusión y el uso pleno de las nuevas prensas. Pero sostener que “ninguno de los factores” que hicieron de la imprenta algo importante “existía en la época de Colard Mansion” es una afirmación temeraria que parece pasar por alto la evidencia disponible. Inflar el oscuro caso de Mansion al tiempo que se ignora el más conocido del que fuera su antiguo compañero, William Caxton, también parece perversamente calculado para sesgar las perspectivas históricas.

Este ejemplo puede sugerir que quizá no sea más prudente, e incluso que tal vez sea imprudente, precipitado, insistir en el cambio gradual y evolutivo cuando se intenta explicar el paso de lo escrito a lo impreso. Pocos especialistas hacen tan explícito su rechazo del modelo revolucionario como el artículo discutido anteriormente. Pero todos se muestran reacios a emplearlo. Cuando se enfrentan a este tema los académicos son más propensos a minimizar este cambio que a sobredimensionarlo. Con frecuencia, como lo indican las observaciones previas, los historiadores suelen refugiarse en tácticas evasivas y juegan a la segura al omitir el tema por entero.

Pero, insisto, no arriesgarse es una solución poco confiable, pues invita a que ganen terreno las opiniones sin sustento. Mientras los historiadores tienden a ser excesivamente cautos, otros son alentados a ser demasiado audaces. El hecho de que los académicos sensatos evadan el tema permite que, por omisión, el mismo llegue a manos de gente menos cauta. La “revolución en los medios de comunicación” del siglo xv es un tema que también interesa a los que trabajan en diversos campos de vanguardia (teoría de la comunicación, análisis de los medios de comunicación, etcétera) y que analizan los panoramas actuales sin prestar mucha atención al pasado.⁹⁵ No obstante, los que no son historiadores y se encuentran en esta situación muy probablemente se extraviarán si intentan recorrer sin ayuda cinco siglos de historia caracterizados por fases irregulares de cambio. No sería sorprendente que perdieran la paciencia ante la ausencia de directrices claras e intentaran encontrar sus propios atajos.

⁹⁴ Painter, *William Caxton*, p. 102.

⁹⁵ La ausencia de perspectivas históricas en dichos campos es subrayada por Jowett, “Toward a History of Communication”. Véase también Katzman, “The Impact of Communication Technology”. Se sacará más provecho de algunas de las propuestas que hace Katzman si se examinan en función del paso de lo escrito a lo impreso.

La Galaxia Gutenberg, de Marshall McLuhan, constituye un ejemplo muy ilustrativo de lo anterior. El autor resolvió los problemas que enfrentaba (aunque con poca elegancia) con una estrategia que simplemente prescinde tanto de la secuencia cronológica como del contexto histórico. Lejos de parecer preocuparse por conservar la proporción y la perspectiva, desecha impacientemente ese tipo de inquietudes porque le parecen obsoletas. Los procesos que se han desarrollado en el transcurso de quinientos años, afectando diferentes regiones y penetrando en estratos sociales distintos con diversos intervalos, se revuelven y se consideran como un solo hecho; lo más apropiado sería decir que para McLuhan son un *happening*, un "acontecer".

De acuerdo con algunos críticos y con el propio autor, el revoltijo de datos y el desinterés por seguir una secuencia son deliberados. *La Galaxia Gutenberg*, dice el *Times Literary Supplement*, es un "antilibro". El autor se ha propuesto subvertir "las formas tradicionales de argumentar histórica y filosóficamente" y persuadir a sus lectores "de que los libros —una progresión lineal de unidades fonéticas reproducida por tipos móviles— ya no son de fiar".⁹⁶ No es muy probable que los lectores del *Times Literary Supplement* (o en todo caso de *La Galaxia Gutenberg*) necesiten mucha persuasión en ese aspecto, pues pocos de ellos han puesto demasiada confianza en los libros *per se*; la mayoría han sido educados para aproximarse a todas las publicaciones con cautela y tienden a desconfiar de argumentos que no se sustentan sólidamente (al margen del formato).

De todas formas, la presentación "no lineal" de McLuhan no ha inspirado confianza en sus argumentos. La justificación que ofrece sobre la forma en que trabaja el tema no hace más que incrementar la sensación de desconfianza del lector. Además de los antiguos mosaicos y de los nuevos medios invoca las "teorías de los campos" de la física moderna. Su formación, no en la teoría electromagnética sino en literatura y filosofía, su análisis detallado no de Einstein sino de James Joyce, me parece algo más al caso, porque al estar bien informado sobre la crítica literaria moderna está predispuerto contra la narrativa convencional en detrimento de otras tendencias más vanguardistas. La indiferencia frente a la secuencia temporal mundana también tiene venerables antecedentes religiosos. La teología católica bien podría influir más que la física del siglo xx sobre los intentos contemporáneos para entender los medios de comunicación.⁹⁷ Paradójicamente, *La Galaxia Gutenberg* también está en deuda con los trabajos de la escuela de historiadores más influyente de nuestra época. En la interpretación de McLuhan se incorpora no sólo la críti-

⁹⁶ "Battle of the Senses".

⁹⁷ Esto lo sugiere una de las muchas publicaciones recientes de Ong, *The Presence of the Word*. El padre Ong, quien se convirtió en un experto en historia intelectual bajo la dirección del desaparecido Perry Miller y produjo un sólido estudio académico sobre Ramus, se inclina más que McLuhan por los argumentos históricos. Sus reflexiones sobre los cambios mediáticos en el lenguaje, la conciencia y la retórica están bien representadas en la colección de ensayos *Rhetoric, Romance and Technology*, que proporciona una lista de sus otros trabajos.

ca general que la escuela de los Annales hace a la historia narrativa convencional sino también la peculiar tesis de Lucien Febvre sobre el paso de la "era del oído" a la "era del ojo".⁹⁸ No obstante, cuando los miembros de la escuela de los Annales rechazaron la narrativa convencional, o cuando Febvre buscó reconstituir la experiencia psicológica de generaciones pasadas, fue para enriquecer y profundizar la comprensión histórica. Cualquiera que sea su intención, ésta, claramente, no es la meta de McLuhan.

Pero si lo que en realidad buscó fue subvertir los modos tradicionales de argumentación histórica, escogió el tema equivocado. Prácticamente cualquier otro sería un mejor blanco que el paso de lo escrito a lo impreso, pues sus directrices históricas todavía están lejos de abarcar ese paso; necesitan ampliarse, no socavarse. Realmente no es muy acertado decir que McLuhan manejó la información fuera de contexto, pues aún no se ha creado ese contexto. Como señalé antes, considero que evadió la difícil tarea de organizar su material de manera coherente. Su insistencia en que la coherencia en sí misma está pasada de moda no me parece convincente. Sin embargo, *La Galaxia Gutenberg* es útil en la medida en que apunta hacia temas importantes que claman por investigación histórica y que hasta ahora han recibido muy escasa atención.

Tal vez a menudo los historiadores se desaniman antes de empezar porque se les recuerda reiteradamente la magnitud de la tarea:

El efecto acumulado de la revolución continua que llevó a todas las áreas del pensamiento y la actividad humanas el invento asociado con la ciudad de Maguncia es demasiado grande como para poder describirse completamente. Sus repercusiones en la religión, la política y la industria exceden por mucho la capacidad de evaluación de historiadores y bibliógrafos o de cualquier equipo de académicos previsible en la actualidad.⁹⁹

La perspectiva de abordar un tema que "excede por mucho" la capacidad de evaluación de cualquier equipo existente o futuro puede intimidar hasta al más audaz. Si es demasiado vasto para que lo encare un académico, también lo es para que un académico lo evada. En vista de sus dimensiones prácticamente infinitas, el impacto acumulado de la "revolución continua" está destinado a influir, de una u otra forma, en todos los terrenos de investigación, incluso en los más especializados. Por lo tanto, tarde o temprano los especialistas que son meticulosos y cautos con su trabajo deben hacerle frente. Los efectos inherentes a una gran transformación tienen que pensarse junto con ella, se los conozca o no. De un modo u otro entrarán

⁹⁸ De acuerdo con Burke, Introduction, *A New Kind of History*, p. x, "Marshall McLuhan construyó su carrera reicrando las tesis de Febvre." En vista de todas las otras influencias que McLuhan reconoce en su trabajo, la afirmación parece demasiado fuerte. En relación con Harold Innis, Lewis Mumford y varios otros que antecedieron la influencia de Febvre en el pensamiento de McLuhan, véase Kufus, *The Post-Industrial Prophets*, segunda parte.

⁹⁹ Morison, "The Learned Press as an Institution", p. 153.

en los recuentos históricos y se analizarán mejor cuando no se los arroje al terreno de lo inobservable. Ya se han escrito suficientes advertencias. Los historiadores difícilmente necesitan que se les vuelva a alertar sobre las dificultades de seguir el consejo de Bacon, pero lo que debe enfatizarse es la importancia de superar estas dificultades. Aunque la tarea nunca se complete, por lo menos debe iniciarse.

2. Hacia la definición del cambio inicial. Algunas características de la cultura impresa

Deberían subrayarse la fuerza, el efecto y las consecuencias contenidas en los inventos que nunca fueron tan conspicuos como en el caso de esos tres que los antiguos no conocieron, a saber: la imprenta, la pólvora y la brújula, pues los mismos cambiaron la apariencia y las condiciones del mundo entero

FRANCIS BACON, *Novum organum*, aforismo 129

Probablemente sea menos útil insistir en las razones por las cuales otros deberían seguir el consejo de Bacon que tratar de seguirlo. Esta tarea, claro, sobrepasa la capacidad de un solo individuo; requiere la unión de muchos talentos y que se escribiesen muchos libros. Es difícil lograr colaboración mientras la relevancia del tema siga siendo oscura para los distintos campos de estudio. Antes de contar con esa ayuda parece necesario plantear algunas hipótesis tentativas que relacionen el paso de lo escrito a lo impreso con procesos históricos significativos.

A su vez, dicha tarea parece clamar por un punto de partida poco convencional y una reformulación del consejo de Bacon. Por lo tanto, en lugar de referirme a la "fuerza, efecto y consecuencias" de un único invento posclásico que está vinculado a otros, me ocuparé de una transformación más importante que por sí misma constituyó un gran cúmulo de cambios. Me parece que la indefinición sobre lo que se quiere decir cuando se habla de la aparición de la imprenta ha ayudado a sofocar el interés por sus posibles consecuencias, con lo que las mismas se han vuelto más difíciles de identificar. Es difícil entender qué pasó en un determinado taller de Maguncia en la década de 1450, y cuando el objetivo de la investigación es otro casi parecería prudente ignorar un acontecimiento tan problemático. Aunque lo anterior no se aplica cuando se considera la aparición de nuevos grupos ocupacionales que emplearon nuevas técnicas e instalaron equipos nuevos en talleres también nuevos, al tiempo que creaban redes comerciales y buscaban nuevos mercados para incrementar las ganancias provenientes de las ventas. Desconocidos en toda Europa antes de mediados del siglo xv, hacia 1500 había talleres de impresión en cada centro municipal de importancia, con lo que se agregó un nuevo elemento a la cultura urbana de cientos de ciudades.⁴ Aunque se investiguen otros temas, parece

⁴ Para cálculos sobre el número de talleres y lugares de impresión véase Lenhart, *Pre-reformation Printed Book*, p. 7. En lo que se refiere a las presentaciones gráficas, véanse los mapas de

poco cauto pasar por alto esto. Por esta razón, entre otras, no describo cómo se perfeccionó el nuevo proceso para imprimir con tipos móviles y tampoco me detengo en la descomunal bibliografía consagrada a explicar el invento de Gutenberg.² Más bien empezaré donde terminan muchos estudios, después de que se publicaron las primeras obras impresas de las que se tiene constancia y habían comenzado a trabajar los sucesores inmediatos del inventor.

En consecuencia, entiendo por aparición de la imprenta el establecimiento de prensas en centros urbanos fuera de Renania durante el periodo que se inició en la década de 1460 y que coincide muy aproximadamente con la época de los incunables.³ Han sido tan pocos los estudios consagrados a este punto de partida que aún no se le ha puesto una etiqueta convencional. Podría hablarse de un cambio básico en un modo de producción, de una revolución libresca o de los medios de comunicación, o quizá, simple y sencillamente, de un paso de lo escrito a lo impreso. Will Durant se refiere a una "revolución tipográfica", pero creo que "revolución comunicativa" es un término más adecuado para los objetivos de este libro, en parte porque no se la puede vincular claramente con la revolución comercial que ya estaba bastante afianzada, y también porque apunta a una dimensión más amplia de la historia, que necesita mayor atención. Independientemente del término que se utilice, debe entenderse que abarca un gran cúmulo de cambios que ocurrieron relativamente al mismo tiempo y que guardan una estrecha interrelación, si bien cada uno de ellos debe estudiarse más detallada y explícitamente, como lo sugiere el breve esbozo que presento a continuación.

Por principio, es necesario enfatizar que hubo un marcado aumento en la producción de libros y una drástica reducción en el número de horas hombre necesarias para producirlos. A pesar de esto, en la actualidad se tiende a pensar que hubo un aumento constante en la producción de libros durante el primer siglo de la imprenta, con lo que se aplica un modelo evolutivo a un acontecimiento que parece reclamar uno revolucionario.

Febvre y Martin, *L'apparition*, p. 273, que cubren los dos periodos: 1471 a 1480 y 1481 a 1500; asimismo la discusión de Hirsch en la edición de 1974 de *Printing, Selling*, p. x, relacionada con la actualización del pormenorizado recuento de R. Teichl, "Der Wiegendruck im Kartenbild". El artículo de 1932 de Uhlendorf, "The Invention and Spread of Printing", sigue siendo un análisis sugerente y breve, aún no superado, de los factores socioeconómicos que posiblemente contribuyeron a la rápida expansión de la imprenta y a la proliferación de las primeras prensas en algunos centros. Cuando se compara con la extensa bibliografía sobre las transformaciones en las rutas comerciales a principios de la modernidad, resalta el poco trabajo que se ha hecho sobre las transformaciones en los centros de comunicación.

² Stillwell, *The Beginning of the World of Books*, es una guía muy útil. Véase particularmente el apéndice A, pp. 75-87. Stillwell selecciona 1470 como punto de partida de la rápida expansión del nuevo arte, p. 10.

³ Steinberg, *Five Hundred Years*, pp. 15-17, argumenta convincentemente que la época de los incunables debería extenderse hasta cubrir el periodo de vida de los fundadores de las primeras casas impresoras, por lo que habría que tomar en consideración las décadas iniciales del siglo XVI.

Un hombre nacido en 1453, el año de la caída de Constantinopla, a sus 50 años podría contemplar tras de sí toda una vida en la que se habían impreso cerca de ocho millones de libros, quizá más de los que todos los escribientes de Europa habían producido desde que Constantino fundó su ciudad en el año 330 d. C.⁴

El debate para determinar cuál era la producción real de "todos los escribientes de Europa" sigue estando abierto. Sin considerar la dificultad que supone calcular el número de libros que nunca se catalogaron y que se destruyeron, los registros de la época deben tratarse con precaución porque a menudo dan pistas erróneas sobre el número de libros producidos. Debido a que era habitual registrar varios textos encuadernados como si fueran uno solo, no es fácil establecer el número de libros que realmente hay en una determinada colección de manuscritos.⁵ Un ejemplo adicional de la dificultad que representa cuantificar los datos provenientes de la época de los copistas lo constituye el hecho de que los objetos contados como si fueran un libro con frecuencia contenían una variada combinación de muchos. La situación es similar en lo que concierne al problema de contabilizar las horas hombre necesarias para copiar libros manuscritos. Los antiguos cálculos basados en el número de meses que le tomó a 45 escribientes que trabajaban para Vespasiano da Bisticci producir 200 libros para la biblioteca de la Badia de Cosimo de Medici se han vuelto virtualmente inservibles por la reciente investigación intensiva.⁶

De esa forma, probablemente seguirá siendo difícil calcular el número total de libros producidos por "todos los escribientes de Europa" desde el año 330 o incluso desde 1400. No obstante, algunas comparaciones son posibles, y a partir de ellas puede contrastarse la producción de los impresores con las tendencias precedentes.

En 1483 la imprenta de Ripoli cobró tres florines por cada quintero que formó e imprimió de los *Diálogos* de Platón traducidos por Ficino. Un escribiente habría cobrado un

⁴ Clapham, "Printing", p. 37. No queda claro si Clapham incluye a los bizantinos cuando habla de "todos los escribientes de Europa". Si no los incluyera, su afirmación sería más plausible.

⁵ La naturaleza problemática y a menudo compuesta del "libro" medieval, así como la ausencia de convenciones uniformes entre los catalogadores medievales que los registraban, se ilustran con varios ejemplos muy pertinentes en E. P. Goldschmidt, *Medieval Texts*, pp. 95-101.

⁶ En relación con la versión clásica que se deriva de las memorias de Vespasiano véase Burckhardt, *The Civilization of the Renaissance*, 1, parte 3, cap. 3, p. 201. Las dudas que expresó Ullman, *The Origin*, p. 132, han sido minuciosamente documentadas por De la Mare a partir de las cuentas y los manuscritos disponibles en Fiésole, "Vespasiano", pp. 74-76 y el apéndice. (Está por aparecer un estudio de la misma autora, "Vespasiano and the Library of the Badia at Fiesole" que publicará el Warburg Institute y proporcionará información adicional.) Muestra que Vespasiano obtuvo los libros que formaron la biblioteca con diversos métodos, incluyendo la compra de copias de segunda mano y apoyándose en otros *cartolai*, y que el trabajo le tomó más de dos años, en un periodo que va de 1461 hasta por lo menos 1466-1467. Véase en Burke, *Culture and Society*, p. 59, un ejemplo reciente del uso de las estimaciones —que en la actualidad no tienen mucho crédito— sobre el "promedio" de la producción de los escribientes.

florín por quintero para copiar el mismo trabajo. En el tiempo en que la imprenta de Ripoli produjo 1 025 ejemplares, el escribiente habría producido uno.⁷

En vista de este contraste parece equivocado sugerir que simplemente "intensificó la multiplicación de copias idénticas".⁸ Sin duda la reproducción manuscrita debió ser bastante eficiente cuando se trataba de duplicar un edicto real o una bula papal.⁹ Algunos académicos piensan que en el siglo XIII se produjeron suficientes ejemplares de una Biblia como para que se pueda hablar de una edición parisina de la Biblia manuscrita. Sin embargo, que se haya hecho una "edición" completa de algún texto no era ninguna proeza en el siglo XIII. Esa "excepcional" edición de los escribientes del siglo XIII podría compararse con el extenso número de ediciones de la Biblia que se produjeron en los cincuenta años que median entre Gutenberg y Lutero.¹⁰ En realidad, cuando se empleaba el trabajo de los escribientes para multiplicar edictos o para producir toda una "edición" de las escrituras, se los estaba sustrayendo de otras labores.

Muchos textos valiosos apenas lograron conservarse mientras que un número incalculable desapareció. La conservación muchas veces dependió de que un escolástico interesado hubiera hecho las veces de escribiente y realizado una copia para sí mismo. Dadas la proliferación de textos "únicos" y la acumulación de sus variantes, es dudoso pensar que en la época previa a la aparición de la imprenta se "multiplicaban ejemplares idénticos". Este aspecto es particularmente importante cuando se considera la literatura técnica, pues la dificultad para crear aunque fuera una sola copia "idéntica" de una obra técnica significativa era tal que no se podía contratar a cualquier persona

⁷ De la Mare, "Vespasiano", p. 207. El éxito extraordinario de esta "edición inusualmente grande", que se "agotó en 6 años" y de la que se hizo otra impresión, es descrito por Reynolds y Wilson, *Scribes and Scholars*, p. 130. De acuerdo con Kristeller, "Contribution of Religious Orders", p. 99, la imprenta de Ripoli "fue una de las primeras imprentas importantes de Florencia". Además de la primera edición del Platón de Ficino, que apareció en 1484, también destacan un "Donatus" de 1476 y un *Libro de revelaciones* de 1478. Las monjas del convento de San Jacobo de Ripoli, que dirigían la imprenta, fueron "las primeras mujeres que imprimieron", de acuerdo con Gies, "Some Early Ladies", p. 1421. Un trabajo básico puede verse en Nesi, *Il diario della stamperia di Ripoli*.

⁸ Harrington, "The Production and Distribution", p. 3. Esto parece particularmente cierto si se consideran los cincuenta años previos a Gutenberg, cuando ya ni siquiera se empleaba el sistema de *pecia*, que ayudó a acelerar la reproducción de textos académicos extensos.

⁹ Conversando con Joseph Strayer supe que los edictos reales en la Francia del siglo XIV se multiplicaban y distribuían rápidamente a través de una especie de técnica en "cadena". En la corte, diez escribientes trabajaban produciendo diez copias cada uno; algunas de ellas eran llevadas por los mensajeros a diversos centros provinciales donde se repetía el mismo procedimiento, de forma que rápidamente se realizaban miles de copias. Véase evidencia adicional sobre la propaganda borgoñona en Willard, "The Manuscripts of Jean Petit".

¹⁰ Sobre la edición del siglo XIII de la Biblia de París véanse los dos artículos de Branner citados en el cap. 1, nota 28, *supra*. En relación con la producción de ediciones impresas antes de Lutero, véase el cap. 4, nota 148, *infra*.

para que realizara la labor. Los hombres de conocimiento estaban obligados a "esclavizarse copiando" cuadros, diagramas y términos desconocidos. La producción de series completas de tablas astronómicas no "intensificó" las tendencias previas, sino que las revirtió al producir una nueva situación en la que había más tiempo para la observación y el análisis.¹¹

No debe olvidarse que la introducción previa del papel no tuvo siquiera un efecto parecido, como tampoco lo tuvo la "organización de un comercio regular de libros manuscritos".¹² La producción de papel satisfizo las necesidades de comerciantes, burócratas, eclesiásticos y literatos; aceleró el ritmo de los intercambios epistolares e hizo posible que más hombres de letras pudieran ser sus propios amanuenses. Pero en la medida en que se empleaba el mismo número de horas hombre para producir un texto determinado, el incremento en la producción de libros se aletargó y la cantidad de ejemplares producidos siguió siendo irregular. Los establecimientos que dirigían los libreros o *cartolai* se multiplicaron en respuesta a una creciente demanda de blocs, cuadernos, hojas preparadas y otros materiales.¹³ Además de vender materiales para escritura y libros escolares, así como materiales y servicios de encuadernación, algunos comerciantes también ayudaban a los clientes que buscaban localizar obras valiosas. Tenían copias que se habían hecho por encargo y conservaban algunas para venderlas en sus establecimientos, pero su participación en el comercio de libros era más casual de lo que pudiera pensarse.

Las actividades de los *cartolai* eran muy variadas, aunque regularmente se especializaban en una u otra rama de su oficio. Es probable que sus ocupaciones más comunes fueran la elaboración y venta de materiales para los libros, así como la encuadernación. Algunos *cartolai* también eran iluminadores o empleaban iluminadores en sus establecimientos... parece que aunque en general los escribientes tenían otras ocupaciones (muchas veces eran notarios o sacerdotes) normalmente trabajaban en casa o en los establecimientos, por encargo... Muchos *cartolai*, en particular los que se especializaban en la venta y elaboración de materiales para libros o en encuadernarlos, probablemente tenían muy poca

¹¹ Véase la discusión *infra*.

¹² El "inmenso número" de copias manuscritas de clásicos latinos que se produjo después de la aparición del papel es subrayado por Kristeller, *Renaissance Thought*, pp. 14 y 15, que escribe en su calidad de académico preocupado por el descuido que han sufrido los últimos trabajos latinos y de investigador enérgico y asiduo de los listados de libros manuscritos del renacimiento. El compilador de *Iter italicum* y de *Latin Manuscript Books before 1600* probablemente se impresionó por la extraordinaria producción de los copistas que vivieron antes de la aparición de la imprenta. Sin embargo, no debe olvidarse que por muy "inmenso" que parezca el número de copias manuscritas, seguían siendo cantidades muy pequeñas comparadas con las que se publicaron cuando apareció la imprenta. El papel no bastaba para reducir las horas hombre requeridas para copiar y por lo tanto no logró repercutir de manera "parecida" a como lo hizo la imprenta.

¹³ Para una mirada más detallada al establecimiento de un *cartolaio* florentino común que se dedicaba a encuadernar libros y a vender materiales para escribir, más que a producir libros (aunque tenía algunos a la mano para venderlos), véase De la Mare, "The Shop of a Florentine 'cartolaio' in 1426".

relación, si es que alguna, con la producción o la venta de manuscritos y (más tarde) de libros impresos, ya fueran nuevos o usados.¹⁴

Incluso el comercio de libros al menudeo que implementó Vespasiano da Bisticci, el comerciante de libros florentino más famoso, que sirvió a príncipes y a príncipes e "hizo todo lo posible" para atraer clientes y venderles, estuvo muy lejos de convertirse en mayorista. A pesar de las tácticas inusualmente agresivas que usó Vespasiano para promover las ventas y empatar libros con clientes, nunca dio muestras de "haber hecho mucho dinero" con sus transacciones.¹⁵ No obstante, ganó el favor de extraordinarios clientes y logró hacerse de una fama considerable como "príncipe de los editores". Su establecimiento fue alabado en los versos de los poetas humanistas de la misma forma en que después se homenajeó a Gutenberg y a Aldo Manuzio.¹⁶ La fama que adquirió tras su muerte —la obtuvo apenas en el siglo XIX, después de que se publicaron sus memorias y Jacob Burckhardt las utilizó— quizá sea un hecho más relevante. La *Vite di uomini illustri* de Vespasiano se refiere a los manuscritos bellamente encuadernados que formaban la biblioteca del duque de Urbino y, de manera pretenciosa, sostiene que los libros impresos se hubieran "avergonzado" en tan elegante compañía. Esta referencia a la opinión de un solo librero atípico y obviamente prejuiciado ha propiciado muchas visiones equivocadas sobre el supuesto desdén que sentían los humanistas del renacimiento por los objetos vulgares que producían las máquinas. De esta forma, el catálogo de la bella exhibición de la Morgan Library, realizada en 1973 sobre "El arte de los libros impresos" asegura que los Medici "consideraban a los novedosos libros impresos una degradación y no pensaban introducirlos en sus bibliotecas".¹⁷ Un artículo de *The New York Times* propagó la misma visión errónea: "Los Medici y otros príncipes florentinos [*sic*] consideraban a la imprenta como una degradación y la excluyeron de sus bibliotecas de sagrados manuscritos."¹⁸ Las visiones erróneas, que provienen en su totalidad de la forma en que Burckhardt usó las memorias de Vespasiano, se han multiplicado y ampliado en contextos tan distintos que las refutaciones de los académicos no han podido aminorar su impacto negativo.¹⁹

¹⁴ De la Mare, "Bartolomeo Scala's Dealings", p. 240.

¹⁵ De la Mare, "Vespasiano", pp. 95-97 y 226.

¹⁶ Véase De la Mare, "Vespasiano", pp. 108 y 109, que contiene versos laudatorios.

¹⁷ *Art of the Printed Book 1455-1955*, introducción de Joseph Blumenthal, p. 9. La misma afirmación se hizo en una cédula colocada en la pieza 55 de esta exposición.

¹⁸ Shenker, "Books as an Art Form through Five Centuries", en *The New York Times*, 10 de septiembre de 1973, segunda sección, p. 1.

¹⁹ Véase Burckhardt, *The Civilization of the Renaissance in Italy*, 1, p. 204; ahí atribuye la deshonra del duque Federigo a que poseía un libro impreso, y agrega que los emisarios del cardenal Bessarion "se rieron del invento de los bárbaros de alguna ciudad germana" cuando vieron un libro impreso en casa de Constantine Lascaris. La interpretación que hace Burckhardt de las memorias de Vespasiano es analizada en Wieruszowski, "Burckhardt and Vespasiano". Véase también el cap. 3, nota 420, *infra*.

Esta necesidad de representar a los bibliófilos y compradores del renacimiento como pretenciosos enemigos de los objetos fabricados con máquinas parece extrañamente irresistible. De lo contrario, ¿por qué la historia se cuenta tantas veces sin verdadera evidencia de peso que la sustente, y se hace extensiva a todos los florentinos sin ninguna prueba que la respalde? De hecho, los bibliófilos florentinos mandaban pedir libros impresos a Roma ya desde 1470. En la época de Guibaldo da Montefeltro, la biblioteca ducal de Urbino adquirió bienes impresos y (descaradamente o no) se los encuadernó con las mismas magníficas cubiertas que a los manuscritos. La propia corte patrocinó el establecimiento de la primera prensa en 1482.²⁰ La incapacidad de Vespasiano para obtener el apoyo suficiente de los clientes principescos para seguir comerciando en exclusiva con ellos sugiere que era un nostálgico, pues su rival principal en Florencia, Zanobi di Mariano, logró permanecer en el negocio hasta su muerte, en 1495. "La disposición de Zanobi para vender libros impresos —comercio que Vespasiano desdeñó— explica que haya sobrevivido como librero en los difíciles años de fines del siglo XV. Vespasiano, que distribuía exclusivamente manuscritos, se vio forzado a dejar su negocio en 1478."²¹

Hubo que esperar hasta que Vespasiano cerró su establecimiento para poder decir que había arrancado un auténtico comercio mayorista.

Tan pronto como Gutenberg y Schoeffer terminaron el último pliego de su Biblia monumental, Johann Fust, quien había financiado la empresa, tomó aproximadamente una docena de ejemplares para ver por sí mismo cómo podía cosechar los frutos de su paciente inversión. ¿Y cuál fue el primer lugar al que acudió para convertir sus biblias en dinero? La ciudad universitaria más grande de Europa, París, donde había diez mil estudiantes o más en la Sorbona y los colegios. ¿Y qué encontró ahí que le provocó una amarga decepción? Un gremio librero bien organizado y poderoso, la *Confrérie des Libraires, Relieurs, Enlumineurs, Écrivains et Parcheminiers* [La Cofradía de Libreros, Encuadernadores, Iluminadores, Escritores y Pergamineros]... fundada en 1401... que alarmada por la aparición de un forastero con tan insólito tesoro de libros y que vendía una Biblia tras otra, acudió pronto a la justicia y le dio su opinión experta de que tal reserva de libros en posesión de un solo hombre sólo podía haber sido conseguida con ayuda del propio diablo, motivo por el cual Fust tuvo que huir para salvar su vida, o su primer viaje de negocios habría terminado en una horrible hoguera.²²

La historia podría ser tan infundada como la leyenda que relaciona a Johann Fust con el doctor Fausto.²³ La animadversión que describe esta leyenda no debería

²⁰ Bühler, *Fifteenth Century Book*, p. 62; De la Mare, "Vespasiano", p. 112; Moranti, *L'arte tipografica in Urbino*, p. 9.

²¹ De la Mare, "Bartolomeo Scala's Dealings", p. 241.

²² Goldschmidt, *Gothic and Renaissance Bookbindings*, 1, pp. 43 y 44.

²³ En 1910, cuando se escribió el artículo de la decimoprimer edición de la *Enciclopedia Britannica*, Phillips, "Faust", x, p. 210, nota 1, pudo afirmar que la opinión "que por mucho

considerarse típica, pues muchas referencias antiguas eran, en el peor de los casos, ambivalentes.²⁴ Las que se citan con mayor frecuencia asocian la imprenta con los poderes divinos, más que con los diabólicos, pero eso se explica porque gran parte de las referencias más conocidas provienen tanto de los prospectos como de los prefacios que produjeron los primeros impresores o los editores y autores que consiguieron empleo en los talleres de impresión.²⁵ Probablemente tenían una opinión más favorable que la de los agremiados cuyo sustento dependía de los libros manuscritos. Es posible que los *libnaires* parisinos tuvieran buenas razones para alarmarse, aunque se adelantaron a los acontecimientos, pues el valor mercantil de las copias manuscritas no cayó sino hasta después de la muerte de Fust.²⁶ Otros miembros de la *confrérie* no podían prever que la mayoría de los encuadernadores de libros, rubricadores, iluminadores y calígrafos, iban a estar más ocupados que nunca después de que los primeros impresores establecieran sus talleres.²⁷ Si el nuevo oficio fue considerado una bendición o una maldición, si se le atribuía al

tiempo se tuvo" acerca de que Fausto y Fust eran el mismo ya ha sido "rechazada ampliamente". La evidencia que muestra que Fust estaba vendiendo libros en París en 1466 cuando murió a causa de una plaga sugiere que el fracaso de su primer viaje de negocios no lo disuadió de hacer otro.

²⁴ Bühler, *Fifteenth Century Book*, pp. 50 y 51, y Hirsch, *Printing, Selling*, p. 48, nota 20, destacan la ambigüedad de los escolásticos que se quejaban de los errores cometidos por los impresores descuidados tanto como los autores antiguos se quejaron de los escribientes descuidados. Los primeros tributos al oficio "divino" fueron oportunamente recabados por Stillwell, *The Beginning of the World of Books*, apéndice A: 2, p. 88 ss. En ellos resuenan muchas veces tributos a la labor de los escribientes —un tema que se remonta por lo menos a Casiodoro y que publicitaron los primeros impresores, tanto de Gerson como de Trithemius, *De laude scriptorum*. Véase la discusión al respecto en el cap. 1, *supra*.

²⁵ Gianandrea de' Bussi, eclesiástico menor, que alguna vez fue secretario privado de Nicolás de Cusa y posteriormente obispo de Aleria, colaboró con Sweynheim y Pannartz editando textos (después de que ellos establecieron la primera imprenta en Roma). En su dedicatoria al papa Pablo II, que apareció en 1469 en la edición romana de las *Epístolas* de san Jerónimo, de' Bussi atribuye la autoría de la frase "oficio divino" (*Haec sancta ars*) al Cusano. No es necesario destacar que los primeros impresores procuraron que la frase se difundiera por todas partes. Un ensayo esclarecedor sobre las reacciones menos conocidas —particularmente las diatribas inéditas de un fraile dominico, que habla sido copista y reaccionó desfavorablemente ante las primeras imprentas venecianas de finales del siglo xv— en el artículo de Martin Lowry, "Intellectuals and the Press in Fifteenth Century Venice", que se publicará próximamente en un número del *Bulletin of the John Rylands University Library*.

²⁶ De la Mare, "Vespasiano", p. 113. En relación con los precios, véanse también Hirsch, *Printing, Selling*, pp. 68-73; Febvre y Martin, *L'apparition*, cap. 4; Pettas, "The Cost of Printing a Florentine Incunable".

²⁷ Por supuesto, se requiere una mirada retrospectiva para mostrar que el desempleo por causas tecnológicas no era grave, y que bien pueden haber surgido temores, justificados o no. Sobre los nuevos trabajos que creó la imprenta véanse Bühler, *Fifteenth Century Book*, pp. 25-27; Hirsch, *Printing, Selling*, pp. 48 y 49. En Florencia el número de papelerías y librerías aumentó de doce a treinta en el medio siglo posterior a la aparición de la imprenta. De la Mare, "Vespasiano", p. 44.

diablo o a Dios, el hecho es que el aumento inicial en la producción de libros fue visto por los hombres de la época como algo lo suficientemente extraordinario para pensar que se debió a una intervención sobrenatural. Incluso los incrédulos académicos modernos tendrán dificultades para calcular el número de terneras necesarias para copiar en vitela la Biblia de Gutenberg.²⁸ De esa forma, no es tan difícil aceptar que en la segunda mitad del siglo xv se dio un incremento abrupto, más que uno gradual.

Es más difícil vencer el escepticismo cuando se pasa de los aspectos cuantitativos a los cualitativos. Si se compara la copia manuscrita de un texto con su versión impresa, probablemente se dude de que haya existido algún cambio, y más de que este haya sido abrupto o revolucionario.

Detrás de cada libro que imprimió Peter Schoeffer se encontraba un manuscrito previamente publicado... La elección de la fuente que se utilizaría, de las capitulares y el decorado de las rúbricas, del largo y ancho de las columnas, la planeación de los márgenes... todas eran prescripciones que provenían del ejemplar manuscrito que le había antecedido.²⁹

Pero no sólo los primeros impresores, como Schoeffer, trataron de copiar un manuscrito determinado lo más fielmente posible, también los escribientes del siglo xv correspondieron el gesto. Curt Bühler ha mostrado que un gran número de los manuscritos que se hicieron a finales del siglo xv fueron copiados de los primeros libros impresos.³⁰ De esta manera, el trabajo manual y el de prensa siguieron siendo prácticamente indistinguibles, incluso después de que el impresor empezó a apartarse de las convenciones de los copistas y a explotar algunas de las características inherentes a su oficio.

Es necesario otorgarle el peso debido al hecho de que eran novedades y de que fueron explotadas. A pesar de sus esfuerzos para reproducir los manuscritos tan fielmente como fuera posible, lo cierto es que Peter Schoeffer, impresor, estaba siguiendo procedimientos diferentes a los que siguió Peter Schoeffer, escribiente. La semejanza en la apariencia del manuscrito y del impreso convivió con un cambio total en los métodos de producción, lo que originó la paradójica combinación, señalada anteriormente, de aparente continuidad y cambio radical. Así, la semejanza temporal entre el trabajo manual y el de prensa parece apoyar la tesis de un cambio evolutivo muy gradual; aunque la tesis opuesta también puede sostenerse si se subraya la marcada diferencia que existía entre los dos modos de producción

²⁸ Véanse las divertidas conjeturas de Bühler sobre la venta de terneras en *Fifteenth Century Book*, p. 41.

²⁹ Lehmann-Haupt, *Peter Schoeffer*, pp. 37 y 38.

³⁰ Bühler, *Fifteenth Century Book*, p. 16. Lutz, "Manuscripts Copied from Printed Books", ofrece una descripción detallada de casos particulares que se encuentran en la Beinecke Library de la Universidad de Yale.

y se señalan los nuevos rasgos que empezaron a aparecer antes de que el siglo xv llegara a su fin.

Necesariamente, la preocupación por la apariencia exterior guió el trabajo del escribiente, pues estaba completamente abocado a disponer letras uniformemente espaciadas creando un diseño de agradable simetría. Para darles instrucciones a los cajistas fue necesario un procedimiento completamente diferente. Se tenía que anotar el manuscrito mientras se revisaba su contenido.³¹ De esa manera, todo manuscrito que llegaba a las manos de un impresor tenía que revisarse de una forma diferente, que alentaba un trabajo de edición, corrección y preparación mayor que el requerido por el texto manuscrito.³² En el transcurso de una generación los resultados de dicha revisión apuntaban en una dirección nueva, alejándose de la fidelidad a las convenciones de los escribientes y buscando la conveniencia del lector. El carácter comercial sumamente competitivo del nuevo modo de producción de libros alentó la adopción bastante rápida de cualquier innovación que atrajera compradores hacia una edición determinada.³³ Mucho antes de 1500 los impresores habían empezado a experimentar con el uso de "tipos de distintos tamaños, cornisas... notas a pie de página... índices... superíndices, referencias cruzadas... y otras estrategias a las que podía recurrir el cajista", todas las cuales atestiguan la victoria del cortador de tipos sobre el escribiente.³⁴ Las portadas donde se consignaba el título se volvieron cada vez más comunes, lo que facilitó la producción de listas de libros y de catálogos, que también funcionaban como anuncios publicitarios.³⁵ Las ilustraciones dibujadas a mano fueron reemplazadas por xilografías

³¹ Lutz, "Manuscripts Copied", p. 262, se refiere a algunos manuscritos de Yale que fueron subrayados por los primeros impresores para usarlos como copias. También ofrece pruebas de la molestia que sintió un escribiente del siglo xiii ante las correcciones introducidas por un librero, porque destruyeron la presentación simétrica de dos páginas de una glosa de Tomás de Aquino.

³² Un buen ejemplo de ello se encuentra en la narración del procedimiento que empleó Marcus Mursurus, el principal editor de Aldo Manuzio, cuando preparó la versión que dicho impresor publicó en de 1498 de las obras de Aristófanes. Reynolds y Wilson, *Scribes and Scholars*, pp. 132 y 133.

³³ Lehmann-Haupt, *Peter Schoeffer*, pp. 53 y 54, contiene información relevante.

³⁴ Steinberg, *Five Hundred Years*, p. 28.

³⁵ Steinberg, *Five Hundred Years*, p. 145. Al igual que otros expertos, tanto Steinberg (p. 145 ss) como Hirsch, *Printing, Selling*, p. 25, exageran sobre la novedad de la portada al describirla como un fenómeno puramente posimpresora. La Folger Library posee un ejemplar de *De Elegantis Linguae Latinae*, de Lorenzo Valla, Phillips Ms 2966 (Folger v. a. 102) y que A. M. de la Mare identificó como producto de la mano de un escribiente veronés, Cristoforo Schioppo. El nombre del autor del libro, "Laurentii Vallae", y parte del título, se ubican claramente en una sola página como si estuvieran tallados en una losa de piedra. La doctora De la Mare rechaza la idea de que éste haya sido el único tipo de "portada" de manuscritos. Pero los aspectos básicos que señala Steinberg en su sección dedicada a la portada siguen siendo válidos, a pesar de que no considera los manuscritos humanistas del *quattrocento* y sólo se basa en los estilos de los manuscritos del norte de Europa para establecer su norma. Ni las portadas eran comunes ni era habitual la información contenida en el colofón antes de la aparición de la imprenta.

y grabados, una innovación que llegó a ayudó a revolucionar la literatura técnica al introducir "referencias pictóricas exactamente repetibles" en todo tipo de obras de consulta.

El hecho de que imágenes, mapas y diagramas idénticos pudieran ser vistos simultáneamente por distintos observadores constituye en sí mismo una especie de revolución comunicativa, como subraya William Ivins, quien fuera curador de grabados del Metropolitan Museum.³⁶ Aunque la insistencia de Ivins sobre "las imágenes idénticamente reproducibles" ha sido bien acogida por los historiadores de la cartografía,³⁷ su tendencia a exagerar ha provocado las críticas de otros especialistas. Éstos argumentan que las imágenes repetibles se remontan a los sellos y monedas antiguos, mientras que las réplicas *exactas* no eran muy comunes debido a que los bloques de madera para la xilografía se desgastaban y rompían con el uso repetido. En cualquier caso se debe evitar subestimar o sobrestimar las ventajas de la nueva tecnología. Incluso si las xilografías no sufrían daños al copiarse en distintos tipos de textos, no debe olvidarse que las imágenes dibujadas sufrían alteraciones cuando tenían que copiarse en cientos de libros. Aunque los iluminadores medievales disponían de libros de patrones y técnicas de "estarcido",³⁸ la reproducción exacta y detallada no se logró hasta que aparecieron la xilografía y el grabado. Los bloques y las planchas permitieron que por primera vez fueran viables los apoyos visuales reproducibles. Incluso los problemas de deterioro ocasionados por el uso podían sortearse en manos de artesanos expertos que contaran con buenos materiales y trabajaran bajo supervisión; las partes gastadas se reparaban, los detalles borrosos se refinaban y se obtenía una durabilidad realmente extraordinaria.³⁹

Ivins no se equivoca tanto en el énfasis que pone en la imagen impresa como en subestimar el significado del texto impreso. En su trabajo describe curiosamente el uso del tipo movable como "poco más que un método para trabajar con un número menor de pruebas". Cita constantemente la mención de Plinio el Joven de un millar de libros que se hicieron en el siglo ii a. C. como evidencia de que el poder de

³⁶ Ivins, *Prints and Visual Communication*. Véase p. 248 ss, *infra*, donde se analiza la recopilación científica de datos y los primeros viajes de campo, además de que se retoman algunos de los ejemplos que Ivins expone.

³⁷ Véanse por ejemplo Bagrow, *History of Cartography*, p. 89; Skelton, *Maps*, p. 12; Robinson, "Map Making", en *Five Centuries of Map Printing*, p. 1. Las ilustraciones (de este último trabajo) de técnicas y herramientas relevantes son extraordinariamente claras y útiles.

³⁸ Sobre los libros medievales de modelos véase la nota 123, *infra*.

³⁹ Así, la segunda edición de *De fabrica*, de Vesalio tuvo la suerte de que un grabador en madera de Basilea redefinió sus caracteres y líneas difuminados con ayuda de un cuchillo. Los bloques de madera que se usaban sólo para imprimir sobre papel húmedo, fabricados con madera de abedul y tratados con aceite de linaza caliente, se conservaban incluso después de haber tirado tres o cuatro mil ejemplares, según Willy Wiegand (que en 1935 imprimió una edición de los *Icones anatomicae*, de Vesalio, con bloques de madera antiguos). Véase Herrlinger, *History of Medical Illustration*, p. 113.

reproducción de la imprenta no fue tan significativo.⁴⁰ Pero lo que no contempla es que dos escribientes cualesquiera (por no hablar de un millar) eran incapaces de producir copias idénticas tomando el mismo dictado. Aunque menciona superficialmente que "la historia de las series de grabados" se inició cuando se emplearon "como ilustraciones en libros impresos con tipos móviles",⁴¹ su análisis tiende a desvincular el destino de las estampas y el de los libros impresos. La forma en que aborda el tema sugiere que los efectos novedosos de la repetibilidad se limitaron a aspectos pictóricos. Pero de ninguna manera se restringieron a imágenes, ni siquiera a imágenes y palabras. Por ejemplo, las tablas matemáticas también se transformaron. En opinión de los interesados en el estudio del cambio científico lo que ocurrió con los números y las ecuaciones fue tan significativo como lo que pasó con las imágenes y con las palabras. Además, muchas de las representaciones pictóricas más importantes que se produjeron en el primer siglo de la imprenta emplearon varias técnicas —banderolas, claves alfabéticas y numéricas, así como líneas— para relacionar las imágenes con los textos.⁴² Tratar las representaciones visuales como unidades discretas es perder de vista vínculos que eran especialmente importantes para la literatura técnica, porque expresaban la relación entre palabras y cosas. Si bien es cierto que la impresión xilográfica y la tipográfica surgieron como innovaciones diferentes e inicialmente se utilizaron para propósitos distintos (de forma que se estampaban naipes e imágenes de santos con bloques de madera en el mismo momento en que muchos de los primeros libros impresos seguían decorándose mediante iluminación manual), pronto las dos técnicas se entrelazaron. El uso de la tipografía para los textos reservó a la xilografía las ilustraciones, con lo que equiparó el destino del iluminador con el del escribiente.⁴³ Cuando se trata de entender la forma en que resultó afectada la literatura técnica por el paso de lo escrito a lo impreso, parece razonable adoptar la estrategia de George Sarton, que lo concibe como una "doble invención; la tipografía para los textos, el grabado para las imágenes".⁴⁴ Es necesario enfatizar que a finales del siglo xv tanto las letras co-

⁴⁰ Ivins, *Prints and Visual Communication*, pp. 2, 11 y 163.

⁴¹ Ivins, *Prints and Visual Communication*, p. 27.

⁴² Véase la fascinante sección sobre las líneas en Herrlinger, *History of Medical Illustration*, pp. 54-60. Agradezco a Karen Reeds por haberme informado de su existencia.

⁴³ Las cuestiones referidas a la relación entre la impresión con bloques y la impresión de libros, así como si el libro impreso en bloques de madera precedió a la invención y utilización del tipo móvil, han originado una enorme y controvertida bibliografía que sobrepasa los límites de esta investigación. Para una muestra de los debates recientes véanse Musper, "Xylographic Books", pp. 341-347 (especialmente la bibliografía, p. 347) y Lehmann-Haupt, *Gutenberg and the Master of the Playing Cards*. Una visión detallada de la coincidencia entre la iluminación manual y los orígenes de la producción impresa en Maguncia es ofrecida por Vaassen, *Die Werkstatt der Mainzer Reichenbibel in Würzburg und Ihr Umkreis*. Véase la reseña de Labarre, "Un atelier mayençais d'enluminure vers 1450-1500". Para hipótesis sugerentes sobre la relación entre los cambios en la estructura del taller y los nuevos manuales para iluminadores véase la reseña de Bober de *The Göttingen Model Book*.

⁴⁴ Sarton, *The Appreciation of Ancient and Medieval Science During the Renaissance 1450-1600*, p. xi.

mo los números y las imágenes tuvieron las mismas posibilidades de reproducirse. Que el libro impreso posibilitara nuevas formas de interacción entre esos diversos elementos puede ser más significativo que el cambio experimentado por la imagen, el número o la letra por sí mismos.

La nueva interacción entre las formas de expresión "literaria, figurativa y numeral"⁴⁵ podría interesar particularmente a los historiadores intelectuales. También es necesario llamar la atención de los historiadores sociales sobre las nuevas formas de interacción entre diferentes grupos ocupacionales que llegaron a los nuevos talleres establecidos por los primeros impresores. La preparación del texto y del material ilustrativo para las ediciones impresas produjo un reacomodo en todos los oficios y las actividades involucradas en la elaboración de libros. Los nuevos oficios, como los fundidores de tipos y los prensistas, no sólo implicaron verdaderos cambios ocupacionales,⁴⁶ sino que la producción de libros impresos reunió en un solo lugar una gama muy amplia de artesanos provenientes de distintos oficios. En la época de los escribientes los libros se hacían bajo el auspicio de los tratantes de libros y de los copistas legos en las ciudades universitarias; de iluminadores y miniaturistas preparados en talleres especiales; de orfebres y curtidores pertenecientes a sus propios gremios; de monjes y hermanos legos que se reunían en los *scriptoria*; de empleados y secretarios papales que trabajaban en cancillerías y cortes; de predicadores que compilaban sus propios libros de sermones y de poetas humanistas que eran sus propios escribientes. La aparición de la imprenta dio por resultado la creación de un nuevo tipo de estructura en los talleres, un reagrupamiento que implicó contactos más cercanos entre diversos trabajadores especializados y que alentó nuevas formas de intercambio intercultural.

Por lo tanto, no era raro encontrar antiguos sacerdotes entre los primeros impresores o antiguos abades que trabajaran como editores y correctores.⁴⁷ Frecuentemente los profesores universitarios también trabajaban en las mismas activida-

⁴⁵ Tomo estos términos del artículo de Derek de Solla Price, "Geometrical and Scientific Talismans".

⁴⁶ La forma en que las distintas funciones del punzonista, fabricante de matrices y fundidor fueron absorbidas por el "fundidor de tipos" es discutida por Harry Carter, *A View of Early Typography*, p. 92.

⁴⁷ La extensa variedad de orígenes sociales y ocupacionales de los primeros impresores, que puede extraerse de diccionarios biográficos como el que compilaron E. Voullième y Joseph Benzinger para las regiones germanoparlantes, es señalada por Hirsch, *Printing, Selling*, pp. 18-23. El "tropol de sacerdotes que se enrolaron en la imprenta" se comenta en la p. 22 y el número de sacerdotes y obispos involucrados en la corrección de pruebas, en la 47. Lehmann-Haupt, *Peter Schoeffer*, p. 83, nota 6, comenta cómo un antiguo monje y abad abandonó su monasterio para trabajar de tiempo completo en el nuevo taller de Peter Schoeffer. Un reciente estudio muy detallado del comercio de libros parisino a mediados del siglo xvi confirma la idea de que había diversas formaciones entre los que participaban en dicho comercio: Parent, *Les métiers du livre*, p. 175 ss. Además, Parent señala que la publicación de literatura devota frecuentemente era supervisada por un clérigo enviado por un obispo, el que recibía del impresor alojamiento y alimentación (p. 122).

des y de esa forma tenían mayor contacto con metalurgistas y oficiales mecánicos. Otras fructíferas formas de colaboración reunieron a astrónomos y grabadores, médicos y pintores, lo que diluyó viejas formas de división del trabajo intelectual y alentó nuevas maneras de coordinar el de mentes, ojos y manos. Las dificultades que suponía financiar los extensos volúmenes en latín usados en las facultades de teología, leyes y medicina en la edad media tardía también favorecieron la formación de asociaciones que relacionaron más estrechamente a los comerciantes ricos con los académicos locales. Las nuevas sociedades financieras que se crearon para proveer a los maestros impresores de los trabajadores y los insumos necesarios reunieron a representantes tanto de la ciudad como de la universidad.⁴⁸ Al ser la figura central alrededor de la que giraban todos los acuerdos, el propio maestro impresor conjuntaba muchos mundos.⁴⁹ Era el responsable de conseguir dinero, insumos y trabajadores, al tiempo que desarrollaba complejos programas de producción, se enfrentaba a huelgas, trataba de entender los mercados libreros y buscaba asistentes capacitados.⁵⁰ Debía mantener buenas relaciones con los funcionarios que le proporcionaban protección y trabajos lucrativos, mientras promovía y cultivaba la amistad de los autores y artistas talentosos que podían darle ganancias o prestigio a su establecimiento. En aquellos lugares en los que su empresa prosperaba y lograba obtener una posición influyente entre sus vecinos, su taller se convertía en un verdadero centro cultural que atraía a la elite literaria local y a extranjeros reconocidos, con lo que ofrecía tanto un punto de encuentro como un centro de comunicación para esa cosmopolita comunidad del conocimiento que estaba en expansión.

Seguramente algunos comerciantes de libros manuscritos ejercieron funciones

⁴⁸ Hirsch, *Printing, Selling*, p. 51, proporciona referencias de los estudios sobre el tema. Bühler, *The University and the Press in 15th Century Bologna*, pp. 15 y 16, da el ejemplo de un contrato realizado en 1470 para construir y poner en marcha una prensa con propósitos académicos. Mardersteig, *Remarkably History*, describe los complejos arreglos que se hicieron para imprimir con fines académicos una versión comentada del *Canon* de Avicena (cuyo texto ocupaba más de mil páginas en folio a dos columnas).

⁴⁹ Era una figura tan cambiante que la etiqueta "impresor" no designa adecuadamente sus múltiples funciones. Sobre mi uso heterodoxo de dicha denominación, véase la nota 136, *infra*.

⁵⁰ La *Remarkable History* de Mardersteig muestra que el impresor Petrus Maufer tuvo que lidiar con huelgas y muchas otras complicaciones antes de empezar efectivamente con la impresión, que inició en mayo de 1477, cuando se entregaron las primeras resmas de papel. Desde entonces, hasta el 1 de diciembre de 1477, cuando la prensa concluyó el último pliego, "no se había desaprovechado ni un día de trabajo". Se operaron cuatro prensas manuales desde el alba hasta el anochecer, sin interrupción, y se habían obtenido y utilizado 6.8 millones de tipos diferentes. Para una descripción general de las complejas rutinas de trabajo que se seguían en la mayoría de los talleres durante los primeros siglos después de Gutenberg véase el insuperable artículo de McKenzie, "Printers of the Mind". Un interesante vistazo del plan operativo de Plantin lo proporcionan Lotte y Wytze Hellinga, "Regulations". K. I. D. Maslen y John Gerritsen sugieren, en la correspondencia de *The Library* (junio de 1975), que las rutinas eran en cierta forma más ordenadas de lo que tanto McKenzie como Hellinga suponen.

muy parecidas antes de la aparición de la imprenta. Ya se ha señalado que los humanistas italianos le estaban agradecidos a Vespasiano da Bisticci por muchos de los servicios que posteriormente les proporcionó Aldo Manuzio. Sin embargo, la estructura del taller que dirigió Aldo difería radicalmente de la que conoció Vespasiano. Tanto como prototipo de los primeros capitalistas cuanto como heredero de Ático y sus sucesores, la figura del impresor adquirió aún más funciones. El establecimiento de Aldo en Venecia, que contaba con unos treinta miembros, ha sido descrito recientemente como una "mezcla casi increíble entre el taller inhumano, la pensión y el instituto de investigación".⁵¹ Un estudio que sería muy interesante es la comparación de las estrategias empleadas por los primeros impresores frente a las que utilizaron anteriormente los comerciantes de libros manuscritos. También sería interesante una comparación de la cultura laboral de Peter Schoeffer, impresor, con la de Peter Schoeffer, escribiente. Parece que ambos trabajaron en medios contrastantes, sujetos a presiones diferentes y apuntando hacia objetivos distintos. En oposición a lo que ocurrió cuando se pasó del "estacionario" al editor, el paso del escribiente al impresor representó un genuino cambio profesional. Aunque Schoeffer fue el primero que dio el salto, muchos otros siguieron la misma ruta antes de que finalizara el siglo.⁵²

A juzgar por la detallada monografía de Lehmann-Haupt, muchas de las actividades pioneras de Schoeffer estuvieron asociadas con el paso del comercio minorista a una industria mayorista, que convirtió al impresor en un vendedor ambulante y lo llevó a comenzar algo que pronto se convertiría en la feria anual del libro de Fráncfort. "Por algún tiempo los libros impresos circularon por el estrecho mercado de los libros manuscritos. Pero pronto la corriente ya no pudo ser contenida." Surgieron nuevos puntos de distribución; se imprimieron folletos, prospectos y catálogos de venta, y los libros mismos se llevaban Rin abajo, a través del Elba, al oeste hacia París, al sur hacia Suiza. Las campañas para ganar mercados coincidieron con los intentos por mantener a raya a los competidores ofreciendo mejores productos o, por lo menos, imprimiendo prospectos que publicitaran los textos "más legibles" de la casa impresora, sus índices "más completos y mejor organizados", y que se realizaba "una corrección de pruebas más cuidadosa". Se cultivaban las relaciones con los funcionarios de arzobispos no sólo porque eran bibliófilos y censores potenciales, sino porque también eran consumidores potenciales, que generaban un flujo constante de pedidos para imprimir ordenanzas, edictos, bulas,

⁵¹ La biografía de Aldo Manuzio, de Martin Lowry, que se publicará próximamente, contiene esta descripción.

⁵² A partir de un enfoque gradual y evolucionista del impacto de lo impreso los expertos en la historia del libro señalan, naturalmente, que el estacionario fue el verdadero antecedente del impresor. Aunque la utilización que hacían los impresores del término *scriptor* para designar al impresor muestra que se consideraban a sí mismos como los sucesores de los copistas y no de los estacionarios (véase Hirsch, *Printing, Selling*, p. 19, nota. 21), lo más adecuado sería pensar que los primeros impresores tuvieron funciones que desempeñaron tanto los copistas como los estacionarios (o "editores"), si bien diferían de ambos de forma significativa.

indulgencias, hojas volantes y tratados. A finales del siglo, Schoeffer había alcanzado una posición prominente en Maguncia. Dirigía una "gran sociedad comercial", se había vuelto socio de una empresa minera y había fundado una dinastía de impresores. A su muerte los tipos que poseía pasaron a sus hijos, y la casa Schoeffer continuó operando, expandiéndose hasta la siguiente generación para incluir la impresión de música.⁵⁴

Lo anterior sugiere que hay muchas posibilidades para establecer contrastes entre las actividades del impresor de Maguncia y las del escribiente de París, pero dichos contrastes deben exponerse con mayor claridad cuando se trata de las tendencias del siglo xv: el traslado de los centros de producción de libros de las ciudades universitarias, cortes principescas, villas patricias y monasterios a los centros comerciales; la organización de nuevas redes comerciales y ferias; la nueva competencia por los privilegios y monopolios lucrativos; las nuevas restricciones impuestas por los censores oficiales que han sido estudiadas en trabajos monográficos.⁵⁴ Pero aún es necesario subrayar las consecuencias que produjeron dichos cambios para que pueda relacionárselos con otros procesos que ocurrieron simultáneamente. La competencia y los intereses comerciales no estaban del todo ausentes entre los estacionarios que servían a las facultades universitarias, los escribientes legos contratados por las órdenes mendicantes o los copistas semilaicos que pertenecían a las comunidades fundadas por la hermandad de la vida común. Pero eran menores en comparación con los esfuerzos que realizaron posteriormente Schoeffer y sus competidores para recuperar sus inversiones iniciales, liquidar a los acreedores, usar todas las resmas de papel y mantener ocupados a los prensistas. El comerciante de libros manuscritos no tenía que preocuparse por las máquinas ociosas o las huelgas de los trabajadores, como sí tuvo que hacerlo el impresor. Es sabido que el simple hecho de establecer una prensa en un monasterio o en afiliación con una orden religiosa era una fuente de conflictos que generaba "una multitud de preocupaciones sobre el dinero y la propiedad" en un espacio previamente reservado a la meditación y a las buenas obras. Pero cuando se considera dicho acontecimiento, parece justificado prestar más atención al estudio de los cambios que afectaron la vida religiosa a finales de la edad media.⁵⁵

También es necesario generar más información sobre lo que se produjo en las imprentas además de los libros, pues elaboraban anuncios comerciales, propaganda oficial, escritos sediciosos y papeleo burocrático en una magnitud que ninguna técnica utilizada por los escribientes pudo alcanzar.⁵⁶ El propio término *avertissement*

⁵⁴ Véase Lehmann-Haupt, *Peter Schoeffer, passim*.

⁵⁵ Muchos de estos aspectos se cubren con detalle en Febvre y Martin, *L'apparition*, cap. 6, y también están bien documentados en Pollard y Ehrman, *The Distribution of Books*. Hirsch, *Printing, Selling*, pp. 63 y 64, discute la forma en que el trabajo de Schirokeuer (1951) subestima drásticamente el tamaño de los mercados que explotaron los primeros impresores.

⁵⁶ Wytze Hellinga, "Thomas à Kempis", pp. 4 y 5. Para referencias a las prensas monásticas en diversas regiones véase el cap. 1, nota 39, *supra*.

⁵⁷ Aunque Steinberg, *Five Hundred Years* (p. 22), hace hincapié en este aspecto del invento

sufrió un cambio intrigante. En los Países Bajos los libros que se copiaban durante los días sagrados en los *scriptoria* medievales se consideraban especialmente consagrados. Una nota en el colofón distinguía el trabajo elaborado en días sagrados y servía como advertencia (o *avertissement*) para que no se vendiera.⁵⁷ Claro que dicha advertencia puede interpretarse como una pista de cómo operaba la comercialización de libros manuscritos, pues los libros se copiaban no sólo por amor a Dios sino para venderse en todos los días sagrados que se observaban, aunque este tipo de *avertissement* tenía motivaciones comerciales diferentes, menos notorias, que cambiaron de connotación cuando se establecieron las prensas.

Debido a que eran sus propios publicistas, los primeros impresores publicaban listas de libros, circulares y carteles; además ponían el nombre de su establecimiento, el emblema y la dirección en la primera página de sus libros. De hecho, el uso que hicieron de las portadas invirtió significativamente los procedimientos de los escribientes: se ponían primero a sí mismos, mientras que los colofones de los copistas iban al final. Asimismo, hacían extensivas sus técnicas promocionales a los autores y artistas cuyo trabajo publicaban, contribuyendo de esa forma a que se celebrara a los héroes de la cultura lega, a que obtuvieran reconocimiento y alcanzaran fama epónima. Al igual que los maestros de cálculo y los fabricantes de instrumentos, los profesores y los predicadores se beneficiaron también con los anuncios de los libros, que difundieron su fama más allá de las imprentas y de los salones universitarios.⁵⁸ Los interesados en el origen de la *intelligentia* lega, en el nuevo estatus que se les confirió a los oficios artesanales o en la creciente importancia que adquirió el "espíritu del capitalismo" deberían poner más atención en estos pioneros de las artes publicitarias.

Además, el control que tenían sobre un nuevo aparato publicitario colocó a los primeros impresores en una posición excepcional en relación con otras empresas.

de Gutenberg porque le parece el de mayor impacto, es poco atendido por Febvre y Martin, *L'apparition*, debido a que su interés es "el libro". Tampoco se considera la "impresión miscelánea", exceptuando la exhibición "Printing and the Mind of Man" que se montó en el Museo Británico y en Earls Court del 16 al 27 de julio de 1963. Véase el catálogo del Museo Británico, Londres, 1963, p. 8. La impresión de carácter oficial para gobiernos tanto eclesiásticos como seculares es discutida por Hirsch, *Printing, Selling*, pp. 52 y 53. Ese tipo de impresiones constituyó una parte importante de la producción de Peter Schoeffer, según Lehmann-Haupt, *Peter Schoeffer*, pp. 78 y 79.

⁵⁷ Véanse la entrada 7 del catálogo de una exposición efectuada en la Royal Library de Bruselas (septiembre-octubre de 1973): *Le cinquième centenaire de l'imprimerie dans les Anciens Pays-Bas* (Bruselas, 1973), pp. 11 y 12, y una referencia al pie de página en B. Kruitwagen, "Het Schrijven op Feestdagen in de Middeleeuwen". Se debería comparar la visión medieval en relación con la elaboración de libros en días sagrados con la indignación experimentada por un miembro de la Royal Society ante los retrasos que sufría la impresión porque "los días sagrados se pegan en las manos de los trabajadores", citado en Hill, reseña, *English Historical Review* (1973).

⁵⁸ Los anuncios que se imprimían para los cursos universitarios promoviendo la venta de los libros correspondientes son descritos en Hirsch, *Printing, Selling*, p. 51 y Parent, *Les métiers*, p. 142. Para un análisis adicional sobre el cambio de estatus de artistas, autores, fabricantes de instrumentos, etcétera, véanse p. 220 ss, y el cap. 6, *infra*.

No sólo buscaron mercados más grandes para sus propios productos, sino que contribuyeron a la expansión de otras empresas comerciales y se beneficiaron de ello. ¿Cuáles fueron los efectos que tuvieron las nuevas técnicas publicitarias en el comercio y la industria del siglo xvi? Es posible que algunas respuestas a esta pregunta ya sean conocidas, aunque probablemente aún se puedan ofrecer otras, pues resulta evidente que muchos otros aspectos del trabajo de impresión y de los cambios que implicó requieren estudiarse con mayor detenimiento. Por ejemplo, los calendarios e indulgencias que imprimieron inicialmente los talleres de Gutenberg y Fust en Maguncia merecen que por lo menos se les preste tanta atención como las celebres biblias. De hecho, la producción masiva de indulgencias⁵⁹ ilustra con mayor claridad el tipo de transformación que suele pasar inadvertida, por lo cual calcular sus consecuencias quizá se haya vuelto más difícil de lo que debería ser.

En contraste con los cambios esbozados anteriormente, los que se produjeron en relación con el consumo de nuevos productos impresos son más intangibles, indirectos y difíciles de manejar. Cuando se estudian dichos cambios se debe aceptar un gran margen de incertidumbre. Muchos de ellos tienen que reservarse para discusiones posteriores, porque involucran transformaciones prolongadas e irregulares que ocurrieron en el transcurso de varios siglos. Esto parece especialmente cierto en el caso de los cambios que se asocian por lo común con el impacto de lo impreso, es decir, los que se conectan con el aumento de la alfabetización y que suponen una variedad de tendencias de popularización.

En lo que se refiere al difícil problema de calcular las tasas de alfabetización antes y después de la imprenta, los comentarios de Carlo Cipolla parecen convincentes:

No es fácil extraer una conclusión general de la evidencias dispersas que he citado ni de las evidencias también dispersas, que no cito... podría concluir que a fines del siglo xvi "había más gente alfabetizada de lo que suele creerse", pero también podría concluir que "había más analfabetas de lo que suele creerse", porque nunca se sabe en verdad qué es lo que "suele creerse"... podría decirse que a fines del siglo xvi la tasa de analfabetismo entre la población adulta de Europa occidental era menor al 50 por ciento en las ciudades de las zonas relativamente más avanzadas y mayor al 50 por ciento en todas las zonas rurales, así como en las ciudades de las zonas más atrasadas. Ésta es una afirmación terriblemente vaga... pero la evidencia disponible no permite mayor precisión.⁶⁰

Las afirmaciones sobre las tasas de alfabetismo en el siglo xiv y los inicios del xv probablemente sean igual de vagas, quizás hasta más. Para suplir la falta de datos rigurosos, podrían esgrimirse argumentos creíbles a fin de sustentar opiniones marcadamente divergentes, y no habría manera de resolver el inevitable conflicto entre el modelo de cambio revolucionario y el evolutivo. Así, podría considerarse

⁵⁹ Sobre la impresión de indulgencias véase p. 355 ss, *infra*.

⁶⁰ Cipolla, *Literacy*, p. 60.

que ocurrió una "revolución educativa" relativamente significativa en el siglo xvi, y en ese caso los efectos producidos por la imprenta parecerían mayores, o, por el contrario, podría describirse una "extensa revolución" que se desarrolló tan lentamente que sus efectos perdieron todo relieve.⁶¹

En vista de que la evidencia disponible es fragmentaria, y de las grandes fluctuaciones que tuvieron lugar, sería prudente evitar los controvertidos problemas asociados con la difusión del alfabetismo hasta que se hayan explorado con mayor atención otros temas. El hecho de que haya otros temas que merecen mayor atención —además de la expansión del público lector o la "difusión" de nuevas ideas— es un aspecto que vale la pena subrayar por sí mismo (y en el que se hará hincapié constantemente en este libro). Cuando se consideran las transformaciones *iniciales* producidas por la imprenta siempre debe darse prioridad a los cambios experimentados por los grupos que ya estaban alfabetizados antes que al problema, innegablemente fascinante, de cuán rápidamente crecieron esos grupos.

Una vez que se toman en consideración los sectores que ya estaban alfabetizados, resulta claro que para entender su composición social es necesaria una mayor reflexión. ¿La imprenta sirvió en sus inicios a prelados y patricios como un "arte divino" o en realidad debe considerarse que fue la "aliada del pobre"? De las dos formas fue descrita por los hombres de aquella época y probablemente también sirvió en ambos casos. Si se recuerdan las funciones del escribiente realizadas por los esclavos romanos, después por monjes, hermanos legos, empleados y notarios, podría concluirse que la alfabetización nunca fue congruente con el estatus de las elites.⁶² También podría pensarse que era más compatible con las ocupaciones sedentarias que con la equitación y la caza que preferían muchos nobles y señores.⁶³

⁶¹ Véase Cipolla, *Literacy*, p. 52, donde discute si el concepto de Lawrence Stone sobre una "revolución educativa" en Inglaterra es relevante para las tendencias continentales. En su artículo "Literacy and Education", p. 78, Stone subraya la importancia del papel barato y del tipo móvil, mientras que Williams, *The Long Revolution*, pp. 132 y 133, discute el periodo que comprende la "revolución educativa" de Stone sin mencionar la imprenta. En las pp. 156 y 157 Williams menciona la imprenta pero remonta el crecimiento del público lector al siglo viii y más allá, hasta Roma. Cuando se relaciona este enfoque con el énfasis en la aparición de un público lector de masas en el periodo posterior a la invención de la prensa de vapor, la revolución tipográfica del siglo xv no parece tan significativa. Williams señala lo impreso en oposición a lo manuscrito en su breve estudio *Communications*, p. 22. Es muy probable que se le reste importancia a la relación que tiene este tema con la historia de la educación. Véase, por ejemplo, Talbot, "The History of Education", que es una investigación literaria en la cual se excluye a la imprenta de los factores que provocaron la expansión educativa en Inglaterra en los albores de la modernidad (p. 136).

⁶² El término "libro del hombre pobre" (*liber pauperum*) se remonta por lo menos a la Inglaterra del siglo xii, donde un maestro lombardo realizó una compilación de los nueve libros del Código y del *Digesto* dirigida a los empleados legales. Cf. Haskins, *The Renaissance of the Twelfth Century*, p. 211.

⁶³ Por ejemplo, la conocida anécdota de Richard Pace sobre un antiguo escudero de los Tudor que cuestionó la necesidad de enseñar a su hijo a leer, pues la caza y la cetrería le parecían contrarias al estudio contemplativo. Véase el cap. 4, nota 315, *infra*.

En ese sentido sería erróneo pensar que las nuevas prensas fueron el factor que permitió a los hombres nacidos en los estratos bajos el acceso a productos que antes sólo usaban los que habían nacido en los estratos altos. Es muy probable que muchas áreas rurales permanecieran aisladas hasta la construcción de los ferrocarriles y, dada la extensa población campesina de la Europa moderna temprana, así como la persistencia de dialectos locales que impusieron una barrera lingüística adicional entre las palabras pronunciadas y las escritas, es probable que sólo una muy pequeña porción de la población total experimentara las consecuencias del cambio inicial. No obstante, en este reducido grupo, que era mayoritariamente urbano, debió estar involucrado un espectro social bastante amplio. Por ejemplo, en la Inglaterra del siglo xv merceros y escribientes que promovían la venta de libros manuscritos ya habían empezado a atender las necesidades de panaderos y comerciantes humildes, al igual que las de abogados, regidores o caballeros.⁶⁴ La proliferación de comerciantes alfabetizados en las ciudades italianas del siglo xiv no es menos extraordinaria que la existencia de un comandante analfabeta en el ejército francés de finales del siglo xvi.⁶⁵

Sin embargo, sería un error suponer que el rechazo de la lectura era característico de la nobleza, a pesar de que parecería posible que el desdén por la pedantería latinista fuese compartido tanto por los aristócratas legos como por la gente común. Además, todavía no se sabe si el público lector de la antigüedad debería considerarse una "clase media". Sin duda se necesita ser extremadamente precavido cuando se relacionan tipos de libros con grupos de lectores. Con frecuencia se asume que las obras de "poca altura" o "vulgares" reflejan los gustos de las "clases bajas", aunque en los catálogos de autores y bibliotecas hay evidencias que indican lo contrario.⁶⁶ Antes de que se masificara el alfabetismo las obras más "populares" eran aquellas que apelaban a diversos grupos de lectores, y no sólo a la plebe.

Asimismo, las divisiones entre los públicos lectores de latín y de lengua vernácula son más difíciles de relacionar con el estatus social de lo que sugieren muchos trabajos. Es cierto que el médico del siglo xvi que usaba latín era considerado superior al cirujano que no lo hacía, pero también es cierto que ninguno de estos individuos pertenecía a los estamentos más altos del reino. En la medida en que las traducciones vernáculas fueron pensadas para los lectores que no sabían latín, fre-

⁶⁴ Jacob, *The Fifteenth Century*, pp. 663-667. Véanse también Adamson, "The Extent of Literacy in England", pp. 163-193; Bennett, *English Books and Readers 1475-1557*, p. 20; Parkes, "The Literacy of the Laity". Thrupp, *The Merchant Class*, p. 157, proporciona un cuadro muy útil, así como información pertinente.

⁶⁵ Véanse Renouard, *Études d'histoire médiévale*, 1, pp. 419-426; Jeannin, *Merchants of the Sixteenth Century*, pp. 80-86; Saporì, *The Italian Merchant, passim*. Bec, *Les marchands écrivains, passim*, contiene información de los numerosos comerciantes que llevaban diarios y cuentas. Sobre el supuesto analfabetismo de un famoso mariscal de Francia (Montmorency) véase la anécdota citada *infra*, p. 374.

⁶⁶ Natalie Z. Davis, "Printing and the People", ofrece advertencias muy pertinentes sobre este aspecto.

cuentemente se diseñaban tanto para los pajes como para los aprendices, la nobleza terrateniente, los caballeros y los cortesanos, así como para tenderos y empleados. En los Países Bajos las traducciones del latín al francés no se dirigían en general a la población urbana leiga, que sólo conocía los dialectos de la baja Renania, sino a los círculos cortesanos relativamente exclusivos. Al mismo tiempo, una traducción al "holandés" podía dirigirse a los predicadores que necesitaban citar en sus sermones pasajes de las escrituras, más que a los legos (que por lo regular se consideran como el único público al que se destinaban las obras de devoción "vernáculas"). Los tutores que trataban de educar a los jóvenes príncipes, los educadores de la corte o de las escuelas eclesiásticas, y los capellanes que traducían del latín a petición real, fueron pioneros en las técnicas de popularización antes de que empezara a trabajar el impresor.

Pero lo que le dio el mayor impulso a la popularización antes de que apareciera la imprenta fue la necesidad de los predicadores de mantener despierta a su congregación y también de captar la atención de los que escuchaban sus sermones al aire libre.⁶⁷ A diferencia del predicador, el impresor sólo podía imaginar a qué tipo de público se dirigía su trabajo. En consecuencia, hay que tener mucho cuidado en considerar los títulos de los primeros libros como guías confiables de lo que se leía. Un caso ilustrativo es el de una Biblia ilustrada del siglo xv, publicada tanto en versión manuscrita como en impresión con bloques de madera, que llegó a ser conocida como la *Biblia* de los "pobres". Dicha clasificación podría ser un error basado en la versión abreviada del título completo en latín que se le daba a esos libros. La *Biblia pauperum praedicatorum* no estaba dirigida a los pobres, sino a los pobres predicadores que tenían poco conocimiento del latín y a los que se les facilitaba la exposición de las escrituras cuando se auxiliaban con libros ilustrados.⁶⁸ Los especialistas han señalado la necesidad de diferenciar entre "audiencias" —es decir, entre los lectores reales que pueden documentarse a través de los catálogos de las bibliotecas, las listas de suscriptores y otros datos objetivos— y "públicos", los hipotéticos destinatarios a los que autores y editores dirigían sus obras.⁶⁹ Frente a la tendencia a considerar títulos o prefacios como pruebas de cuáles eran los lectores reales, vale la pena tener esta distinción en mente.

⁶⁷ Un manual dominico del siglo xiii, *De arte predicando*, apunta "cómo confeccionar un sermón rápidamente", y cómo dirigirse a grupos de intereses específicos, como "las mujeres ricas de las ciudades", "multitudes en las ferias" o "mujeres jóvenes", es descrito por Murray, "Religion Among the Poor".

⁶⁸ James Strachan, *Early Bible Illustrations*, p. 7, se pregunta si el título abreviado *Biblia pauperum* es apropiado o no.

⁶⁹ Esta distinción, sugerida por T. J. Clark en su estudio de Courbet, es discutida por Natalie Davis, "Printing and the People", en conexión con los problemas que planteó la cultura popular del siglo xvi. Parece inútil tratar de restringir el uso de términos que ya se utilizan de manera intercambiable en una extensa bibliografía. Prefiero la frase "público asumido" (que es empleada por Davis en ese mismo artículo) porque es menos probable que se malinterprete.

Para llegar a conclusiones válidas... debe procederse con cuidado y precaución. La información sobre la difusión de la lectura y la escritura... es limitada y ha de complementarse con el análisis de los contenidos de la producción total (lo que de por sí no es una labor nada fácil); a su vez esto proporciona evidencias circunstanciales de la composición del público lector: un libro de cocina... reimpreso ocho o más veces en el siglo xv obviamente fue leído por gente relacionada con la preparación de alimentos, el *Doctrinal des filles*... un cuadernillo sobre el comportamiento de las señoritas, fue leído principalmente por "señoritas" y "damas".⁷⁰

Dicha "evidencia circunstancial", sin embargo, es poco confiable. Sin considerar el público de los libros de cocina antiguos (pues sus rasgos no me parecen evidentes), los cuadernillos sobre la conducta de las señoritas no necesariamente atrajeron a lectoras; quizá también interesaron a los preceptores, confesores y tutores. Como sugiero en otro capítulo, la circulación de libros de etiqueta tuvo amplias ramificaciones psicológicas; no debe pasarse por alto que incrementaron la ansiedad de los padres. Además, dichas obras probablemente también eran leídas por autores, traductores y editores de otros libros de buenas maneras. Nunca debe perderse de vista que autores y editores eran lectores de una extensa gama de obras. Incluso los poetas cortesanos del siglo xvi, que rehuían a los impresores y hacían circular sus versos en forma manuscrita,⁷¹ se beneficiaron de su propio acceso a los materiales impresos. Se ha sugerido que los libros sobre la contabilidad por partida doble fueron menos leídos por comerciantes que por tenedores de libros y maestros de contabilidad, por lo que cabe preguntarse si no eran los dramaturgos y los poetas, más que los pastores, los que estudiaban los llamados "almanaques para pastores". En vista de la corrupción de la información transmitida a lo largo de siglos, de los falsos remedios y las recetas imposibles contenidas en los tratados médicos, es de esperar que fueran más estudiados por los poetas que por los doctores. Si se toman en cuenta los exóticos ingredientes descritos en las primeras farmacopeas impresas, podría asumirse que pocos boticarios realmente trataron de preparar todas las recetas contenidas ahí, aunque quizá sintieron la necesidad de llenar sus estantes de objetos raros por si la publicidad que se les hacía a éstos llegaba a incrementar su demanda.⁷² Los propósitos con los que se hicieron los primeros manuales impresos, ya fueran intencionales o reales, son un rompecabezas difícil de armar. ¿Cuál era la intención de publicar en lengua vulgar manuales que trataban de procedimientos que ya les eran familiares a todos los practicantes calificados de ciertos oficios?⁷³ En

⁷⁰ Hirsch, *Printing, Selling*, p. 7.

⁷¹ Saunders, "From Manuscript to Print", pp. 507-528.

⁷² En relación con los libros de contabilidad, almanaques, farmacopeas y otras obras de consulta "prácticas", véase Natalie Davis, "Printing and the People", así como el análisis en las pp. 230 ss y 525 ss, *infra*.

⁷³ En su reseña publicada en *Speculum sobre The Göttingen Model Book*, Harry Bober sugiere que las detalladas explicaciones ahí contenidas (que incluían 16 pasos diferentes para pintar una hoja de acanto) debían estar dirigidas a nuevos grupos de artesanos no calificados movilizados por los impresores dado que los iluminadores no necesitaban semejante manual, como "un chef

cualquier caso, es importante recordar que la brecha entre la práctica del taller y la teoría del salón de clase apenas empezaba a ser visible en el primer siglo de la imprenta y que muchos de los llamados prontuarios y manuales "prácticos" contenían consejos imprácticos y a veces hasta perjudiciales.

Mientras posponemos las conjeturas en torno a las transformaciones sociales y psicológicas, es necesario abordar algunos otros aspectos. Debe distinguirse, como sugiere Altick, entre el alfabetismo y la lectura habitual de libros. En ningún caso todos los que dominan la palabra escrita, incluso en el presente, se convierten en lectores de libros.⁷⁴ Además, aprender a leer no es lo mismo que aprender leyendo. En la época de los escribientes el entrenamiento de los aprendices, la comunicación oral y las técnicas mnemotécnicas especiales dependían estrechamente del dominio de las letras. No obstante, después de la aparición de la imprenta la transmisión de la información escrita se volvió mucho más eficiente. No sólo fue el artesano, fuera de las universidades, el que aprovechó las nuevas oportunidades para el autoaprendizaje; también fue igualmente importante para que los alumnos universitarios brillantes pudieran ir más allá de los conocimientos que les ofrecían sus maestros. Los estudiantes dotados ya no tenían que sentarse a los pies de un maestro para aprender un idioma o adquirir formación académica. Por el contrario, podían obtener maestría rápidamente por sus propios medios, incluso revisando libros a escondidas de sus tutores, como lo hizo el joven Tycho Brahe, el futuro astrónomo. "¿Por qué iba a preferirse a los viejos en lugar de a los jóvenes ahora que es posible para los jóvenes adquirir el mismo conocimiento mediante el estudio diligente?", se preguntaba el autor de un resumen histórico del siglo xv.⁷⁵

A medida que el aprendizaje por la lectura cobraba nueva importancia, la ayuda que brindaban las técnicas mnemotécnicas disminuyó. La rima y la cadencia ya no eran necesarias para preservar ciertas fórmulas y recetas. La naturaleza de la memoria colectiva se transformó.

En Notre Dame de Paris, de Victor Hugo, un erudito sumido en la meditación en su estudio... mira el primer libro impreso que llegó a desordenar su colección de manuscritos. Luego... mira a la gran catedral, enmarcada por el cielo estrellado... *ceci tuera cela, dice*. El libro impreso destruirá al edificio. La parábola que Hugo busca desarrollar a partir

experto no necesita las instrucciones numeradas que aparecen en una lata de sopa". Aunque este argumento es válido en lo que se refiere a la producción de libros, no responde las preguntas que generan los manuales producidos para otras ramas del comercio en las que no hubo cambio dramático en la estructura del taller ni aflujo de neófitos. Por ejemplo, los objetivos que perseguían las primeras publicaciones impresas de libros en lengua vulgar de dos maestros albañiles alemanes, Matthäus Roriczer y Hans Schmuttermayer, siguen siendo un misterio, según pude comprobar en dos artículos de Shelby, "The Education of Medieval English Master Masons", pp. 1-26; "The Geometrical Knowledge", pp. 395-421, y en mi correspondencia con el autor.

⁷⁴ Altick, *The English Common Reader*, p. 31.

⁷⁵ Jacobo Filippo Foresti, *Supplementum chronicarum* (Venecia, 1483) citado por Martin Lowry en su biografía de Aldo, de próxima publicación. [*The World of Aldus Manutius: Business and Scholarship in Renaissance Venice*, Oxford, Basil Blackwell, 1979.]

de la comparación con la iglesia, plagada de imágenes, con la llegada a su biblioteca de un libro impreso, podría aplicarse al efecto que tuvo la difusión de lo impreso sobre las catedrales invisibles en las que se almacena la memoria del pasado. El libro impreso volverá innecesaria la construcción de esas grandes memorias colmadas de imágenes. Acabará con hábitos de antigüedad inmemorial en los que una "cosa" se investía inmediatamente con una imagen y se almacenaba en los espacios de la memoria.⁷⁶

Frances Yates añadió una imagen más al conocido tema romántico de la catedral gótica como "enciclopedia de piedra". La imprenta no sólo eliminó muchas funciones que previamente cumplían las estatuas colocadas en los portales y los vitrales; también afectó imágenes menos tangibles al eliminar la necesidad de colocar figuras y objetos en nichos imaginarios ubicados en los teatros de la memoria. El camino estaba allanado para que se produjera el fenómeno iconoclasta más completo que hasta entonces había conocido la iglesia católica. "El 'hombre ramista' debía destruir las imágenes tanto interiores como exteriores, debía sustituir el viejo arte idólatra con un nuevo método para memorizar dialéctica y abstractamente sin ayuda de imágenes."⁷⁷

Estos argumentos encajan muy bien con los trabajos pioneros de Walter Ong sobre la relación entre el ramismo y la cultura impresa; quizá demasiado bien, en opinión de algunos medievalistas, que encuentran en los manuscritos medievales características de esos rasgos diagramáticos que Ong atribuye sólo a la página impresa.⁷⁸ Pero incluso si no se concede el mismo valor a todos los elementos de su argumentación, la idea central sigue siendo válida: la imprenta hizo posible prescindir del uso de imágenes para propósitos mnemotécnicos, reforzando así las tendencias iconoclastas de las que ya participaban muchos cristianos. Las ediciones sucesivas del *Institutos* de Calvino se elaboraron para recordar que era necesario cumplir el segundo mandamiento. El argumento favorito de los defensores de la imagen fue la sentencia de Gregorio Magno de que las estatuas servían como "los libros del iletrado".⁷⁹ Cuando Calvino rechazó desdeñosamente esta sentencia no mencionó la imprenta, a pesar de que el nuevo medio estaba muy ligado con el postulado calvinista de que al analfabeta no se le debían mostrar imágenes esculpidas sino enseñarle a leer. A la luz de estas consideraciones es posible pensar que la imprenta propició el paso "de la cultura de la imagen a la cultura de la palabra", cambio mucho más compatible con la bibliolatría y los panfletos protestantes que

⁷⁶ Yates, *Art of Memory*, p. 131.

⁷⁷ Yates, *Art of Memory*, p. 271.

⁷⁸ Véase la nota 154, *infra*, para más referencias. Con las diapositivas que presentó en 1974 en el Medieval Academy Summer Institute de la Catholic University durante su conferencia "The Archaeology of the Book", el profesor Richard H. Rouse, de la UCLA, demostró gráficamente que era común el uso de diagramas, corchetes, referencias cruzadas, guías en los márgenes y otras técnicas utilizadas en las compilaciones manuscritas (particularmente en los glosarios y las guías de las obras de la patrística) de maestros y predicadores medievales.

⁷⁹ Myron Gilmore, "Italian Reactions to Erasmian Humanism", pp. 87 y 88.

con las estatuas y las pinturas barrocas patrocinadas por la iglesia católica posttridentina.

Pero la metamorfosis cultural que produjo la imprenta fue realmente más complicada de lo que puede expresar cualquier fórmula por sí misma.⁸⁰ Por un lado, la representación de la imagen humana —que el protestantismo detestaba— aumentó su presencia, en lugar de disminuirla, después del establecimiento de imprentas por toda Europa occidental. Por otro, la propaganda protestante explotó la imagen impresa tanto como la palabra impresa, según lo muestran numerosas caricaturas y dibujos. Incluso hubo algunos protestantes que defendieron las imágenes religiosas sobre la base de su compatibilidad con la cultura impresa. Stephen Gardiner expuso que "si se eliminaran los grabados no tendríamos impresos", acerca del juicio por reproducción de imágenes contra Nicholas Ridley en 1547. "Y por eso los que imprimen mucho la frase *Non facies tibi sculptile...* condenan a los libros impresos, ahí donde originalmente los grabados crean *matrices literarum*."⁸¹ Un estudio pormenorizado de dos biblias holandesas del siglo XVI, una protestante y otra católica, indica que entre los protestantes realmente hubo una tendencia a reducir el énfasis en las imágenes y a destacar las palabras, aunque al mismo tiempo participaron en la ilustración de biblias, una actividad que los luteranos, por lo menos, alentaron.⁸² El propio Lutero señaló las contradicciones en que incurrieron los iconoclastas que arrancaban las imágenes de las paredes al tiempo que trataban reverentemente las biblias ilustradas; también comentó que las imágenes "no causan más perjuicio en las paredes que en los libros", y luego, con cierto sarcasmo, finalizó su reflexión sobre el tema con este pensamiento: "Debo detenerme antes de que los enemigos de las imágenes tengan más pretextos para no volver a leer nunca más la Biblia o para quemarla."⁸³

Además, si se acepta que hubo un desplazamiento de la imagen a la palabra, no será posible entender la obra de artistas de Europa del norte como Durero, Cranach o Holbein, que eran protestantes y que le debieron mucho a la imagen impresa.

⁸⁰ A pesar de que Stone, "Literacy and Education", p. 76, cita mis "conjeturas" preliminares para sugerir que el libro impreso provocó en Europa un paso "decisivo de la cultura de la imagen a la cultura de la palabra", no estoy convencida de que esta fórmula sea válida, y lamento que se haya concluido que dicho movimiento ocurrió. En mi artículo sugerí que en los albores de la cultura impresa la bibliolatría protestante y sus tendencias iconoclastas fueron más compatibles que el catolicismo tridentino (lo que ahora trato con mayor detenimiento en el cap. 4) pero no es lo mismo que sugerir que la cultura europea pasó de la imagen a la palabra. En relación con las objeciones que se le pudieran hacer a esta última formulación véanse los párrafos que anteceden a esta nota en el cuerpo del texto.

⁸¹ *The Letters of Stephen Gardiner*, pp. 258 y 259. Le debo esta referencia y la de Lutero que aparece en la nota 83, *infra*, a Margaret Aston, que está terminando una importante investigación sobre iconoclastas en la Inglaterra de los Tudor.

⁸² Hindman, "The Transition from Manuscripts"; véase especialmente la p. 205.

⁸³ "Against the Heavenly Prophets in the Matter of Images and Sacraments" (1525), *Luther's Works*, xi, 99-100. Sobre la ilustración luterana de biblias véase Schmidt, *Die Illustration der Lutherbibel 1522-1700*.

La obra de Durero es un ejemplo de que las nuevas artes de impresión y grabado, lejos de reducir la importancia de las imágenes, incrementaron los medios al alcance de los que las creaban y ayudaron a encauzar la historia del arte hacia su senda actual. Tampoco las figuras imaginarias ni los teatros de la memoria descritos por Frances Yates se desvanecieron cuando sus funciones mnemotécnicas dejaron de ser útiles, sino que "extrañamente recibieron una nueva oportunidad", pues proporcionaron el contenido para los magníficos libros de emblemas y para las ilustraciones barrocas de las obras rosacruzistas y ocultistas del siglo xvii. También inspiraron un género completamente nuevo de literatura impresa: los libros didácticos infantiles con ilustraciones. En la época de Leibniz los niños de Leipzig "eran educados con el libro ilustrado de Comenius y el catecismo de Lutero".⁸⁴ De esa forma las antiguas imágenes sobre la memoria entraron nuevamente a la imaginación de los niños protestantes, y en última instancia proporcionaron a Jung y a sus seguidores argumentos para sugerir la hipótesis del inconsciente colectivo. Es evidente que esa nueva inclinación por los libros de emblemas ilustrados no fue menos un producto del siglo xvi de lo que lo fue el tratado "ramista" sin imágenes.

Además, en ciertos campos de conocimiento, como la arquitectura, la geometría o la geografía, así como en muchas ciencias de la vida, la cultura impresa no sólo concuerda con la visión expuesta anteriormente sino que en realidad incrementó las funciones desempeñadas por las imágenes mientras redujo las que cumplían las palabras. Muchos textos fundamentales de Tolomeo, Vitruvio, Galeno y otros sabios antiguos habían perdido sus ilustraciones después de haber sido copiados por siglos, y sólo las recuperaron cuando lo escrito fue reemplazado por lo impreso.⁸⁵ Pensar en términos del paso de la imagen a la palabra implica colocar a la literatura técnica en la dirección equivocada. En opinión de George Sarton no fue la "palabra impresa" sino la "imagen impresa" la que fungió como "salvadora de la ciencia occidental". En la comunidad del conocimiento se puso cada vez más de moda adoptar el antiguo proverbio chino de que una sola imagen vale más que mil palabras.⁸⁶ En la antigua Inglaterra de los Tudor, Thomas Elyot manifestó su preferencia por "figuras y mapas", más que por "oír las reglas de una ciencia",⁸⁷ lo que merece una reflexión adicional. Aunque las imágenes se consideraban realmente necesarias para estimular la memoria, la comunicación en la época de los escribientes también dependía

⁸⁴ Yates, *Art of Memory*, pp. 134 y 377. Los magníficos grabados barrocos que muestran los elaborados sistemas de memorización desarrollados en los siglos xvi y xvii se encuentran en casi todos los trabajos de Robert Fludd. La deuda que tiene *Orbis pictus* con la *Ciudad del Sol*, de Campanella, y con los manifiestos rosacruzistas, es comentada por Yates, p. 377.

⁸⁵ Para referencias a la pérdida de mapas e ilustraciones arquitectónicas y anatómicas, véase el cap. 5, *infra*.

⁸⁶ Sarton, *Appreciation*, pp. 91 y 95. Como se señala en el cap. 3, la idea de que los antiguos egipcios habían condensado información valiosa en cada jeroglífico fue sostenida por los descifradores de jeroglíficos hasta el descubrimiento de la piedra Rosetta, en el siglo xix.

⁸⁷ Véase la cita del *Boke Called the Governour* (1531) en Watson, *The Beginning of the Teaching of Modern Subjects in England*, p. 136, que uso en mi conclusión, p. 664, *infra*.

de las instrucciones transmitidas verbalmente. Sin duda las lecciones académicas se complementaban algunas veces dibujando imágenes en las paredes; las instrucciones verbales que se les daban a los aprendices se acompañaban con demostraciones; bloques, tableros, dedos y nudillos se usaban comúnmente en la enseñanza del cálculo y habitualmente se usaban gestos para recitar las claves mnemotécnicas. Sin embargo, cuando se buscaba la reproducción rápida de un determinado conjunto de instrucciones simplemente se prefería la palabra sobre otras formas de comunicación. ¿De qué otra forma sino por medio de las palabras se podía dictar un texto a un grupo de escribientes? Después de la aparición de la imprenta los apoyos visuales se multiplicaron, los signos y los símbolos se codificaron, por lo que se desarrollaron rápidamente distintos tipos de comunicación iconográfica y no fonética. El hecho de que los reformadores educativos recurrieran de nuevo a los libros de imágenes con el propósito de instruir a los niños, y de que el dibujo fuera considerado por los pedagogos un complemento cada vez más útil, indica la necesidad de ir más allá de la simple fórmula de la imagen a la palabra.

Las observaciones anteriores sugieren que los intentos por resumir los cambios que trajo consigo la imprenta en una afirmación o en una fórmula simple no son acertados. Incluso si se reconociera que hubo una creciente dependencia respecto a los libros de reglas y que disminuyó la dependencia de las instrucciones verbales, o que el aprendizaje mediante la lectura se fortaleció en detrimento del oír o el hacer, también debería considerarse la forma en que la imprenta estimuló nuevas objeciones al conocimiento libresco basado en la copia "esclavizante" y cómo permitió que muchos observadores compararan la información recientemente recabada con las reglas que conocían. De igual modo, se debe tener cuidado al asumir que lo oral se fue silenciando gradualmente a medida que se multiplicaba la palabra impresa, o que el sentido del oído se ignoró cada vez más porque se privilegió la vista. Sin duda la historia de la música occidental posterior a Gutenberg contradice esta última idea. La afirmación de que lo impreso silenció a lo oral plantea muchas más interrogantes; algunas serán tratadas en otras partes de este libro, pero no puedo seguir refiriéndome a ellas en este capítulo.

El propósito de estas reflexiones preliminares fue simplemente demostrar que el paso de lo escrito a lo impreso implicó un extenso conjunto de cambios, cada uno de los cuales necesita mayor investigación, y que todos ellos son demasiado complejos como para encapsularlos en una simple fórmula. Pero sostener que no hay una manera sencilla de resumir este complejo conjunto no equivale a decir que nada cambió. ¡Por el contrario!

Una vez que se asume que a finales del siglo xv tuvo lugar algún tipo de revolución comunicativa es necesario preguntarse cómo afectó a otros procesos históricos. Pero como las consecuencias del surgimiento de la imprenta no se han explorado a fondo, es difícil encontrar una guía. En general las investigaciones más convencionales terminan después de haber realizado algunas observaciones sobre la

amplia difusión de los volúmenes humanistas o de los tratados protestantes. En trabajos dedicados al renacimiento o a la historia de la ciencia se encuentran varias sugerencias muy útiles —por ejemplo sobre los efectos de la estandarización en la enseñanza y la ciencia—. Por lo regular los efectos del nuevo proceso se enuncian de modo vago en lugar de definirse explícitamente y también se minimizan de manera drástica. Un ejemplo podría ilustrar este último punto. En los primeros siglos de la imprenta los textos viejos se reproducían más rápido que los nuevos, y sobre esta base se ha llegado a afirmar que “la imprenta no aceleró la adopción de nuevas teorías”.⁸⁸ Pero ¿de dónde llegaron estas nuevas teorías? Podría invocarse algún espíritu de los tiempos, o cabría pensar que cierto incremento en la producción de textos viejos contribuyó a la formación de nuevas teorías. Quizás algunas características del nuevo método de producción de libros distintos de los antiguos también contribuyeron a generar dichas teorías, por lo que es necesario examinar detalladamente dichas características antes de poder relacionar la aparición de la imprenta con otros procesos históricos.

De cualquier forma, me pareció útil iniciar con un análisis detallado de las pistas que se encuentran en estudios especializados en la imprenta. Espero que mientras paso revista a varios procesos históricos estén presentes las características distintivas de lo impreso que expuse arriba. Surgieron otras relaciones que no se me habían ocurrido antes y me sugirieron algunas posibles soluciones a viejos problemas. Las hipótesis que elaboré basada en estas ideas se muestran a continuación en apartados que indican mis principales líneas de reflexión.

UNA MIRADA MÁS DETALLADA A LA GRAN DIFUSIÓN: EL AUMENTO DE LA PRODUCCIÓN Y LOS CAMBIOS DEL CONSUMO

La mayoría de los estudios sobre la gran diseminación de lo impreso son demasiado fugaces como para aclarar los efectos específicos que tuvo el creciente número de textos dirigidos a distintos mercados. En particular, no han sido capaces de explicar cómo resultaron afectados los patrones de consumo por una mayor producción. De la misma manera en que los estudiosos sobre la “difusión” del alfabetismo sólo contemplan los cambios experimentados por los sectores ya alfabetizados, los que estudian la “difusión” de las visiones luteranas o el fracaso de las teorías copernicanas para “difundirse” tan rápidamente como las tolemaicas parecen olvidar que existen otros temas. Muchas veces al impresor sólo se le reconoce la función de agente de lo impreso, y su rendimiento se juzga únicamente a partir de las estadísticas de circulación. Quizás el término “diseminación” sea más adecuado para evitar estos errores de interpretación, y su énfasis en la “fecundación cruzada” o transcultural puede ser más útil, pues al mismo tiempo que se estaba “difundiéndose, dispersando o esparciendo” un número mayor de copias de un texto dado, con la publicación de

⁸⁸ Febvre y Martin, *L'apparition*, pp. 420 y 421.

una edición impresa,⁸⁹ diferentes textos que previamente habían estado dispersos y aislados se reunían en ediciones dirigidas a los lectores individuales. En algunas regiones los impresores producían más textos escolares de los que podían vender e inundaban los mercados locales.⁹⁰ En todas las zonas un comprador podía adquirir más libros por un precio menor y llevarlos a su estudio o biblioteca. De esa manera, aunque el impresor reproducía un fondo editorial anticuado, proporcionaba una dieta literaria más rica y variada de la que ofrecieran los escribientes. “Un estudiante serio ahora podría intentar cubrir un mayor número de materiales por medio de la lectura privada de lo que un estudiante o hasta un académico maduro necesitaba para alcanzar la maestría o el conocimiento que hubiera deseado dominar antes de que la imprenta abaratara los libros y los volviera accesibles.”⁹¹ Para consultar diferentes libros ya no era esencial ser un erudito itinerante. Las generaciones posteriores de humanistas sedentarios eran menos capaces de quedar absortas en un solo texto y gastar sus energías en elaborarlo. La era del glosador y el comentarista llegó a su fin y se inició una “intensa época en que se producían referencias cruzadas entre un libro y otro”.⁹²

Muchas veces se ha señalado que en el siglo xvi se experimentó algo más que una explosión de conocimiento, debido al renacimiento en el norte de Europa, si no es a la aparición de la imprenta. Pocos estudios sobre la literatura de la época dejan de citar pasajes importantes de Marlowe y Rabelais que muestran cómo se percibió la intoxicación producida por la lectura y cómo el conocimiento libresco se veía como si fuese un elixir mágico que confería nuevos poderes con cada trago. “El mundo está lleno de hombres instruidos, de los preceptores más hábiles, de enormes bibliotecas... ni en los tiempos de Platón ni de Cicerón existieron tantas oportunidades para estudiar.”⁹³ Al comentar el amplio programa de estudios que acompaña este pasaje de Rabelais, H. O. Taylor señala que un proyecto muy similar fue elaborado por Roger Bacon tres siglos antes. El humanismo del rena-

⁸⁹ Además de que esto permitía a diferentes lectores consultar el mismo libro, coincido con Sarton en que la apariencia de la edición tiene que considerarse en conexión con la estandarización. Véase el comentario en la p. 78, *infra*.

⁹⁰ Las primeras crisis de sobreproducción de obras humanistas son analizadas por Hay, “Literature, the Printed Book”, p. 365. La incapacidad de los impresores para evaluar sus mercados inteligentemente provocó algunas de las crisis, según señala Bühler, *Fifteenth Century Book*, pp. 59-61. En los albores de la imprenta las redes de distribución inadecuadas fueron en gran medida las responsables de dichas crisis. La casa Zainer, por ejemplo, produjo 36 mil libros cuando la población de Augsburgo era de la mitad de esa cifra (p. 56).

⁹¹ *The Colloquies of Erasmus*, traducción y edición de Craig Thompson, p. 458 (nota sobre “The Art of Learning”, 1529).

⁹² Hay, “Literature, the Printed Book”, p. 366. A mediados del siglo xvi “hasta los académicos más oscuros podían poseer una colección relativamente grande de libros del mismo tema”, de acuerdo con A. R. Hall, “Science”, p. 389.

⁹³ Citado en Henry Osborn Taylor, *Thought and Expression* 1, part 3: “The French Mind”, cap. 4, sobre la traducción de Urquhart (1653) de la carta de Gargantúa en *Pantagruel* (cap. 8).

cimiento se interpuso entre las dos épocas, afirma Taylor, de forma que Bacon no tuvo la misma "afición literaria por los clásicos" que el humanista del siglo xvi, lo que no impidió que su proyecto tuviera los mismos objetivos. Pero debido a que en el siglo xiii la teología seguía entronizada, el proyecto del fraile, al igual que el de Rabelais, no pudo realizarse.

Este razonamiento supone un aumento de la "secularización" y una disminución de la religiosidad, y a pesar de que se usa con frecuencia, parece plantear más preguntas de las que responde. ¿Exactamente de qué manera pudo perder terreno la teología en la época de Lutero y de las Biblias políglotas? ¿Había algo más "rabelaisiano" que los sermones vernáculos de los frailes medievales? En lugar de detenerse el debate sobre "la religión de Rabelais", debería ponerse más atención a las "enormes bibliotecas" y a las nuevas oportunidades de estudio que marcaron el periodo. El deseo de dominar las lenguas originales y la urgencia enciclopedista por comprender cada parte de la creación se manifestaron en la edad media. Ambos fueron muy importantes para la explosión de conocimiento del siglo xvi. Los programas de investigación particulares desarrollados por los escritores académicos y los cazadores de libros humanistas en la Italia del *quattrocento* también contribuyeron a llenar los archivos de las bibliotecas. Sin embargo, cuando se busca el elemento estratégico del que careció el siglo xiii, pero que sí existió en la época de Rabelais, es importante detenerse un poco más en el invento que Rabelais y otros humanistas cristianos describieron como "divino".

El mismo señalamiento es válido en lo que se refiere a la extraordinaria erudición que caracterizó a los letrados del siglo xvi, a académicos como Conrad Gesner, que fue pionero tanto en la bibliografía como en la zoología,⁹⁴ o como J. J. Escaligero, que parecía cumplir con la grotesca ambición de Gargantúa para Pantagruel, de convertirse en un "pozo de erudición sin fondo".⁹⁵ La descripción de Mark Pattison de Escaligero como "La mente más prolífica que jamás se hubiera dedicado al conocimiento" es muy justa. Pero con toda la justicia que le hace a los antiguos humanistas, se debe tomar en cuenta que Escaligero fue mejor tratado por los impresores que sus predecesores por los escritores.

Es importante tener en mente este aspecto al considerar los procesos asociados con el humanismo clásico o los avances científicos, pues, como sugieren los siguientes capítulos, cuando se analizan los grandes cambios intelectuales del siglo xvi es probable que se le preste menos atención al fermento engendrado por el acceso a una mayor cantidad de libros que al efecto de los viajes de descubrimiento, la revuelta luterana, o los ataques humanistas contra Aristóteles y la escolástica.

⁹⁴ Sobre Gesner, véanse pp. 53-54, *infra*.

⁹⁵ Para un recuento vívido de los círculos eruditos frecuentados por Escaligero, véase Pattison, *Isaac Casaubon*. A pesar de que Casaubon tomó como segunda esposa a la hija de Henri Estienne II, no consiguió la biblioteca del humanista, que esperaba heredar. Sobre los epítetos que en la época identificaron a Julio Justo Escaligero como "la luz del mundo", "el mar de la ciencia", etcétera, véase Preserved Smith, *Origins of Modern Culture 1543-1687*, p. 268.

Por ejemplo, en una penetrante investigación reciente sobre el sentido de la crisis intelectual que se refleja en los escritos de Montaigne, se menciona el impacto explosivo de la reforma y de las guerras religiosas, así como de la "extensión de horizontes mentales" producida por los descubrimientos geográficos y los rescates humanistas.⁹⁶ Sería muy ingenuo afirmar que uno de los acontecimientos más relevantes de la época no causó ninguna impresión en un observador tan sensible como Montaigne, pero es igualmente erróneo ignorar el acontecimiento que más impacto tuvo en su sitio de observación favorito, pues tampoco debe perderse de vista que podía revisar más libros recluido algunos meses en su torre-estudio en Burdeos de los que los antiguos eruditos veían durante toda una vida dedicada a viajar. Cuando se explican las razones por las que Montaigne percibió en las obras que consultó un mayor "conflicto y diversidad" que los comentaristas medievales de épocas anteriores, se debería mencionar algo sobre la mayor cantidad de textos que tenía a la mano.

Sin duda los estantes más llenos aumentaron las oportunidades de consultar y comparar diferentes textos. Simplemente porque al ordenar información confusa, al incrementar la producción de los textos aristotélicos, alejandrinos y arábigos, los impresores alentaron los esfuerzos para no mezclar esta información. Algunos mapas medievales de costas fueron por mucho tiempo más precisos que muchos de los antiguos, pero pocos ojos vieran unos u otros.⁹⁷ Así como los mapas de diferentes regiones y épocas se reunieron en la preparación de atlas, los textos técnicos convivieron en las bibliotecas de algunos médicos y astrónomos. Las contradicciones fueron más evidentes; las tradiciones discordantes, más difíciles de reconciliar. La transmisión de las opiniones consagradas dejó de ser fácil una vez que los arabistas se confrontaron con los galenistas o los aristotélicos con los tolemaicos. Además de la disminución de la confianza en las viejas teorías, también se contaba con un mejor material de lectura, que alentó el desarrollo de nuevas combinaciones y permutaciones intelectuales.

A la luz de estas consideraciones, los intercambios transculturales promovidos por la imprenta permiten explicar las observaciones de Sarton: "El renacimiento fue una transmutación de valores, un *new deal*, un rebarajamiento de los naipes, aunque la mayor parte de sus cartas eran viejas. Por su parte, el renacimiento científico fue un *new deal*, donde muchos de los naipes eran nuevos."⁹⁸ Como lo ha sugerido Arthur Koestler, la actividad intelectual combinada inspira muchos actos creativos.⁹⁹ Cuando los viejos textos se reunieron en una misma obra, pudieron

⁹⁶ Rattansi, "The Social Interpretation of Science", p. 7.

⁹⁷ La superioridad de los mapas manuscritos respecto a los primeros impresos es señalada por Pentose, *Travel and Discovery*, cap. 16. Sin embargo, no se llega a la conclusión lógica de que los impresores letrados e inteligentes del siglo xvi no sabían lo mismo que los cartógrafos y los marineros de las regiones costeras.

⁹⁸ Sarton, "Quest for Truth", p. 57.

⁹⁹ Koestler, *Act of Creation*. Para una visión más detallada de la fructífera interacción que produce la lectura de dos libros sobre temas diferentes y su combinación en una misma mente,

combinarse diversos sistemas de ideas y disciplinas específicas. La creciente producción dirigida a mercados relativamente estables creó, en breve, las condiciones que favorecieron, en un principio, nuevas combinaciones de viejas ideas, y que permitieron la creación de sistemas de pensamiento enteramente nuevos.

Es necesario señalar que el intercambio transcultural fue experimentado antes que nadie por todos los nuevos grupos ocupacionales encargados de la producción de las ediciones impresas. Incluso antes de que una obra de consulta determinada saliera de las prensas ya habían tenido lugar encuentros fructíferos entre fundidores de tipos, correctores, traductores, correctores, ilustradores o distribuidores de estampas, indexadores y otros. Los antiguos impresores fueron los primeros en leer los productos que salían de sus propias prensas. También estaban atentos a lo que producían sus competidores. Los efectos de un mayor acceso a los libros (y en realidad de todos los atributos de lo impreso) fueron experimentados en primer lugar y con más fuerza en los talleres de los impresores por los nuevos productores de libros. A diferencia de otras bibliotecas que se alimentaron de la producción de los impresores-académicos, como los Estienne o Christopher Plantin, las valiosas colecciones que ellos formaron contenían muchos de los subproductos del trabajo cotidiano de sus propios talleres.¹⁰⁰

Se ha señalado muchas veces que en los albores de la era moderna gran parte del trabajo innovador tanto en el campo humanístico como en el científico se realizó fuera de los centros académicos. La novedosa atracción que ejercieron los talleres de los impresores sobre los hombres de ciencia y de letras que previamente habían frecuentado los cursos universitarios ayuda a explicar este importante avance.¹⁰¹ El mismo señalamiento también es apropiado para discutir los nuevos intercambios entre artistas y escolásticos, o prácticos y teóricos, que fueron fructíferos para la ciencia en los inicios de la modernidad. Como se verá en un capítulo posterior, el taller del impresor atrajo diversos talentos de una forma que condujo a retroali-

véase Vorzimmer, "Darwin, Malthus". La verdadera explosión de "actos creativos" durante el siglo xvii —el llamado "siglo de los genios"— puede explicarse en parte por el gran aumento en las combinaciones y permutaciones de posibles ideas.

¹⁰⁰ La biblioteca de Plantin, que comenzó como una colección de los libros que necesitaban los correctores y que incluía lexicones, tesauros y otras obras de consulta producidas por los Estienne, se describe en Voët, *The Golden Compasses*, 1, p. 339. Sobre los Estienne y la valiosa colección de libros que acumuló la dinastía (en parte a través de enlaces matrimoniales y de litigios) véanse Elizabeth Armstrong, *Robert Estienne*, y Robert Kingdon, "The Business Activities of Printers Henri and François Estienne".

¹⁰¹ Durante su estancia en Basilea Ramus dependió más de las prensas que de los centros académicos. En su "Panegyrique de Bâle" (1571) elogió la universidad y la academia local pero reservó su mayor alabanza para las casas de Amerbach, Froben, Bischoff, Petri, Insingrin, Oporinus et al. Fleckenstein, "Petrus Ramus", pp. 119-133. Debe considerarse que la ciudad y la academia no necesariamente se oponían, sino que muchas veces eran incorporadas en una fructífera colaboración por los primeros impresores. Véase la crítica de Stillman a las tesis de Drake, p. 524 ss, *infra*.

mentaciones de todo tipo.¹⁰² La imprenta alentó una combinación de actividades que eran tanto sociales como intelectuales. Cambió las relaciones entre los hombres de conocimiento, así como entre los sistemas de ideas.

El intercambio transcultural estimuló las actividades mentales de modo contradictorio. El primer siglo de la imprenta estuvo marcado sobre todo por el fermento intelectual y por un "humanismo de mirada algo amplia y desenfocada".¹⁰³ Ciertas tendencias comunes a varias disciplinas podrían explicarse sólo por el hecho de que los nuevos vínculos entre éstas se estaban forjando antes de que se hubieran desintegrado los viejos. En la época de los escribientes, por ejemplo, las artes mágicas estaban estrechamente asociadas con los oficios mecánicos y la hechicería matemática. Como sugiero más adelante, cuando "la tecnología llegó a la imprenta" también llegó una gran reserva de ocultismo popular, y pocos lectores podían discriminar entre ambos. Los historiadores que siguen asombrándose por el gran prestigio que tenían la alquimia y la astrología, "magia y cábala", así como otras ciencias ocultistas que se practicaban en la comunidad del conocimiento en los albores de la modernidad, deberían considerar la utilidad de conocer la forma en que los registros procedentes de las antiguas culturas del Oriente próximo se transmitieron en la época de los escribientes. Algunos de estos registros se habían reducido a fragmentos seductores, pertenecientes a sistemas de cálculo, medicina, agricultura, cultos míticos, y así por el estilo. Otros se habían transformado en glifos indescifrables. Algunos ciclos cósmicos y de la vida son experimentados por todos los hombres, por lo que se pueden detectar elementos comunes en los fragmentos y los glifos. En ese sentido, es posible pensar que todos vinieron de una misma fuente y dar crédito a las alusiones de algunas obras de patrística sobre un libro primigenio plasmado por el inventor de la escritura, que contenía todos los secretos de la creación conocidos por Adán antes de la caída. Se creía que las enseñanzas contenidas en este *corpus* habían sido cuidadosamente preservadas por sabios y profetas antiguos, antes de que su contenido se corrompiera y confundiera durante el periodo oscurantista y de las invasiones bárbaras. Una gran colección de escritos influidos por la tradición popular de la antigüedad fue enviada de Macedonia a Cosme de Medici, traducida del griego por Ficino en 1463, e impresa en 15 ediciones antes de 1500. Se estructuraba en forma de diálogos con el dios egipcio Tot, y parecía provenir del mismo *corpus* de textos del que procedían otros fragmentos de diálogos que los eruditos medievales conocían desde hacía mucho tiempo; por lo tanto, fue atribuido a "Hermes Trismegisto". El *corpus* hermético fue publicado en repetidas ocasiones hasta 1614, cuando un tratado de Isaac Casaubon demostró que había sido compilado en la era cristiana. Con ayuda de dicha evidencia se sostiene que los sabios del renacimiento cometieron un "grave error al fecharlo". Sin duda lo hicieron. Una compilación neoplatónica y cristiana se consideró como un trabajo que precedió e influyó a Platón. Pero es erróneo asignar fechas definitivas a

¹⁰² Véase la discusión, p. 237 ss, *infra*.

¹⁰³ Harbison, *The Christian Scholar*, p. 54.

las compilaciones elaboradas por los escribientes, que probablemente se derivaron de fuentes antiguas.¹⁹⁴

Asimismo, es necesario estudiar también la transformación de los manuscritos de tradición popular ocultista y esotérica a raíz de la aparición de la imprenta. Algunos escritos arcanos en griego, hebreo o siríaco, por ejemplo, fueron menos misteriosos que otros. De esta forma, los jeroglíficos se registraron tipográficamente antes de ser descifrados, aunque también fueron usados por arquitectos y grabadores como simples adornos. Por una parte estaba la decoración barroca, y por otra las complicadas interpretaciones de eruditos, francmasones y rosacruces, de forma que la reproducción de pictogramas egipcios en la época racionalista enfrenta a los académicos contemporáneos a enigmas que quizá nunca podrán resolverse. En el siguiente capítulo se discutirá con más detalle el destino de los jeroglíficos. Por el momento me he limitado a sugerir que no sólo deben tenerse en cuenta las nuevas manifestaciones de la ilustración al analizar los efectos de lo impreso sobre los eruditos, pues también se fortalecieron nuevas formas de mistificación.

Desde este punto de vista parece necesario matizar la afirmación de que el primer medio siglo de la imprenta le dio "un gran impulso a la amplia diseminación de un conocimiento más preciso sobre las fuentes del pensamiento occidental, tanto clásicas como cristianas".¹⁹⁵ La reproducción de los escritos herméticos, las profecías sibilinas, los jeroglíficos de "Horapollo" y muchos otros aparentemente acreditados, si bien los escritos esotéricos fraudulentos funcionaron en la dirección opuesta, difundiendo conocimiento erróneo, contribuyó al mismo tiempo a allanar el camino para la posterior depuración de las fuentes cristianas. En todo caso, es necesario distinguir entre los efectos iniciales y los de largo plazo. Rápidamente se dio un enriquecimiento de las bibliotecas académicas, pero el uso de sus contenidos tomó más tiempo. En comparación con la extensa producción de materiales humanísticos vernáculos, el número de diccionarios trilingües y de ediciones en griego o hasta en latín parece tan reducido que es necesario preguntarse si cabe aplicar el término "amplia diseminación" a estos últimos.

La diseminación, como se define en el diccionario, parece explicar la reproducción de silabarios, libros con una ilustración para cada letra del alfabeto, catecismos, calendarios y literatura devocional. Sin embargo, el aumento en la producción de dichos materiales no necesariamente condujo al avance de la escolaridad o al intercambio transcultural. Catecismos, tratados religiosos y biblias sólo llenaron algunos estan-

¹⁹⁴ Yates, *Giordano Bruno, passim*. Que algunos ingredientes egipcios antiguos formaron parte de las compilaciones poscristianas es señalado en las pp. 2 y 3, nota 4. Yates supone que la discusión barroca sobre la hermética terminó cuando a principios del siglo xvii Isaac Casaubon probó que Ficino había traducido textos que databan del siglo iii d. C. Pero los sabios griegos no pudieron haber descifrado solos los secretos de las pirámides. El interés por los arcanos que generaban Tot y "Horapollo" perduró hasta Champollion. Para entonces el cúmulo de misterios, que había aumentado con cada nueva "revelación de Isis", era tan opaco que ni el desciframiento de la piedra Rosetta pudo ayudar a resolverlo. Véase la discusión *infra*, pp. 267-268.

¹⁹⁵ Gilmore, *World of Humanism*, p. 190.

tes, excluyendo a todos los otros materiales de lectura. La nueva cultura humanista de mirada amplia y cesenfocada coexistió con una piedad resuelta y estrechamente enfocada. Al mismo tiempo, también guías y manuales se volvían más abundantes, lo que permitió a las visiones legas prosperar en ese mundo, posiblemente desviando la atención de futuros inciertos en el otro. Así, los editores de mapas del siglo xvi empezaron a excluir al paraíso de este mundo, por su ubicación difícil de precisar.¹⁹⁶ Tiempo después Galileo citaba al cardenal Baronius por haber distinguido entre "cómo ir al cielo" —un problema para el espíritu santo— y "cómo se mueve el cielo" —una cuestión de demostración práctica y de razonamiento matemático—.¹⁹⁷ A pesar de lo anterior, sería un error llevar demasiado lejos esta última observación. Como ya se mencionó, muchas de las llamadas "guías prácticas" eran imprácticas. Además, hasta que aparecieron los *Principia* de Newton las teorías contrapuestas y las tablas astronómicas que se producían tampoco eran guías muy confiables para saber "cómo se mueve el cielo", mientras los libros de ejercicios devocionales y las guías espirituales proporcionaban consejos claros. Los lectores que obtenían ayuda al consultar mapas de caminos, libros de frases, tablas de conversión y otros materiales también debieron de confiar en las guías sobre la vida después de la muerte. Los tratados que explicaban el Libro de las Revelaciones se sustentaban en gran medida en razonamientos matemáticos. Fijar las fechas exactas de la creación o la resurrección requería los mismos talentos que se desarrollaron para elaborar las nuevas tablas astronómicas, así como las técnicas para la proyección de mapas.¹⁹⁸

En todo caso, es dudoso que "el efecto de los nuevos inventos sobre el humanismo" haya sido más significativo que su efecto en la lectura de biblias en lenguas vernáculos a principios del siglo xvi.¹⁹⁹ Es necesario enfatizar que muchos efectos diferentes, todos de grandes repercusiones, se produjeron más o menos al mismo tiempo. Si esto pudiera describirse con más claridad los procesos aparentemente contradictorios podrían confrontarse con mayor ecuanimidad. La intensificación tanto de la religiosidad como de la secularización podrían entenderse mejor, al tiempo que podrían evitarse algunos debates sobre la periodización. La imprenta extendió el periodo de vida de libros antiguos muy consultados, que en general son ignorados y, a veces, erróneamente considerados obsoletos cuando se trazan las nuevas tendencias. Muchas estampas medievales del mundo se duplicaron más

¹⁹⁶ Véase el comentario de Ortelius citado en la p. 215, *infra*.

¹⁹⁷ Galileo, "Letter to the Grand Duchess Christina", p. 186.

¹⁹⁸ Los intentos de virtuosos tan distinguidos como Napier y Newton para determinar el número del anticristo son muy conocidos. Un excelente ejemplo de cómo se utilizaron teorías racionalistas y técnicas matemáticas para calcular el año de la resurrección de Cristo lo proporciona John Craig, en *Mathematical Principles of Christian Theology* (Londres, 1690), traducción del latín en *History and Theory, Beiheft 4*, 1963. La fecha calculada por Craig es correlativa al aumento de la incredulidad en los evangelios, denominada "velocidad de la suspicacia", que espera se mantenga en una progresión aritmética hasta que la resurrección sea inevitable.

¹⁹⁹ Gilmore, *World of Humanism*, p. 189, sugiere que su efecto fue más importante en el humanismo.

rápida en el primer siglo de la imprenta de lo que lo habían hecho en la llamada edad media. No sólo sobrevivieron entre los conservadores isabelinos que "aborrecían alterar el viejo orden",¹¹⁰ sino que fueron más accesibles para poetas y dramaturgos del siglo xvi que para los juglares y mimos del siglo xiii.

En vista de tales consideraciones, no puedo estar de acuerdo con la observación de Sarton: "no es necesario indicar lo que el arte de la impresión implicó para la difusión de la cultura, pero no debería ponerse tanto énfasis en la difusión como en la estandarización".¹¹¹ La forma en que la imprenta cambió los patrones de difusión cultural merece más atención de la que ha recibido. Además, el acceso individual a diversos textos es distinto de hacer confluír muchas mentes en un solo texto. Si se atiende exclusivamente la estandarización, este último fenómeno podría subestimarse.

CONSIDERACIONES SOBRE ALGUNOS EFECTOS DE LA ESTANDARIZACIÓN

A pesar de que debe considerársela en conexión con muchas otras cuestiones, es cierto que la estandarización merece un análisis más detallado. Un especialista ha argumentado que en la actualidad se ha exagerado mucho al respecto,¹¹² pero también podría pensarse que no se le ha dado la importancia que merece. Hay que tener cuidado de no distorsionar las perspectivas históricas al ignorar la diferencia entre los antiguos métodos de impresión y los de épocas más recientes. De la misma manera, es importante no ir demasiado lejos en la otra dirección y sobreestimar la capacidad de los procedimientos de los escribientes para conseguir los mismos resultados que las antiguas prensas. Sin duda las facultades de las universidades medievales "trataron de conseguir lo que las prensas lograron después",¹¹³ aunque la producción de textos idénticos siguió siendo un objetivo inalcanzable a pesar de que se impusieron las regulaciones académicas de la *pecia*. De hecho la división de ejemplares en diferentes partes debió aumentar los errores a medida que aceleraba la multiplicación de copias de muchos textos académicos codiciados, además de que se distribuían muchos ejemplares (ninguno de los cuales era exactamente igual) y no sólo una copia maestra a los muchos estacionarios que servían a determinada universidad.¹¹⁴

¹¹⁰ Tillyard, *The Elizabethan World Picture*, p. 8.

¹¹¹ Sarton, "Quest for Truth", p. 66.

¹¹² Sobre lo que sigue véanse los comentarios de Black, "The Printed Bible", pp. 408-414, y del mismo autor la reseña sobre *Five Hundred Years*, de Steinberg.

¹¹³ Hirsch, *Printing, Selling* (edición de 1974), pp. xi y 13.

¹¹⁴ Véase cap. 1, nota 29, *supra*, para referencias pertinentes a la malinterpretación de las tesis de Destrez. Saenger, "Colard Mansion", p. 413, describe que los manuscritos se habían "uniformado en gran medida" en una corte borgoñona del siglo xv, donde se usaba una sola copia maestra, la *minute*. Me sigue pareciendo un misterio cómo podían copiarse manuscritos *meticulosamente*, en cantidad y con velocidad, usando un solo ejemplar.

No obstante que los métodos de impresión antigua no ofrecían posibilidad de publicar el tipo de ediciones estándar con las que están familiarizados los académicos contemporáneos, representaron un avance grande e irreversible. Algunas formatos impresos se multiplicaron y se publicaron incontables fes de erratas. El hecho es que Erasmo o Bellarmine podían publicar fes de erratas, pero Jerome o Alcuin no, pues la acción de publicarlas requería una nueva capacidad para localizar errores textuales y para transmitir simultáneamente esta información a diferentes lectores, con lo que muestra muy claramente algunos de los efectos de la estandarización. Aunque en la edad media tardía los copistas eran supervisados —y el control era mucho más laxo de lo que otros trabajos sugieren—, los escribientes eran incapaces de cometer la clase de error "estándar" que les costó a unos impresores ser multados por la "Biblia maldita" de 1631.¹¹⁵ Si el error de un cajista podía circular en un gran número de ejemplares, también podía hacerlo la enmienda de un solo erudito.

El simple hecho de que una sola enmienda de un gran erudito pudiera circular en cientos de copias sin el riesgo de errores del copista implicó una revolución en las condiciones en las que se desempeñaba la actividad de los letrados.¹¹⁶

Aquellos que exageran la importancia de los errores de los cajistas en las ediciones antiguas me siguen pareciendo menos equivocados que quienes los minimizan y que los que subestiman la diversidad que hacía único cada error de un manuscrito. Creo que es menos urgente caracterizar la tesis de la estandarización que seguir sus ramificaciones. La afirmación de Sarton de que: "La imprenta permitió que por primera vez se publicaran cientos de copias idénticas, pero que podían estar dispersas por doquier"¹¹⁷ es demasiado importante como para perderse discutiendo que las primeras ediciones antiguas no eran exactamente iguales. Eran lo bastante uniformes como para que los académicos de diferentes regiones coincidieran en sus citas y señalaran los mismos errores y correcciones.¹¹⁸

Sin embargo, cuando sugiero que las consecuencias de la estandarización podrían subestimarse, no estoy pensando solamente en correcciones textuales y errores, sino también en calendarios, diccionarios, efemérides y otras obras de consulta,

¹¹⁵ Sobre la Biblia "maldita" de 1631, que omitió el "no" del séptimo mandamiento, véase Black, "The Printed Bible", p. 412. Otras ediciones de biblias en Inglaterra célebres porque contenían errores estandarizados, como la "Biblia de Judas" de 1611; la "Biblia de los impresores" de 1702 y la "Biblia de Vinagre" de 1707, son comentadas por Steinberg, *Five Hundred Years*, p. 204.

¹¹⁶ Gilmote, *World of Humanism*, p. 189. El significado de la estandarización en términos de la erudición fue expuesto claramente por Allen, *Ennius: Lectures and Wayfaring Sketches*, pp. 4 y 5.

¹¹⁷ Sarton, "Quest for Truth", p. 66.

¹¹⁸ Este punto es particularmente pertinente para los estudios clásicos. De acuerdo con Kenney, *The Classical Text*, p. 19, nota 1, en cierta medida los textos clásicos no fueron afectados por la desafortunada práctica de mezclar hojas de diferentes materias, porque "La multiplicación de copias textualmente uniformes se volvió la norma."